

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

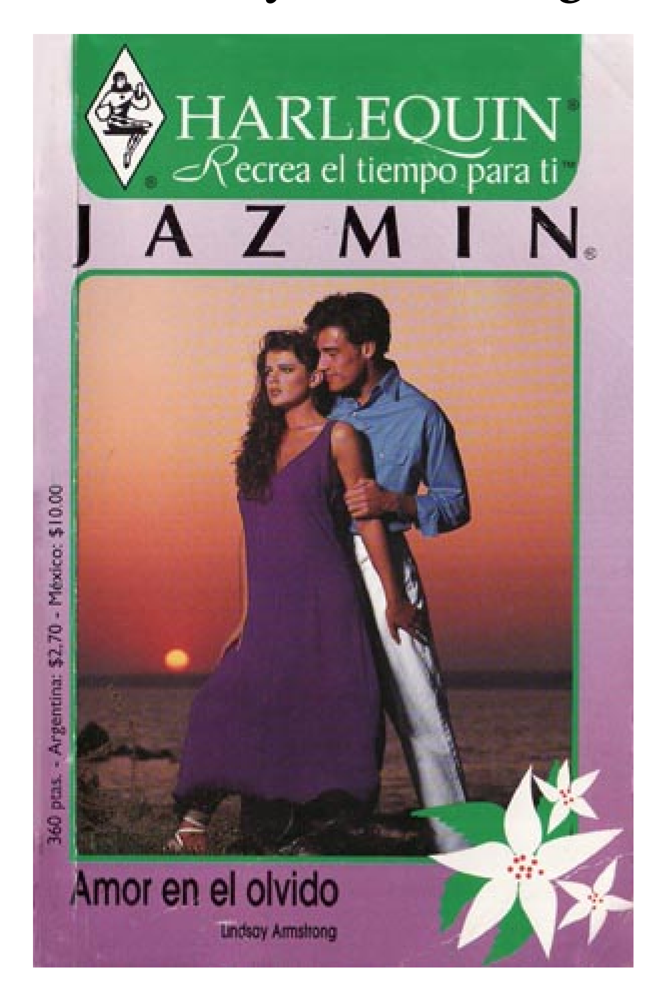
JAZMIN®

360 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $10.00

Amor en el olvido

Lindsay Armstrong

Amor en el olvido
Lindsay Armstrong



Amor en el olvido (1999)
Título Original: Outback mistress (1998)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1432
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Olivia

Argumento:

Los padres de Olivia habían fallecido cuando ella sólo tenía doce años y, desde entonces, había estado a cargo de su tío, que era el propietario de un rancho en la región de Queensland. Con los años, Olivia había ido asumiendo más responsabilidades en el rancho, pero también se había dedicado al diseño, la pintura y la restauración…

Su vida era grata y apacible hasta que, de repente, un atractivo extranjero apareció medio inconsciente en sus tierras… Nadie sabía quién era ni cómo había llegado hasta allí, ni siquiera él mismo estaba cualificado para resolver esos misterios, porque el doctor le diagnosticó una amnesia temporal. Sin embargo, bajo los cuidados de Olivia, el hombre empezó a recuperarse y a recordar… y Olivia tuvo que empezar a desear que no hubiese recuperado la memoria…

Capítulo 1

Olivia Lockhart se echó hacia atrás uno de los mechones de cabello rubio y se ahuecó la camisa de cuadros rojos y blancos que llevaba. Estaba sentada sobre una de las vallas del cobertizo, una estructura abierta con un techo ondulado, rodeada por cuatro niños.

Se detuvo cuando otros dos niños llegaron corriendo y jadeando. Eran mellizos. Un niño y una niña con idénticos rizos de color rojizo, pecas y que lucían unas sonrisas amplias y traviesas.

—¿Qué habéis estado haciendo vosotros dos? —preguntó la muchacha, resignada.

—¡Nada! Nada malo —replicó Ryan Whyte con gesto ofendido, al tiempo que miraba a su hermana Sonia buscando apoyo.

Ella asintió con energía.

—Pero, Livvie…

—Ahora no, Sonia; déjame terminar de hablar. No podemos permitirnos el lujo de malgastar agua…

—Pero, Livvie…

—Sonia, haz lo que te digo. ¿Dónde habéis estado?

—En el establo de los caballos y…

—Pues no deberíais haber ido allí solos. Tu padre se enfadará si se entera. ¿Qué estaba yo diciendo? —la muchacha se calló y observó el rostro de los dos jóvenes. Hablaba sobre el asunto del agua con varios niños, hijos de la gente que trabajaba en el rancho—. Está bien, lo diré de nuevo: hasta que llueva tendremos que…

—Pero, Livvie, vimos allí a un hombre —insistió Sonia.

—Tenemos que tener mucho cuidado con el agua y…

—¡Está muerto! —dijo Ryan.

Olivia tardó varios segundos en dar sentido a aquellas palabras. De repente saltó de la valla y los miró confundida.

—Si estáis diciendo eso para…

—No, Livvie. Está tumbado en el suelo y sangra mucho. No se mueve. Lo tocamos con un palo y no ocurrió nada.

—No está muerto —declaró la muchacha con alivio, arrodillada bajo un cielo azul de mediodía—, pero está inconsciente y tiene un corte profundo en la sien —la muchacha estiró el brazo para agarrar el botiquín de primeros auxilios que había llevado con ella—. ¿Quién demonios es y cómo ha llegado aquí?

Jack Bentley, el capataz, se quitó el sombrero de ala ancha y se rascó la cabeza.

—No lo había visto en mi vida, pero será mejor que lo llevemos a la hacienda y llamemos a un médico. Es extraño que no haya aparecido ningún caballo extraviado —el hombre puso las manos

sobre los ojos a modo de visera y miró a su alrededor.

—Muy extraño, sí —murmuró Olivia—. Yo lo agarraré por los pies.

Pero costó bastante. El desconocido era bastante alto y corpulento, de manera que les fue difícil meterlo en la parte de atrás del Land Rover. A pesar de todo, él no se despertó.

Olivia se subió en la parte de atrás con él, mientras que Jack condujo hacia la hacienda. Ella se puso a observar al hombre.

La muchacha pensó que debía de tener poco más de treinta años. Olivia presintió que sus ojos debían de ser azules. Tenía el pelo oscuro, pero su piel era muy blanca, aunque tostada por el sol. Su rostro, a pesar de las manchas de sangre y el corte, parecía atractivo y delgado.

El resto del hombre, que llevaba unos pantalones y una camisa de color caqui, era igualmente impresionante. Alto y fuerte, pero sin un gramo extra de grasa.

Olivia frunció el ceño y metió las manos en los bolsillos. Aparte de algo de dinero y un pañuelo, no había nada más. Olivia hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Seas quien seas, espero que no sufras amnesia, porque es como si hubieras caído de otro planeta.

Dos horas más tarde, el doctor observaba al extraño con semblante serio. Lo habían puesto en la habitación de invitados y entre los tres: Jack, el doctor y Olivia, le habían quitado la ropa y lo habían lavado. Luego el doctor curó su sien. El hombre seguía sin moverse ni mostrar ninguna reacción.

—¿Está en coma? —quiso saber Olivia preocupada, observando el cuerpo del hombre sobre la cama ancha, bajo una sábana blanca inmaculada.

—Eso parece. Tiene un buen golpe en la cabeza, pero sus constantes vitales parecen ser correctas. Yo diría que está deshidratado, así que voy a ponerle un poco de suero. ¡Mirad!

Los tres se acercaron al ver que el hombre se estiraba, decía algo entre dientes y abría los párpados.

Efectivamente, sus ojos eran azules, pensó Olivia. De un azul profundo.

—¿Dónde demonios estoy? —dijo, con visible esfuerzo.

—El problema es que no sabemos cómo ha llegado aquí —contestó el doctor.

—¿En qué… estado?

—En Queensland. En la parte central. ¿Recuerda algo?

Los ojos del hombre parpadearon perezosamente.

—¿Puede creer que no recuerdo mi nombre…? —entonces se incorporó, al mismo tiempo que Olivia comenzó a sentirse un poco

culpable, casi como si hubiera deseado que aquel hombre tuviera amnesia.

Los tres se reunieron en el porche para comentar la situación.

—Yo me atrevo a decir que sufre amnesia temporal —dijo el doctor—. Ha tenido un fuerte golpe en la cabeza. Si se debe a ello, volverá a recordar poco a poco y no tendremos ningún problema grave. Tenemos que cuidarlo y dejarle que descanse mucho. Podría tener una conmoción cerebral. ¿Podrás con ello, Olivia?

—Desde luego, pero… ¿y si no es temporal? ¿No deberíamos llevarlo a un hospital?

—Sinceramente, no creo que sea necesario en este momento y estamos bastante ocupados. Yo iba a recoger a alguien que se ha roto una pierna cuando oí vuestra llamada. Y la otra avioneta ha salido para vigilar un brote de meningitis. Pero si todo marcha bien, en uno o dos días estaremos más tranquilos. Si ocurre algo, no dudes en llamar. ¿Está tu tío en casa?

—No. Ha viajado a Japón con una delegación de venta de carne. Pero Jack puede ayudarme si lo necesito. A propósito, supongo que tendríamos que llamar a la policía —la muchacha hizo una pausa y frunció el ceño—. Puede que viva cerca de aquí y su caballo haya vuelto a casa.

—Podría ser —afirmó Jack—. Yo me ocuparé de ello.

—¿Es enfermera?

Olivia se incorporó y observó al paciente.

—No. Pero tengo bastante experiencia en primeros auxilios. ¿Cómo se encuentra? —preguntó, colocando la sábana y sentándose al lado de la cama.

—Terriblemente mal —dijo, con una extraña sonrisa que curvó sus labios—. Tengo un dolor de cabeza impresionante, mucho calor y mi lengua tiene un tamaño el doble de lo normal.

—Eso es porque se ha deshidratado y quemado con el sol. No debería de haber caminado por el campo sin sombrero. Y el dolor de cabeza se debe a que tiene un chichón espectacular en la cabeza y tres puntos en la sien. Aparte de eso, no tiene nada. O eso parece.

—Tengo también una extraña sensación de irrealidad.

—Eso es debido a la amnesia temporal —aseguró Olivia, con más confianza de la que sentía en realidad—. El doctor me ha dicho que se le irá pasando poco a poco.

—Espero que tenga razón —contestó, moviéndose inquieto. Olivia le colocó las almohadas para que estuviera más cómodo.

Los rayos del sol de últimas horas de la tarde, que estaba comenzando a ponerse en el horizonte, se filtraban por las puertas del

porche y proyectaban una luz dorada sobre la cama, los muebles antiguos y los techos altos de la habitación. Se oía el grito de algún pájaro desde el bosque cercano.

El hombre observó detenidamente a Olivia. Observó su cabello rubio. Varios mechones le salían de la coleta a la altura de la nuca. La línea de su barbilla era suave y el cuello, delgado. Tenía los ojos grises y la piel suave. Sus manos eran de una mujer trabajadora. Llevaba una camisa de cuadros rojos y blancos y unos pantalones largos de color caqui.

De pronto, algo cruzó por los ojos del hombre, aunque Olivia no pudo saber el qué.

—¿Podría contarme algo más sobre usted y sobre este lugar?

—Si se bebe esto primero —contestó, tomando un vaso de la mesilla de noche y ofreciéndoselo.

—¡Sabe fatal!

—Es suero, para reemplazar todos los minerales y sales que ha perdido. También se puede administrar en vena. Mírelo de ese modo.

—Y usted podría ser una enfermera —contestó él, con brillo en los ojos.

—¡Tómelo o déjelo! —dijo ella, con una mueca.

El hombre bebió un sorbo largo e hizo una mueca.

Olivia se sentó de nuevo.

—Bien. Soy Olivia Lockhart y está en el rancho de Wattle Creek. Mi tío es el propietario y está fuera en estos momentos. Yo he vivido aquí toda la vida y le ayudo a cuidarlo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco y criamos…

—¿No ha hecho otra cosa? Desde luego no tiene aspecto de ser la típica ranchera.

—Pues lo soy —contestó, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Qué? —el hombre preguntó con un gesto serio, aunque sus ojos sonreían.

—Me preguntaba si va a seguir interrumpiéndome, señor… bueno, como se llame.

—Tendremos que inventar un nombre para mí por el momento. No me gustaría que se refirieran a mí como el hombre sin nombre.

Olivia se quedó pensativa unos segundos.

—¿Qué le parece si le llamo…? Bueno, puede elegir. ¿Tom, Dick o Harry?

Él pareció dolido.

—Podría pensar en otros nombres. ¡Esos nombres parecen de perro!

—¿No tiene…? —preguntó ella, mientras se reía—. No, perdone. Yo…

—¿Que si no tengo ni idea? De verdad que no —contestó pensativo —. Y es una sensación terrible.

—No se ponga nervioso —le aconsejó Olivia—. Estoy segura de que recuperará la memoria, y tiene razón, puedo imaginar nombres mejores que Tom, Dick o Harry. Empezaré por el comienzo del alfabeto —dijo alegremente—. Veamos. Adam, Adrian, Alexander. Bueno, ese nombre no es el más adecuado para una persona extraviada… Mmmm… Arnold, Alfred…

—Espere —dijo bruscamente—. Arnold… ¿sabe? Creo que ni nombre es Benedict… Ben… Ben…

Pero no pudo recordar nada más. Soltó una maldición y se derrumbó sobre la almohada.

—Eso es estupendo. Parece que ya empieza a recuperar la memoria. Ben, abreviatura de Benedict. Pero ahora, relájese.

—Sí, señorita —murmuró con amargura—. Si sigue hablándome sobre sí misma.

—No hay mucho más que decir…

—Tiene que haberlo —interrumpió—. ¿Cómo es que no está toda seca y arrugada?

—Yo… —Olivia se dio cuenta de que aquellos ojos azules recorrían todo su cuerpo, para luego volver al rostro—. Siempre me he cuidado la piel… —se encogió de hombros—, he usado sombrero y gafas de sol, manga larga, etc… Mi madre también lo hacía. Pero por debajo soy como cualquier otra persona que viva en un rancho —terminó, esbozando una mueca.

—¿Y nunca ha hecho ninguna otra cosa? —repitió el hombre.

—Sí, y todavía lo hago —contestó, agarrándose las manos.

—Si no me lo dice —murmuró—, voy a sentir otra vez calor y dolores.

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—Tengo el presentimiento de que usted es especialista en conseguir lo que quiere, Benedict Arnold. Eso es algo que parece no haber olvidado.

Pero él se limitó a mirarla con gesto inocente.

—Dios sabrá para qué querrá usted saber…

—No todos los días me atiende una mujer tan guapa como usted, Olivia Lockhart.

Ella se mordió el labio. Luego se fijó en el brillo malicioso que había en los ojos del hombre.

—De acuerdo. Estuve tres años en la universidad estudiando arte, y pinto y diseño tarjetas, por si quiere saberlo. También he restaurado la hacienda, devolviéndole su antiguo aspecto. Me apasiona todo lo antiguo. Eso es todo. ¿Satisfecho, Ben? ¿Le puedo tutear?

—Por supuesto. Siempre que yo pueda tutearte a ti también… Y

no, no estoy satisfecho. Pero es interesante lo que me has contado. ¿Qué tipo de tarjetas pintas?

—Son tarjetas con dibujos de flora y fauna, así como escenas de interiores.

—Me has impresionado. Pareces llevar una vida muy productiva y útil. ¿Existe un señor Lockhart? —los ojos de él se posaron directamente en la mano izquierda de ella—. Veo que no, a menos que no lleves anillo.

—No hay ningún señor Lockhart —dijo Olivia en un tono frío. En ese momento, se oyeron pasos en el porche. Se levantó y miró al enfermo con gesto travieso—. Espero que no te importe que los que te encontraron vengan a asegurarse de que estás vivo. Me dijeron que te habían tocado con un palo y que no reaccionaste, así que pensaron que estabas muerto.

Ella se rió de un modo nervioso al darse cuenta de que el hombre parecía incómodo con aquella revelación. Luego se volvió hacia la entrada.

—Entrad, Ryan y Sonia. Aquí tenéis a Ben.

Los mellizos entraron de puntillas y se colocaron junto a la cama.

—¡Cielo santo! ¿Qué tenemos aquí? Tenéis cara de ser unos chicos algo traviesos.

—No te equivocas —murmuró Olivia.

—No son hijos tuyos, ¿verdad?

—No. Sus padres trabajan en la hacienda.

—Puede hablar —comentó Ryan a Sonia—. No podías hablar cuando te encontramos —añadió enfadado, mirando a Ben.

—¡Creímos que estabas muerto! —Aseguró Sonia—. Nos diste un susto temible.

—Lo siento. Debí de darme un golpe contra algo. Pero estoy muy contento de que me encontrarais vosotros. Os lo agradezco mucho.

Los mellizos se miraron.

—Eso quiere decir que no nos pegarán con el cinturón por haber ido al establo, ¿verdad, Livvie?

—Ryan, sabes de sobra que nadie va a pegarle con el cinturón. Tu padre simplemente se preocupa por vosotros. Podría atacaros una serpiente o cualquier otro animal…

—Aunque no use el cinturón, nos regaña tanto que es como si lo hiciera, Livvie —dijo Sonia—. De verdad.

—Y por eso le hacéis tanto caso —dijo Olivia seriamente, luchando por controlar la risa—. Pero en este caso lo olvidaremos. ¡Ahora salid de aquí!

—¡Adiós, Ben! —gritaron a la vez.

—Ese establo lleno de serpientes y… lo que sea, ¿cómo crees que llegué allí? —preguntó Ben perplejo.

—Sólo se me ocurre que vinieras a caballo desde una zona no muy lejana y que tu caballo se asustara y te tirara. Luego se habrá ido a casa —aventuró la muchacha, encogiéndose de hombros.

—No me ha tirado un caballo jamás… o no desde que cumplí los diez años.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Olivia.

—Simplemente lo sé —contestó impotente.

—Le puede ocurrir a cualquiera —objetó Olivia—. Quiero decir que podría haberse asustado con una serpiente. De todas maneras, Jack, nuestro capataz, está intentando averiguar algo. También está intentando ponerse en contacto con la policía. Y ahora, pareces cansado, ¿por qué no descansas un poco?

—¡No me siento bien! —admitió, moviéndose inquieto.

—Te daré una de esas pastillas. Te ayudará… y ahora, tranquilo. Sé que los hombres no suelen ser buenos enfermos, pero no creo que eso sea verdad en tu caso.

Los ojos azul oscuro del hombre miraron fijamente a la muchacha.

—¡Maldita sea! ¿Cuántos años crees que tengo, Olivia Lockhart?

—¿Treinta y algo? Razón de más para que te comportes —le dio la pastilla y le sirvió un poco de agua de una jarra. Luego lo miró tranquilamente.

El hombre dudó unos segundos. Después se tomó la pastilla con ayuda del agua.

—Bien, ahora iré a preparar la cena, pero si necesitas algo, sólo tienes que pulsar ese timbre. No se te ocurra levantarte de la cama, ¿entendido?

—Me equivoqué contigo —dijo con amargura—. Deberías haber sido militar.

Ella esbozó una sonrisa y le colocó una mano sobre la frente.

—Ahora duerme. Estoy segura de que te sentirás mejor cuando despiertes.

Se quedó dormido enseguida.

Jack Bentley llegó cuando Olivia estaba cenando en la mesa de la cocina. La muchacha le ofreció una taza de café.

—¿Hay alguna noticia? —preguntó, mientras sacaba las tazas del antiguo armario.

—Nada. Nadie parece conocerlo ni haberlo visto. La policía está investigando. Les di una descripción… a propósito, hay una cosa que puede ser interesante. Ha habido una tormenta muy fuerte en el distrito de al lado y hay algunas carreteras cortadas. Pudo ocurrir que él quedara atrapado y decidiera caminar para refugiarse. Aunque…

—Oh, Jack. ¿Viene hacia aquí?

—¡Claro que sí! —Asintió alegremente Jack—. Hay un sistema de

bajas presiones que podría… pero ya sabes lo caprichoso que es el tiempo. Que llueva mucho a cincuenta kilómetros no significa que llueva aquí.

—Crucemos los dedos —dijo Olivia, tomando la cafetera de esmalte del fuego y sirviendo en las tazas—. Justo hoy he estado hablando a los niños sobre que tienen que ahorrar agua —se detuvo y suspiró profundamente—. Lo último que necesitamos en este momento es una sequía.

—Aparte de los bajos precios de la carne y la inflación actual —añadió Jack.

—Y aún así, Wattle Creek logra mantenerse —continuó Olivia, echándose el flequillo hacia atrás.

—Sí, eso parece. ¿Y qué me dices del desconocido? ¿Cómo está?

—Apagado como una luz, pero está bien. He estado revisando regularmente su pulso. Por cierto, ya se acuerda de su nombre, aunque todavía no de su apellido. Se llama Benedict.

—Tengo el presentimiento de que es alguien de dinero.

—¿Tú crees? —Olivia miró a Jack por encima del borde de la taza—. Podría ser. El hombre parece seguro de que ningún caballo se atrevería a tirarlo.

—¿Orgulloso, eh?

—Sí, parece bastante seguro de sí mismo a pesar de la amnesia. La verdad es que puede que sí sea algo orgulloso —respondió Olivia.

Jack arqueó una ceja.

—¿Necesitas ayuda? Puedo quedarme aquí esta noche.

—No, pero gracias de todos modos, Jack. —la muchacha se calló al ver que la puerta de la cocina se abría y las cortinas se movían—. Se está levantando viento —puso las manos sobre la cabeza—. Recemos para que esas bajas presiones lleguen hasta aquí.

Jack se levantó.

—Entonces será mejor que me vaya a comprobar si todo está bien sujeto y cubierto. Te veré por la mañana, Livvie. No te olvides de llamarme si necesitas ayuda con el señor Benedict.

Olivia limpió los platos y ordenó la cocina.

Era una cocina grande y antigua, dominada por un gran armario donde estaba colocada la vajilla. También había una gran mesa y una estantería colgada del techo, llena de cacerolas y cubos y unas ramas y hojas atadas boca abajo que Olivia estaba secando.

Las paredes eran de color amarillo pálido. Las cortinas, amarillas con margaritas blancas. Al otro lado del armario, una mesa estrecha y alargada colocada frente a la pared, sostenía la colección de objetos antiguos: una picadora de carne antigua, un molinillo de madera, una balanza de bronce, una caja de galletas antigua y otras cajas de latón

de épocas pasadas. Por último, podían verse una serie de platos azules y blancos del siglo pasado. El suelo era de azulejo verde y las sillas y la mesa, de madera.

Aunque la hacienda tenía otras habitaciones, la cocina era el centro de la casa.

Olivia salió fuera y respiró el aire de la noche. Definitivamente iba a ser una noche poco tranquila, pensó satisfecha, al ver las nubes que cubrían la luna. Volvió a la casa y comprobó las puertas y las ventanas, dejándolas todas cerradas.

Luego se fue a ver a su paciente.

Había dejado una lámpara en la habitación, que había cubierto parcialmente con una toalla. Pudo ver que el hombre seguía durmiendo, aunque con un sueño inquieto. Olivia lo observó pensativa. Llevaba un pijama de su tío demasiado corto y ancho de cintura. No podía hacer nada al respecto, así que se concentró en su cara de rasgos finos, piel tostada y mandíbula oscurecida por un vello oscuro.

Entonces pensó que parecía frágil, sumergido en ese sueño intranquilo, pero, debido a la conversación que habían mantenido, tenía el presentimiento de que fragilidad no era su estado normal. Y entonces, por alguna razón, se dio cuenta de que aquel hombre despertaba en ella una emoción extraña y puso una mano cuidadosamente sobre su frente.

Él murmuró algo ininteligible. Luego tomó su mano y se la llevó a la boca. Le besó la palma y al mismo tiempo abrió sus ojos azules.

—Cariño, yo… —entonces se detuvo bruscamente.

Olivia se quedó inmóvil. Enseguida trató de apartar la mano.

Él la soltó con un suspiro.

—Pero si es el sargento Lockhart.

—Así es. Siento disgustarte.

—No he dicho eso. En este momento no se me ocurre ninguna otra persona que pudiera haberme tocado la frente de un modo tan agradable.

—¿Me dejas irme?

—¿Te he ofendido?

—No… Por supuesto que no —aseguró, reclamando su mano.

—Pareces disgustada, sin embargo —comentó él.

—¿Quién sabe dónde habrías llegado, después de llamarme «cariño»? —murmuró ella, poniendo una silla al lado de la cama—. ¿Cómo te encuentras?

Él se quedó mirando enigmáticamente a la mujer por un segundo, ignorando su pregunta.

—¿Nadie te había llamado «cariño» nunca, Olivia?

—Eso no es asunto tuyo —contestó enfadada—. Concentrémonos

en tu estado de salud.

Él arqueó una ceja.

—¿Significa eso que no quieres hablar de tu vida amorosa? ¿Es que no ha sido una experiencia placentera?

Olivia dio un suspiro impaciente.

—¡Escucha, yo apenas sé nada de ti, así que no esperarás que te cuente mi vida!

—La verdad es que yo tampoco sé casi nada acerca de mí —contestó él, frunciendo de repente el ceño—. Pero lo único que quería era que me contaras algo para distraerme un poco.

—Muy bien. Y ahora, ¿me vas a decir cómo estás o tendré que decirle a Jack Bentley que venga a verlo él y me lo cuente?

—¿El otro hombre que estaba con el doctor?

—Sí. Es nuestro capataz y te aseguro que es un buen hombre, pero también sé que no tiene mucha paciencia con los enfermos y que puede ser un experto en atar piernas a las camas.

—No me harías algo así, ¿verdad, Olivia? —dijo, mirándola con un gesto de reproche.

—Por supuesto que lo haría. Así que deja de pensar en mi vida amorosa, señor Benedict Amold, y dime cómo estás.

Él rió suavemente.

—Sí, señorita. Mis disculpas, señorita. ¿Sabes? No sé mucho acerca de Benedict Arnold. Creo que era un traidor.

—No es culpa mía si te llamas Benedict —replicó, comenzando a levantarse.

—¿Quieres saber cómo estoy? —dijo él rápidamente—. Un poco mejor que cuando me preguntaste por última vez. Me duele la cabeza, pero el dolor es menos intenso y creo que hasta tengo un poco de hambre.

Ella se sentó de nuevo.

—Eso está bien. Te dejé un poco de cena. ¿Tienes sed?

—Sí, claro —contestó despacio—. Sin embargo, eso es un pequeño problema.

—No creo. Deberías tener sed…

—Pero por otro lado, si bebes mucho cierta zona de tu cuerpo se puede sentir molesta. ¿Puedo levantarme?

—¡Ah, entiendo! No, no puedes… Yo…

—Olivia, como bien dijiste antes, no nos conocemos de nada, así que tienes que comprender que sienta cierta vergüenza.

—No tengo intención de hacerte sentir incómodo —dijo Olivia—. Pero el doctor me avisó de que no te dejara levantarte. Si te desmayas, tendría que ser yo la que te llevara a la cama de nuevo. Eso sin contar con que puedes hacerte daño en la caída.

—Entiendo. ¿Entonces qué sugieres?

—Te traeré un recipiente y lo retiraré después discretamente —contestó, serenamente.

—¡Qué práctica eres! —murmuró.

—Te lo dije. Bueno, ya te dije que había hecho un curso de primeros auxilios mientras estudiaba en la universidad. Es algo que puede ser muy útil cuando vives en un lugar como éste. Incluso hice prácticas en un hospital como auxiliar de enfermería.

—Entiendo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Olivia, al ver que él la miraba pensativo.

—Nada. Estaba pensando que eso refuerza mi idea de que pareces una mujer muy capaz. ¿Así que no tengo que preocuparme por incomodarte?

—No.

—Hay otra razón para que me niegue a…

—¿Te puedo decir algo? Hablas demasiado. ¡No puedo imaginarme cómo serás cuando estés sano y sin problemas!

Dicho lo cual la mujer salió del cuarto.

Media hora más tarde le llevó una cena ligera.

Él se incorporó con gran esfuerzo y ella le puso algunos cojines detrás de la espalda.

—Estoy tan débil como un cachorro —dijo, con evidente irritación.

—Te vendrá bien comer un poco. Tienes sopa y pollo asado —declaró Olivia, levantando el paño con que cubría ambos platos.

—Mmm —exclamó él, con visible placer—. Creo que cocinar es otra de tus habilidades.

—Mucha gente sabe cocinar —respondió ella, dándole una servilleta.

—Cuéntame algo más acerca de la hacienda. Se llama Wattle Creek, ¿no es así?

Olivia dudó unos segundos y finalmente se sentó al lado de la cama.

—Sí. Ha sido de la familia desde hace cuatrocientos años. Mi tío es ahora quien se encarga de ella. Mi padre era su hermano, pero mi madre y él se murieron en un accidente de coche cuando yo tenía doce años.

—Entonces, ¿tú también eres propietaria de él?

Olivia volvió a dudar, pero pensó que era mejor discutir eso que su vida amorosa.

—Sí, pero mi padre era el hermano pequeño, de manera que es mi tío quien lo controla todo.

—Queensland —murmuró Ben entre dientes—. Creo que sé mucho de esta parte del país, pero no sé por qué. De manera que… —el

hombre hizo una pausa y miró al plato—… Wattle Creek ha tenido sus tiempos de sequía, inundaciones, pestes, fuegos, pero también ha vivido buenos tiempos.

—Ha sobrevivido —contestó Olivia orgullosa—, y seguirá sobreviviendo.

Él alzó sus ojos azules hacia ella.

—Las cosas pueden cambiar —dijo, pensativo.

—Claro que pueden cambiar, pero los Lockhart somos una familia fuerte.

—Cuéntame algo más de tu tío. ¿Tiene un heredero?

—Sí. Por el momento soy yo la heredera. Él nunca se casó. Es un hombre anticuado y bastante duro cuando quiere, pero yo lo quiero mucho.

—¿No hay ningún varón en la familia para que el apellido continúe?

—No, a menos que yo convenciera a mi futuro marido para que consintiera en cambiar el apellido. Pero nuestros hijos tendrán sangre de los Lockhart.

—¿Lo harías? —preguntó él con curiosidad.

—¿El qué?

—¿Conseguir que tu futuro marido consintiera en cambiar el apellido?

—¿Por qué no?

—Parece un poco difícil… el orgullo del apellido suele ser algo a lo que nadie renuncia.

—Lo dices porque eres un hombre.

Él la miró burlonamente.

—Y de ti podrían decir que quieres llevar tú los pantalones.

—Probablemente ya lo dicen.

—¿Y no te importa?

Ella esbozó una sonrisa fría. A pesar de que ella nunca había pensado en pedir a su futuro marido que se cambiara el apellido, la falta de un hombre en su vida podía deberse una nada femenina voluntad de no tener que depender de ningún varón.

—¿Qué significa eso? —quiso saber él.

—Yo… —se encogió de hombros—. Me gusta ser independiente.

—Te creo.

Los labios de ella se curvaron en una mueca.

—No me sorprendería que tú también resultaras ser tremendamente independiente.

Él la miró extrañado.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Un presentimiento, eso es todo. Quizá es porque estás muy seguro de que ningún caballo podría tirarte.

El hombre dejó el plato a un lado y se recostó sobre la almohada.

—Tengo el presentimiento de que puedes tener razón.

—Y también me parece que eres un poco canalla —añadió Olivia.

—Desde luego no sé por qué dices eso.

Ella se echó a reír.

—No puedes engañarme, Ben.

—No me daba cuenta de que lo estaba intentando, pero lo recordaré en el futuro.

—¿Te apetece una taza de café? ¿O prefieres un té? El café puede que no te deje dormir.

—No, gracias. No bebo ni café ni té.

Olivia lo miró confundida.

—No me preguntes cómo lo sé. Simplemente lo sé.

—No iba a preguntarte eso. Pero me parece extraño. ¿Te acuerdas de lo que bebes?

—Bueno, por lo menos creo que no soy abstemio. Una cerveza bien fría me iría…

—Imposible.

—¿Tú eres? ¿Abstemia, quiero decir? ¿Es ésta una hacienda bajo la ley seca? —preguntó, con cierto temor.

—Nada de eso. Pero la cerveza es diurética y como estamos intentando conseguir lo contrario, creo que no te conviene. ¿Qué te parece un gran vaso de leche fría?

—Bueno, eso suena bastante bien —dijo despacio.

Olivia lo miró con una mezcla de diversión y extrañeza.

—Eres una caja de sorpresas, Ben —dijo, levantándose, tomando la bandeja y dirigiéndose hacia la cocina.

—¿Y ahora qué? —preguntó el hombre, cuando acabó el vaso de leche.

—A dormir —contestó inmediatamente Olivia—. No sé tú, pero yo llevo en pie desde el amanecer —dijo, deteniéndose y mirándolo a los ojos—. ¿Fue eso un trueno?

—Parece que sí.

—¡Estupendo! ¡Va a llover! —la muchacha fue hacia la puerta del porche y la abrió para asomarse.

Grandes gotas de agua comenzaron a golpear sobre el tejado.

—¿Necesitáis que llueva?

Ella se dio la vuelta.

—Desesperadamente, si queremos tener una buena cosecha. Nuestros ríos y embalses están secos y las reservas de pienso se están empezando a acabar. Necesitamos que llueva urgentemente.

Él la miró y abrió la boca para decir algo, pero pareció cambiar de opinión. O por lo menos, su rostro cambió de expresión.

—Puede que yo os haya traído buena suerte, Olivia.

Ella hizo una mueca.

—Puede que sí, Ben. De acuerdo, ¿quieres algo más? Si no tienes sueño quizá tengas ganas de leer un poco o…

—No, gracias —dijo, bostezando de repente y recostándose—. No sé por qué, pero de repente me ha entrado un sueño terrible.

—Muy bien. Yo me iré a la habitación de al lado y la dejaré abierta, así que no dudes en llamarme si necesitas algo. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuró—, Olivia. Creo que eres una persona estupenda y te estoy tremendamente agradecido.

Ella vaciló y luego salió, encogiéndose de hombros.

Se dio una ducha y se sentó frente a la cómoda para cepillarse el cabello. Estaba nerviosa, aunque ignoraba el motivo. Sin embargo, era maravilloso oír la lluvia sobre el tejado.

Dejó su cepillo de plata sobre una bandeja y miró a su alrededor. Ese cuarto había sido de sus padres, por eso la cama era de matrimonio, con un cabecero de madera maravillosamente tallado. Las paredes estaban empapeladas de azul y blanco, con pequeñas florecillas. Y la colcha y las cortinas eran del mismo color. Ella misma había encontrado la cómoda de madera de roble, con un espejo ovalado y una serie de cajones en dos filas.

La alfombra era de color azul y sobre las paredes había colgados algunos cuadros diminutos que había pintado ella misma. También había fotos enmarcadas, algunas de ellas de color ligeramente sepia debido a los años. Una colección de frascos de perfume, hechos de plata embellecían la cómoda.

Pero su habitación no podía en ese momento darle la habitual serenidad y se volvió hacia el espejo con un suspiro. «Si te soy sincera», se dijo a sí misma, «fue la mirada en sus ojos cuando me dijo que era estupenda lo que me ha puesto tan nerviosa».

Ella hizo una mueca a su reflejo, pero no cambió en nada la impresión que tenía sobre la intención de aquellas palabras. Estaba segura de que no se había referido a sus habilidades como enfermera. De alguna manera, había sentido que él piropeaba con esos ojos azules su rostro y su cuerpo.

Ella se miró las manos y luego se esforzó por observarse en el espejo.

Era cierto. Su piel era suave y tersa. El color de su cabello era como trigo maduro y sus ojos grises, muy claros, casi transparentes. Sus pestañas, largas y oscuras en las puntas. Su cuello, largo y su cuerpo, delgado y duro. Era cierto. Cuando se lo proponía, podía parecer elegante y, como alguien le había dicho una vez, podía ser refinada también. Pero ella apenas se molestaba en arreglarse…

Siempre ocupada en cualquier otra cosa, pensó, mirándose divertida al espejo.

Pero se puso seria inmediatamente. «Sí, siempre estoy demasiado ocupada para preocuparme por los hombres», añadió para sí misma. Entonces, ¿por qué un desconocido provocaría en ella de repente aquel nerviosismo?

¿Cómo se atrevía aquel hombre a mirarla de esa manera, cuando no la conocía de nada?

Se levantó y se pasó una mano por el pijama de color azul y blanco. Luego se metió en la cama. «Piensa en la lluvia», se ordenó a sí misma. «No dejes que pare demasiado pronto… ».

Capítulo 2

La despertó un fuerte golpe dos horas después. Salió corriendo de la cama y vio luz en la habitación de al lado.

—No me digas que se ha caído de la cama —murmuró para sí misma.

Pero Ben estaba sentado en la cama con cara de sueño, con la lamparilla en la mano. El motivo del golpe, resultó evidente. Una de las puertas del porche se había abierto, dejando que la lluvia entrara en el cuarto.

—¡Maldita sea! Seguramente no la cerré bien —exclamó, cruzando la habitación y empujando la puerta contra el viento—. Lo siento —dijo, volviéndose hacia la cama, mojada por la lluvia—. Era probablemente lo que menos necesitabas en tu estado, que algo te sobresaltara en mitad de la noche.

—Yo… —el hombre se recostó—… no podía adivinar qué había pasado.

La muchacha se puso al lado de la cama y lo miró con semblante preocupado.

—Sí. ¿Estás bien? Te encuentro un poco pálido.

—Estoy perfectamente… bueno, relativamente.

—¿Qué te parece… una copita de coñac? Creo que yo me voy a poner una. Pensé que el tejado se había caído.

—Es una idea estupenda, Olivia.

La muchacha sirvió dos vasos pequeños de cristal y se sentó al lado de la cama de Ben.

—¿No te asustan las tormentas? —quiso saber el hombre.

—No —contestó ella, dando un sorbo a su copa—. Me gustan.

—Es una pregunta estúpida.

—¿Te asustan a ti?

—Aunque sé que no es algo normal en un hombre, te diré que sí. Una vez vi un rayo golpeando a un caballo y nunca me repuse de aquello. Aunque ya no tengo que esconderme debajo de la cama.

Olivia se echó a reír.

—No te creo.

—Pues deberías.

—¿Dónde estaba el caballo?

—No puedo recordarlo, pero…

—No lo intentes —aconsejó ella inmediatamente—. Siento haberte preguntado. Bebe un poco de coñac.

Él la miró con una expresión extraña.

—Hay cosas mejores que esconderte bajo una cama durante una

tormenta.

—¿Cómo qué?

—Como tener a alguien a tu lado a quien puedas abrazar.

Olivia parpadeó en silencio y vio cómo Ben miraba su pijama azul y su pelo suelto. La muchacha tragó saliva y tosió.

—Vas… demasiado rápido, Benedict Arnold.

—Alguien decía que había que vivir el presente. Creo que sería mucho mejor. Puede que así pudiera dormirme de nuevo.

—Claro que vas a dormirte de nuevo. Te daré una de esas pastillas.

—Querida Olivia, no me hagas eso. Odio tomar fármacos. No sabes lo mal que te sientes cuando te despiertas después de tomar pastillas para dormir.

—Bueno, pero no voy a meterme en la cama contigo… estás loco.

El hombre sonrió y, a pesar de que estaba lleno de heridas y cicatrices, de que sus labios estaban secos y agrietados y de que su mandíbula estaba oscurecida por la barba, a Olivia le pareció uno de los rostros más vitales que jamás hubiera visto.

—Considerando que estoy herido, que he perdido la memoria y odio las tormentas… —el hombre se detuvo al oír un trueno—. ¿Podrías quedarte a hablar un rato conmigo? Tú también pareces bastante espabilada.

—Yo… —se mordió el labio.

La muchacha se dio cuenta de que era cierto que se había espabilado por completo y que sería horrible permanecer tumbada en la oscuridad pensando.

—De acuerdo, pero sólo un rato. Iré a ponerme una bata.

—¿Para intentar evitar que pueda hacerte cualquier otra sugerencia?

—Porque tengo frío, sólo por eso —replicó ella, saliendo del cuarto.

Volvió con una bata blanca, calcetines blancos y una manta escocesa. Se colocó en un sillón y se puso la manta sobre las piernas. Luego dio un trago a su coñac.

—¿Estás seguro de que no tienes frío? —preguntó.

—Seguro, gracias —respondió él educadamente.

—¿De qué hablamos?

—No te puedo contar nada sobre mí, así que tendrás que ser tú la que hable.

—Ya te he dicho sobre mí todo lo que estoy dispuesta a contarte —protestó Olivia, mirándolo fríamente.

—¿Ni siquiera cosas generales? Por ejemplo, tus ambiciones, tus planes… a menos que estén todos ligados a Wattle Creek.

Ella dio un suspiro y ladeó la cabeza.

—No tienes por qué decirlo así, como si eso fuera tan… limitado.

—¿Lo he dicho así? Me disculpo. ¿Cuántos años me dijiste que tenias, Olivia?

—Veinticinco. ¿Qué tiene eso de interés?

—Nada, pero es hora de que comiences a pensar en dar herederos a la hacienda, ¿no crees?

—No hace falta que te preocupes por esas cosas, Ben —la muchacha observó el líquido marrón en el vaso y alzó sus ojos grises —. Me parece que te estás entrometiendo en mi vida.

Él se encogió de hombros. No pareció molestarse.

—¿Has pensado alguna vez que quizá los hombres te vean totalmente diferente a como te ves tú?

—No sé qué quieres decir.

—Bueno, muchas mujeres no se dan cuenta de lo que los hombres ven en ellas.

—Si supiera hacia dónde quieres ir a parar, podría estar en acuerdo o en desacuerdo, pero si lo que estás esperando es que te pregunte lo que tú ves en mí, creo que es mejor que hablemos de otra cosa.

—No. Eres muy independiente, lo sé, pero te lo diré de todas formas. Veo a una mujer a la que un hombre podría tomar en serio, si le dejas que te conozca —el hombre la miró con una mueca en los labios—. Y para que haya herederos es necesario conocerse, claro.

—¿Cómo sabes que alguien no lo ha hecho ya?

—¿Ha sido así? —preguntó, con curiosidad.

Olivia terminó su copa.

—Eso entra dentro de lo personal, Ben.

—¡Has empezado tú!

—Sólo porque tú me has provocado. Escucha, te diré lo que pienso, así quizá podamos dejar de hablar del tema. El amor es bonito. Me he enamorado dos veces y fue… todo lo que debe ser. Excepto que no fue algo duradero y no hubo la presión que provoca el matrimonio, los hijos y todo lo demás. Ningún hombre mandón me presionaba y me decía lo que tenía que hacer.

El hombre hizo una mueca, aunque enseguida se puso serio.

—Si alguna vez pierdes Wattle Creek, y esas cosas ocurren, ¿qué harías de tu vida?

—Lucharé con todas mis fuerzas para no perderlo —respondió inmediatamente—. ¡Tendrán que sacarme de aquí luchando! Pero si alguna vez lo consiguen, tengo mi pintura y… ¿quién sabe? Podría cuidar a personas con amnesia.

—Gracias.

Ella lo miró y abrió la boca para decir algo, pero luego la volvió a cerrar.

—Dímelo, Olivia, parecía algo divertido.

—No debería en realidad, pero no puedo evitar preguntarme si, de entre las cosas que recuerdas, está la de tu actitud ante el matrimonio y el amor.

Él apuró su vaso, lo dejó sobre la mesa y se recostó sobre la almohada.

—Creo que es una bonita institución en términos generales. Como tú, sin embargo, tiendo a preguntarme si el amor es capaz de sobrevivir bajo todas las presiones que tú has mencionado. Pero también creo que eso es porque ni tú ni yo nos hemos enamorado todavía de verdad.

—Entonces ¿piensas que es posible que estés casado?

—No recuerdo tener esposa —dijo pensativo.

—No te preocupes. Mañana, mejor dicho hoy, vendrá la policía y ellos nos dirán quién eres.

—Eso espero. Pero, en términos generales, ¿qué tipo de esposa crees que serías?

—No tengo ni idea. ¿Qué clase de esposo serías tú?

—Creo que sería un buen esposo —dijo pensativamente—. Sé hacer las cosas de la casa, me gustan los niños y me gustan las mujeres…

—No más de una al mismo tiempo, espero. Lo contrario, no haría de ti un buen esposo.

—De acuerdo. Pero todo esto sería sobre la base de encontrar una mujer adecuada, naturalmente. Y cuando digo que me gustan las mujeres quiero decir que sus manías no me ponen nervioso.

—¿Por ejemplo? —quiso saber Olivia, a punto de echarse a reír.

—La preocupación por la ropa, por ejemplo. Las mujeres son más agradables cuando tienen la ropa adecuada y el cabello a su gusto, etc. Quizá por eso no son capaces de entender que lo fundamental es lo que los hombres ven de ellas.

—¿Sabes que pensar eso delata una actitud bastante arrogante?

—Pero también sabia, Olivia. Así que, por todo ello, creo que sería un buen marido.

—Tu confianza en ti mismo es monumental. Creo que serías un marido bastante canalla, Ben.

—No sé por qué se te ha metido en la cabeza que soy un canalla —murmuró él, contrariado.

—Llámalo intuición femenina. No todas nosotras estamos tan preocupadas por la ropa que no podamos ver más allá de nuestras narices.

Él se quedó pensativo.

—¿Hay algo en los hombres que no te guste?

—Yo… suelo llevarme bien con los hombres.

—Eso puede ser porque no eres una mujer de esas muy femeninas.

Por un momento Olivia se quedó seria, luego se echó a reír.

—Hay muchas que podrían incluirse en ese grupo, Ben.

—Deja que me explique…

—Creo que sería una buena idea. Ya sabes que en este momento dependes bastante de mi buena voluntad.

—Bien. Hay mujeres en las que sólo puedes pensar en términos sexuales. Quiero decir que es difícil encontrar mujeres con las que puedas hablar sobre…

—Lo que no deberías hacer es irte a la cama con mujeres con las que no puedas hablar, Ben. Hay nombres desagradables para describir ese tipo de hombres.

—Desgraciadamente es uno de los riesgos de ser hombre, Olivia. Pero lo que estaba intentando decirte es que tú eres una mujer en la que se aprecia una personalidad distinta que provoca curiosidad y ganas de conocer, sin que sacrifiques por ello tu femineidad y poder de seducción. Lo cual es un alivio, porque, como te dije antes, eres una mujer a la que un hombre puede tomar en serio de muchas maneras, en la cama y fuera de ella.

Ella lo miró unos segundos sin decir nada. Luego abrió mucho los ojos.

—¡Me conoces sólo hace unas horas!

—Si hay algo de bueno en tener la mente completamente en blanco, es el ser muy receptivo a nuevas impresiones.

—¿Y no te da ningún reparo hacer ese tipo de declaraciones a una completa desconocida? No me contestes, es una pregunta un poco estúpida.

Ben esbozó una sonrisa.

—Olivia, tengo el presentimiento de que me gusta decir las cosas claras.

—A mí me pasa igual. Pero ahora te diré que si me preguntas algo más de ese tema me iré a la cama.

—Está bien. Dime qué clase de ganado tenéis y cuántas cabezas. Cuántos kilómetros tiene la hacienda y todas esas cosas.

Ella abrió la boca, pero la expresión de él era seria y educada. Los labios de la mujer se curvaron en una sonrisa tranquila.

—No pienses que me engañas… pero tú lo has preguntado.

—De verdad me interesa —protestó él.

Olivia se tomó el coñac que le quedaba y echó hacia atrás la cabeza. Luego empezó a hablarle del rancho.

Él hizo algunos comentarios y preguntas tan inteligentes sobre el tema, que extrañaron a Olivia.

—Me da la impresión de que tú, Ben, debes de saber algo acerca de este negocio.

—Así es. Pero el por qué y el dónde lo aprendí es otra historia —el

hombre hizo una pausa y bostezó.

—Creo que ya es hora de irse a la cama —sugirió ella.

—¿Es que me abandonas?

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—Creo que hay algo que no sabes acerca de mí.

Él levantó una ceja con gesto soñoliento.

—Y es que sé cantar —continuó ella—. ¿Te gustaría que te cantara una nana?

Él puso tal cara de recelo que ella casi se echó a reír.

—Lo haré muy suavemente —le aseguró, y luego comenzó la nana —. *Git along, little dogie…*

Con voz clara y suave Olivia entonó aquella canción de vaqueros tradicional, al tiempo que observaba cómo Ben la miraba sorprendido, luego relajado y finalmente se quedaba dormido.

Contempló la idea de levantarse, apagar la luz e irse a la cama, pero estaba tan cómoda y relajada que decidió posponerlo unos minutos, hasta que él se hubiera dormido del todo. Y eso fue lo último que pensó antes de dormirse ella también.

A la mañana siguiente, Jack Bentley los despertó.

—Livvie… ¡Oh, si estás ahí!

Olivia se removió y Ben abrió los ojos.

—¿Qué te pasa, Livvie? —preguntó Jack, con voz nerviosa, entrando a la habitación y quedándose asombrado.

—¿Te ha…? ¿Estás bien, amigo? —añadió, volviéndose hacia Ben.

Olivia se puso en pie y se estiró.

—Está bien, Jack. ¿Alguna novedad? ¡Santo cielo, continúa lloviendo!

—Está lloviendo tanto que vamos a tener que mover un poco el ganado.

—¿Y alguna otra novedad? —preguntó Ben, con la cara torcida, como si le doliera todo el cuerpo.

—Bueno, amigo, si te refieres a si se sabe algo de lo tuyo, hay rumores de que un tipo se perdió cuando volaba con su avioneta. ¿Crees que puedes ser tú?

—¡Por Dios bendito! Así que eso fue lo que pasó. Sí, ahora me acuerdo. Tuve que hacer un aterrizaje de emergencia, ya que el nivel de combustible había comenzado a parpadear. Pero… pero…

—¿Te suena de algo el nombre de Bradshaw? —preguntó Jack.

—Bradshaw, Bradshaw —repitió Ben despacio, mientras fruncía el ceño con ese gesto que Olivia comenzaba a conocer bien.

—No importa, ya te acordarás —trató ella de cancelarlo. Luego se volvió hacia Jack—. Deja que me vista y yo… Jack, ¿te importaría atender a Ben un momento? Yo voy a llamar a la policía para avisarles

de que él está sano y salvo. Luego seguiremos hablando —prometió, saliendo de la habitación.

Jack Bentley y Ben Bradshaw se quedaron mirando cómo ella desaparecía y luego se miraron el uno al otro.

—Es una mujer muy decidida —dijo Ben.

—Así es, amigo. Y muy estimada en Wattle Creek —añadió él.

—Ya… te entiendo —dijo Ben Bradshaw.

—Sí. Yo no intentaría aprovecharme de ella.

—Bueno, no creo que haya peligro de eso. Parece una mujer que sabe lo que quiere.

—Quizá sí. Pero en cualquier caso, yo no lo intentaría —dijo Jack cortésmente—. ¿Así que estás recobrando la memoria? ¿Y tienes idea de dónde hiciste ese aterrizaje de emergencia?

Ben se volvió a recostar.

—Ahora recuerdo que no fue sólo el combustible. También hubo un fallo en el sistema eléctrico, por lo que la radio dejó de funcionar. Y recuerdo haber caminado durante horas. Eso es. Yo sobrevolé la hacienda poco antes de aterrizar, así que comencé a caminar en la dirección que recordaba haberla visto. Hacia el sudeste. Así que el avión debe de estar hacia el noroeste.

—¿Recuerda por qué estaba sobrevolando esta zona?

—Yo… —él se quedó callado al regresar Olivia.

La muchacha llevaba pantalones de montar, una chaqueta impermeable y un sombrero de ala ancha en sus manos.

—Ben, despegaste de Longreach ayer por la mañana y tenías planeado regresar a Longreach por la tarde. Las autoridades se pondrán en contacto con tus parientes, pero parece que tendrás que quedarte con nosotros un día más o quizá dos. Hay varias carreteras inundadas y las líneas de teléfono están cortadas. Varias personas se han quedado incomunicadas y el aeropuerto está bajo el agua. De manera que nuestro único medio de comunicación es, por el momento, el teléfono móvil.

—Entiendo. Yo…

Pero Olivia le cortó.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, mientras le agarraba la muñeca para tomarle el pulso.

—Me encuentro bastante bien.

—¿Nada de jaquecas, doble visión, ni náuseas? —ella se quedó mirándolo fijamente, mientras él sacudía la cabeza. Luego sacó un termómetro—. Abre la boca. ¿Y tampoco te duele nada por dentro?

El volvió a sacudir la cabeza y ella le pellizcó el antebrazo, quedando, aparentemente, satisfecha con el resultado. Después le apartó con cuidado las vendas que cubrían los puntos de la sien.

—Bien —dijo ella, mientras le quitaba el termómetro—. Todo

parece correcto. Quédate en la cama.

—Pero yo…

—Haz lo que te digo, Benedict Arnold —le recomendó Olivia—. Voy a tener que dejarte solo unas pocas horas. Pero te dejo en buenas manos. Kay, la esposa de Jack, va a venir a prepararte el desayuno, así que pórtate bien… También vendrá el médico. Cuéntale exactamente cómo te encuentras y dile que estás empezando a recuperar la memoria.

—Muy bien —contestó Ben, mirando a Jack con gesto resignado.

—¿Qué significa esa mirada? —preguntó ella.

—Nada —dijeron ambos hombres a la vez, aunque Jack parecía estar divirtiéndose.

—¿Estás listo, Jack?

—Cuando quieras, Livvie.

Ben Bradshaw se quedó mirando cómo salían de la habitación, luego sacudió la cabeza, algo confuso. Un rostro familiar interrumpió sus pensamientos. Era Kay Bentley, que le llevaba el desayuno.

Olivia regresó a la hacienda algo antes de las cuatro y media. Seguía lloviendo torrencialmente.

—¿Cómo está? —le pregunto a Kay, entrando empapada en la cocina.

—Está perfectamente —respondió Kay—. Ha estado dormitando toda la mañana, pero el doctor ha dicho que luego podrá levantarse un rato. A propósito, Livvie, el teléfono móvil ha dejado de funcionar.

Olivia soltó una maldición.

—Se lo llevé a Davo. Me dijo que intentaría arreglarlo. Y por cierto, qué hombre tan encantador… Me refiero a Ben —comentó Kay, entusiasmada—. Es un hombre muy amable y educado. Y también me hizo reír.

—Es evidente que no… —Olivia se calló. Iba a decir que desde luego no le había sugerido que se metiera en la cama con él, pero se lo pensó mejor.

—Le he conseguido algo de ropa de Graham —continuó Kay. Graham era su hijo de veinte años—. Las ropas de tu tío son demasiado anchas y cortas para él —añadió, riéndose entre dientes.

—Muchas gracias, Kay —dijo Olivia, sentándose a la mesa de la cocina—. ¿Te puedes creer que ayer estaba preocupada con la sequía y ahora lo estoy porque está lloviendo demasiado? Me da miedo que el ganado se pueda ahogar.

—No te preocupes. ¿Quieres que te haga algo de comer? Seguro que no has tomado nada en todo el día.

—Bueno, desayunamos algo en el camino.

Kay se puso manos a la obra y en un momento había preparado a

Olivia una taza de té y unos sandwiches de queso con tomate.

—Gracias, Kay.

—He hecho un guiso para la cena. Te vendrá bien tomar algo caliente. ¿Cuándo vuelve tu tío?

—En una semana, pero podremos salir adelante sin él. ¡Maldita sea, mira que estropearse el teléfono…!

—¿Por qué no te relajas un poco? Yo podré hacerme cargo de todo durante una hora.

—Creo que llevas razón.

Olivia no llegó a dormirse, pero se dio un baño de agua caliente y se cambió de ropa. Se recogió el pelo en una coleta y pensó en recortarse el flequillo, pero no tenía tiempo. Luego se acordó de Ben Bradshaw y se dio una crema hidratante y se maquilló un poco.

«Debo de haberme vuelto loca», pensó, sonriendo ligeramente. «¿Qué es lo que estoy haciendo? ¿Demostrar que no soy tan seria ni tan poco femenina?».

Él no estaba en el cuarto de invitados. Se lo encontró sentado a la mesa de la cocina. Estaba solo.

—¿Estás seguro de…? —empezó a decir ella.

—Completamente seguro —la interrumpió, levantándose—. Y además, el doctor me ha dado permiso.

—Eso dijo Kay —murmuró ella, mientras lo observaba.

Se había puesto unos vaqueros y una camisa blanca. Se había peinado el oscuro cabello y se había afeitado a pesar de las vendas y tiritas que le cubrían el rostro.

—Pareces cansada —comentó él.

—No te preocupes, estoy bien.

—Me siento algo culpable… No sólo te hice trabajar anoche, sino que parece que os he traído toda esta lluvia.

—Bueno, el problema es que parece que también ha estado lloviendo al norte, y el exceso de agua ha hecho que se desborden los canales. Por eso el aguacero ha provocado todas estas inundaciones.

—Así es esta tierra. O llueve demasiado o no llueve nada.

—Es cierto —ella se sentó en una silla—. ¿Qué tal ha ido el día?

—Pues no tengo mucho que contar. Hablé con el doctor. Después con la policía, pero justo entonces se estropeó el teléfono. Siento mucho darte la noticia, Olivia.

—Ya me lo contó Kay. Nunca llueve, sino que diluvia. Pero, Davo, nuestro mecánico residente es una especie de genio. Seguro que él puede arreglarlo. ¿Pudiste averiguar algo hablando con la policía?

—Sí. Ahora sé que me llamo Ben Bradshaw, que trabajo en una compañía de ganado. Tengo treinta y tres años. Según parece, me dirigía hacia Campbell Downs y trabajo en Charleville.

Olivia se quedó mirándolo fijamente. Después se levanto y se dirigió a la nevera para sacar una botella de vino.

—¡Felicidades! De modo que ya sabes todo acerca de tu pasado.

—Bueno, todavía tengo alguna laguna, pero todo comienza aclararse.

—Gracias a Dios —le alcanzó un sacacorchos—. ¿Te gusta el vino?

—Sí.

—Pues entonces abre esto, mientras pongo el guiso de Kay a calentar —dijo ella, dirigiéndose al horno—. Por cierto, ¿qué hay de tus familiares o amigos? —se acercó y tomó uno de los vasos de vino que Ben había servido—. Salud, de todas formas. Tienes suerte de seguir vivo, sea como sea.

—Salud. Y muchas gracias —respondió él.

—¿Y entonces?

Él arqueó las cejas.

—Acerca de tus familiares —le recordó ella.

—Mi pariente más cercano es mi madre, pero ella está en el extranjero. Puedo acordarme de ella. Pero creo que en el momento en el que se cortó la comunicación, me estaban contando que estaban intentando localizar a alguna otra persona que necesitara saber de mí.

—¿Así que no estás casado?

—Parece que no —contestó. Sus ojos parecían reflejar que se estaba divirtiendo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ella podría horrorizarse al saber cómo funciona tu mente bajo los efectos de una amnesia temporal.

—No creo que me haya comportado tan mal.

En ese instante era ella quien parecía divertirse.

—Sabes perfectamente que sí.

—Bueno, quizá te vi y me enamoré perdidamente, Olivia.

—Lo dudo. Tengo veinticinco años y no suelo causar esa clase de efecto en los hombres.

Él se reclinó en su asiento y se puso a juguetear con su vaso de vino. Después fijó sus ojos azules en los de ella.

—Creo que ahora estás cansada, pero aún así eres encantadora.

Ella sintió que se sonrojaba y no sabía qué contestar.

—Gracias, pero preferiría que no dijeras nada más —pudo decir, finalmente.

—De acuerdo. ¿Cuántas cabezas de ganado has tenido que mover?

Estuvieron hablando de la situación de la región mientras cenaban. En el postre, pasaron a hablar de cómo iba el país. Cuando acabaron, él le preguntó si le enseñaría la hacienda.

—Con mucho gusto —contestó ella.

Era una vieja casa de aspecto laberíntico con un salón enorme,

separado del comedor mediante un bonito arco de madera. Las paredes del comedor eran de color verde y las sillas y sillones estaban forradas de un brocado de color rubí. La mesa era de diseño tradicional australiano. En las paredes había cuadros con marcos de oro, un magnífico reloj de pared y, encima de la chimenea, el retrato de una mujer rubia.

—Mi madre —dijo Olivia, con voz triste.

—Debió ser horrible.

—Lo fue.

—Te pareces mucho a ella.

—Gracias. Pero me acuerdo que ella era una mujer realmente bella. Este es mi padre —dijo, señalando otro retrato más pequeño—. Y éste es mi tío Garth.

—Diría que… parece un tipo difícil.

—Y lo es. Está igual.

—¿Lo pintaste…? No, no es posible.

—No. Y no sólo por la edad. Te diré por qué cuando lleguemos a mi estudio.

Él se quedó mirándola cuando ella se paró en el umbral de la puerta. Luego aparté la vista para echar una última ojeada al precioso cuarto.

—La verdad es que lo has decorado con mucho gusto.

Ella se encogió de hombros.

—Tenía muy buenos materiales con los que trabajar, además de que la habitación tiene un tamaño enorme. Ahora te enseñaré mi estudio —dijo, pasando a otro cuarto—. Ahora no lo podrás apreciar, pero acristalé la pared para que fuera muy luminoso.

De hecho, la lluvia seguía golpeando con fuerza contra el cristal, pero la potente luz artificial le mostró una habitación despejada y con suelo de madera. Había una mesa, dos taburetes, un fregadero y un par de caballetes.

—Ibas a decirme algo cuando me trajeras aquí —le recordó él.

—Ah, sí. Que lo que se me da mejor es pintar cosas pequeñas. Y por eso me gusta hacer tarjetas de felicitación.

—¡Qué curioso! —exclamó él, volviéndose hacia ella.

—Lo sé. De hecho, es inexplicable.

—Pero son muy buenos —dijo él, observando el pequeño lienzo que descansaba sobre uno de los caballetes y el cuaderno de bocetos que descansaba sobre el otro.

El óleo mostraba unos gomeros en la orilla de un riachuelo. El boceto era una acuarela de un pájaro en una rama.

—Me encanta la acuarela. ¿Es que eres naturalista también?

—De alguna forma, sí. A veces me imagino cien años atrás, yendo por ahí con un vestido blanco de cuello alto, un enorme sombrero y

un cuaderno de bocetos.

—Me da la impresión de que incluso cien años atrás, tú habrías tenido demasiada energía para eso.

—Quizá sí, pero en esa época de las mujeres se esperaba que se comportasen como señoras.

—Y tú también te comportas como una señora, Olivia.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella, mirándolo con ironía.

—Bueno… —dijo, apoyándose en la pared y cruzando los brazos —. Tú pareces una mujer bastante autoritaria…

—Ayer me dijiste que eso podía ser debido a que deseaba llevar los pantalones.

—Pero he cambiado de opinión. Lo que sucede es que tu comportamiento es casi como el de una reina. Y por eso tratas de esa forma a los curiosos o los forasteros inoportunos.

—No quiero hablar de eso. Intentas hacerme discutir de cosas impropias para comentarlas con un extraño.

—Quizá se deba a la electricidad que hay entre los dos. Y me encanta cómo pintas, el gusto que tienes para decorar, cómo cocinas…

—La cena de esta noche no la hice yo. Fue Kay.

—Pero la de anoche sí que la hiciste tú. Y eso es algo que sólo una mujer podría hacer.

—Yo… Pero también ha habido muchos hombres entre los cocineros más ilustres —dijo ella, aunque sabía que eso era irrelevante. Olivia se sorprendió al darse cuenta de que apenas podía respirar. Así que se forzó a tomar aire y a decir algo más adecuado—. Tú, no sé si serás un caballero, pero da la impresión de que eres de clase alta, Ben.

—¿Sí?

—Sí. Jack fue el primero en darse cuenta. Y yo también creo que tus modales son muy buenos. Hablas de un modo refinado y tienes una gran seguridad en ti mismo, incluso bajo los efectos de la amnesia. Y eso suele ser producto de una buena educación. Así que aunque no puedas acordarte de ello, seguro que vienes de buena familia.

—A mi madre le encantaría oírte decir esto, Olivia, pero la realidad es que mi padre fue un herrero.

Ella parpadeó.

—Siento haberte decepcionado.

—No me has decepcionado. Quiero decir… —ella estaba segura de que se había sonrojado—. Para mí eso no significa nada. ¡Oh! Creo que me he expresado como una snob y te puedo asegurar que no lo soy. ¿Por qué me has hecho decir eso?

Él se echó a reír y se acercó hasta donde ella estaba.

—Yo sólo quería decirte un cumplido, Olivia.

—Para arreglar lo que dijiste de que no era una mujer de aspecto seductor —remarcó ella sombríamente.

—Eso no fue lo que quise decir. Y siento mucho si te hirió mi comentario.

—Sólo Dios sabe cómo me hirió. No te conozco…

—Ya lo sé. Y quizá sea ése el motivo.

Él se limitó a acercar el anverso de su mano a la mejilla de ella, pero Olivia se quedó helada de miedo.

No pudo evitar sorprenderse del magnetismo que ejercía el contacto de la mano de él. Parecía transformar de algún modo la situación. Como si fuera todo mucho más real. Allí estaban ellos dos, bañados por la luz de su estudio. Fuera, la lluvia no cesaba de caer y el ganado debía de estar ahogándose.

La intensidad con la que sintió todo aquello, hizo que sus ojos se abrieran de par en par. Nunca antes había sido tan consciente de la presencia física de un hombre. Se dio cuenta de lo mucho que él la atraía. Y no sólo por lo alto y fuerte que era, sino también por su ingenioso sentido del humor y por sus extrañas costumbres. Como la de beber leche, en vez de café o té, como la de que le disgustaran las tormentas…

Eran detalles tontos, pero, por alguna razón, la suma de ellos la hacía sentirse muy atraída hacia ese hombre. De ahí surgía esa especie de corriente eléctrica que los rodeaba a ambos.

Y no podía dudar de que esa comente eléctrica existía. Cuando los ojos azules de él se posaron sobre su camisa y luego subieron hasta la hendidura en la base de su cuello, ella se sintió como si él estuviera tocando su piel. Como si él estuviera tocando partes secretas y sensibles de su cuerpo. Y a ella le pareció que la única posibilidad de escapar de esa dulce tortura era arrojarse a sus brazos.

«No puedo creérmelo», pensó ella, mientras su corazón latía a toda velocidad y comenzaba a sentir un hormigueo en los pechos, al descansar la mirada de él sobre ellos.

«¿Cómo puede ser que yo sea tan sensible a él? ¿Cómo puede ser que mi cuerpo reaccione de este modo ante el simple roce de la mano de él sobre mi mejilla o la manera en la que me está mirando?».

—No… —susurró ella, y él apartó la mano, echándose hacia atrás.

—Estoy de acuerdo —dijo él, con voz tranquila.

Olivia parpadeó. Luego tragó saliva antes de poder hablar.

—¿En qué estamos de acuerdo?

—En que no debemos apresuramos —murmuró él, con cierta ironía.

—Apresuramos… yo… tú no esperarías… —ella cerró la boca.

Él arqueó una ceja.

—¿Que no esperaría que, a pesar de que ambos lo deseamos, tú te

acostaras conmigo? No. Y yo no te lo pediría. No quiero que me abofetees.

—No… no bromees sobre eso —le advirtió ella.

—¿Quiere eso decir que te gustaría hacerlo, Olivia?

Ella se quedó mirándolo fijamente. Después se echó el flequillo a un lado.

—No, Ben. No hasta que te conozca mejor. Y aún así, no sé si eso podría suceder.

—¿Y por qué no?

—Bueno… —ella parecía un poco indefensa—. Todavía no sabemos si nuestras vidas podrían llevar un rumbo paralelo.

—¿Quieres decir que todavía no sabes si yo encajaré en Wattle Creek?

Ella se encogió de hombros.

—Y vivo aquí y tú en Charleville.

—No me refiero a eso, Olivia, y creo que tú ya lo sabes.

—Ben… —ella sacudió la cabeza—. No puedo… Por favor… Me estás poniendo nerviosa.

Él se quedó mirándola fijamente. Luego volvió a tocar con su mano la mejilla de ella. Pero fue un contacto breve.

—Vete a la cama. Pero… ¿estamos de acuerdo en lo de no precipitamos?

—Yo… sí. Pero no puedo irme a la cama así. En cualquier caso, tú deberías ser el que…

—¿Qué quieres que hagamos?

—Podemos recoger los platos, cerrar todo, apagar las luces y luego yo quería planchar.

—¿En serio?

—Bueno… —dudó ella—. Quizá lo de la plancha pueda esperar, pero el resto no.

—Yo haré el resto.

—¿En serio?

—Claro que sí. Te dije que estaba acostumbrado a hacer las tareas de la casa.

—Lo sé, pero…

—Y además, me he pasado casi todo el día en la cama, así que no tengo nada de sueño. Sin embargo, tú no te tienes en pie. A propósito, esa es una de las cosas que olvidé añadir a la lista de tus virtudes señoriales. Sabes cantar muy bien.

Ella sonrió.

—Deberías haber visto tu cara cuando te ofrecí hacerlo.

—Es que me sorprendiste un poco.

—Pues yo te aseguro que no voy a necesitar ninguna nana para dormir. Bueno —dudó de nuevo—. Si estás seguro…

—Completamente seguro. Yo recogeré los platos y apagaré las luces —dijo él, mirándola con cierta ironía.

Ella se sonrojó, aunque se recuperó de inmediato.

—Buenas noches, señor Arnold —dijo ella, en tono de broma, tendiéndole la mano.

—Buenas noches, señorita Lockhart —replicó él, dándole la mano.

—No trabajes demasiado —le advirtió ella—. Tienes que cuidarte.

—Lo haré.

Él dejó libre la mano de ella y se quedaron mirándose fijamente el uno al otro durante un buen rato. Hasta que Olivia se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 3

Ella se durmió casi nada más acostarse, pero se despertó a las dos de la mañana. Todavía seguía lloviendo.

Aunque no pensó en la lluvia, sino en Ben Bradshaw.

«¿Qué clase de hombre es él?», se preguntó. «Sé que yo atribuí su seguridad a una educación privilegiada, pero eso no tenía por qué ser necesariamente así. Una educación privilegiada no garantiza nada… Pero lo cierto es que es un hombre encantador. La gran incógnita es saber si está acostumbrado a utilizar su encanto para conquistar a todas las mujeres que salen a su paso. Y por su manera de comportarse, puede que sea así».

Olivia frunció el ceño y se movió inquieta en la oscuridad, para colocarse boca arriba en la cama que había pertenecido a sus padres. Se daba cuenta de que hacía mucho tiempo que no se sentía atraída por ningún hombre. No le ocurría desde hacía dos o tres años, recordó. Y alguna vez había pensado que podía correr peligro de convertirse en una vieja solterona.

De pronto, se le ocurrió que no sabía qué haría Ben Bradshaw dentro de la empresa de pastos en la que trabajaba. Y tampoco sabía que habría ido a hacer a Campbell Downs, la enorme propiedad adjunta a la suya y que había sido vendida recientemente.

«No sé por qué no le habré preguntado por eso», se dijo a sí misma. Luego se sobresaltó al oír que alguien llamaba a su puerta. Olivia se sentó, encendió la luz y se subió las sábanas hasta el cuello.

—¿Quién es?

La puerta se abrió y pudo ver que era Ben.

—Olivia…

—¡Oh, esto es demasiado! —le interrumpió—. Si es por simple gratitud que no puedes dejarme ni un momento sola…

—Olivia… —repitió él, entrando en el cuarto—. Si piensas que mi intención es seducirte, te equivocas.

—Bueno, ¿y qué se supone que debo pensar?

—Estoy completamente vestido. Y también estoy mojado.

Ella vio que era cierto. Tenía el pelo empapado, así como los vaqueros y la camisa de Graham.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó ella.

—Quiero decir que en estas condiciones, en lo último en lo que pensaría sería en seducirte.

—¿Y qué es lo que quieres entonces?

Él la miró durante un largo instante. Su expresión era que estaba empezando a divertirse con la situación.

—Lo que sucede es que hay goteras en el tejado. Y resulta que el agua cae justo encima de mi cama. Y como estaba bastante contento con mi cama y no tenía pensado mudarme a ninguna otra, me preguntaba si sería buena idea dejar que siguiera cayendo agua sobre ella.

Olivia apartó las sábanas y se puso en pie.

—¿Y se puede saber por qué diablos no lo dijiste antes? Por supuesto que no es buena idea dejar que el agua gotee. Hay cables eléctricos…

—Es que no me has dejado decírtelo —murmuró él, fijándose en que ella había comenzado a desabrocharse la parte de arriba del pijama—. Creo que es mejor que deje que te vistas tú sola —añadió, con sorna.

—Aquí tienes —dijo ella algo después, alcanzándole un impermeable. Ella ya llevaba el suyo puesto—. Supongo que ya has estado fuera investigando.

—Pues sí. Por lo que pude ver, vamos a necesitar una escalera y un poco de cemento.

—Pero subiré yo. Tú no puedes subirte al tejado…

—Puedo subir a ese tejado perfectamente, Olivia.

—Pero ¿y tú cabeza? ¿Y los puntos? —protestó ella.

—A mi cabeza no le pasa nada y en cuanto a los puntos, me he permitido investigar tu botiquín de primeros auxilios y he encontrado una venda gruesa y unas tiritas impermeables para los puntos —dijo él, señalándose la sien.

—¡Ah! Podría llamar a Jack, pero él debe de estar agotado. Ya llevaba varias horas levantado cuando vino a despertarme por la mañana…

—Vamos, señorita Lockhart —dijo con firmeza Ben Bradshaw.

Una hora después habían remendado el viejo tejado de hierro con cemento y gateaban sobre él para revisar la instalación eléctrica.

—Todo parece estar bien —dijo Ben, agitando la antorcha.

—Eso parece —respondió Olivia—. ¿Qué es esto? —se sacudió una telaraña de la cara.

—¿No te gustan las arañas?

—Me gustan lo mismo que a ti las tormentas. Bueno, creo que hemos hecho lo que hemos podido. ¿Bajamos?

Descendieron por la escalera y entraron en la cocina. Ella se echó a reír al ver que Ben estaba completamente empapado. Claro, que ella estaba igual.

—Parecemos un par de ratas ahogadas. E imagino que Kay no te dio más ropa…

—Sí, me dio un pijama, otros vaqueros y otra camisa.

—Entonces, creo que deberías ir a cambiarte. Date un baño caliente también. Sólo faltaba que te constiparas ahora.

—¿Que te parece si nos secamos y cambiamos los dos y luego nos reunimos aquí para tomar un chocolate caliente?

Olivia pareció sorprendida con la propuesta y abrió la boca para negarse, pero luego se lo pensó mejor.

—De acuerdo.

Ella se dio una ducha rápida, en vez de bañarse y volvió a la cocina en pijama y con un albornoz por encima, secándose el pelo con una toalla de mano.

Ben ya estaba allí en pijama y cubierto con la bata de su tío. Había puesto una cacerola y el chocolate ya estaba hirviendo.

—¡Qué rápido eres! —comentó ella.

—Sé trabajar rápido cuando hace falta.

—¿Me dejas que eche un vistazo a tus puntos? Será un milagro si no te los has mojado ni te ha saltado ninguno con todo el jaleo de esta noche. Hmmm —dijo ella algo después—. Los bordes se han enrojecido algo. Te pondré un poco de antiséptico y una nueva venda, aunque tendremos que vigilar cómo evolucionan.

Él se quedó observándola mientras ella guardaba los utensilios de nuevo en el botiquín. Nunca había conocido una mujer tan capaz, ágil y atlética, que supiera subir escaleras y arrastrarse por los tejados mojados del modo en que ella lo había hecho esa noche.

—¿Y tú estás segura de que no te has hecho daño? —comentó él.

—No creo. Bueno, salvo que me he raspado un poco dos nudillos —dijo, poniendo las manos encima de la mesa—. Aunque mis manos nunca han sido nada del otro mundo.

Lo cierto, pensó él, era que sus manos no terminaban en uñas largas y pintadas, como las de otras mujeres que él conocía. De pronto, recordó algo.

—¿No son un escándalo? —preguntó ella, riéndose entre dientes, al haberse dado cuenta de que él parecía estar pensando en algo.

—Uh… no. No estaba pensando en eso.

—¿Y en qué estabas pensando?

—Estaba pensando en que la forma de tus manos es bonita y en que es buena idea que tengas cortas las uñas, dado tu modo de vida. Son manos fuertes, de una mujer trabajadora.

—Mentiroso. ¿Vas a terminar de hacer el chocolate o lo tendré que hacer yo?

Él se quedó en silencio unos momentos con una mirada burlona y enigmática en sus ojos.

—¿Es que puedes leer en mi mente, Olivia?

—En este instante, sí. Me da la impresión de que tú estabas pensando en algo muy diferente.

—Llevas razón —dijo lentamente, y se volvió para terminar de hacer el chocolate.

—Muy bien, Ben, luego no te enfades si un día soy yo la que te deja intrigado a ti.

Él se encogió de hombros y no contestó hasta que sirvió dos tazas de chocolate humeante sobre la mesa.

—Estaba pensando en que mis comentarios sobre las manías de las mujeres no estaban nada justificados en tu caso y me sorprende que no te enfadarás más cuando los hice.

Ella agarró la taza con la vista clavada en Ben.

—¿No me crees?

—No del todo.

—Llevas razón —admitió él, sonriendo—. Esa no es toda la verdad. Estaba pensando en que eres una mujer distinta de todas las que he conocido hasta ahora. Lo que viene a ser lo mismo.

—A menos que estuvieras pensando en una mujer en particular —dijo ella, después de una pequeña pausa.

—Tengo que confesar que todavía no he recobrado enteramente la memoria.

—¿Estás segura de que se lo contaste al doctor?

—Sí. Me dijo que era normal, que la iría recobrando progresivamente.

—Muy bien. Aunque debo de haberme vuelto loca.

—¿Por qué?

—Por permitirte subir a ese tejado esta noche. Yo…

—Olivia —él deslizó una mano sobre la mesa y le agarró a Olivia una de las suyas—, no te preocupes por eso. Me pondré bien.

Ella se quedó dubitativa, pero finalmente no retiró la mano.

—Tu empresa debe estar preocupada por la avioneta.

—No creo que puedan hacer nada por el momento.

—No, supongo que no —ella miró hacia sus manos entrelazadas. Luego lo miró a los ojos—. Yo… quiero que vayamos despacio, Ben. Hace sólo unas pocas horas que nos conocemos y nosotros… bueno… tú ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé. Y tú no puedes quitarte de la mente que yo puedo ser un estafador.

Ella se sonrojó ligeramente.

—¿No tendrías tú también ciertas reservas si estuvieras en mi lugar?

—Probablemente sí —arqueó las cejas—. Pero yo no te estoy presionando en un sentido o en otro.

Olivia sintió ganas de decir que sólo el hecho de estar tan cerca y de haber agarrado su mano ya era una forma de presionarla. Y más después de lo que habían pasado juntos aquella noche. Pero rechazó la

idea de inmediato y decidió comportarse de un modo cauto y discreto.

Ben Bradshaw pareció leer sus pensamientos porque su rostro reflejaba cierta ironía. Además, decidió cambiar de tema, al mismo tiempo que liberó la mano de ella.

—Creo que tendrás que restaurar ese tejado.

Olivia se reclinó en su asiento, sin estar segura de sentirse aliviada o decepcionada.

—Así es. Y pensaba poner uno nuevo. Pero es muy grande y había decidido hacerlo poco a poco. Lo que sucede es que últimamente ha habido mucho trabajo y no he tenido tiempo —ella se detuvo y se encogió de hombros—. Y el tío Garth tampoco creyó que cambiar el tejado corriera prisa.

Ben asintió, recorriendo la cocina con la mirada.

—Es una pena. Porque el resto de la casa parece en perfectas condiciones.

—Así es. Estos muros de ladrillo son muy resistentes. ¿Estás interesado en las construcciones antiguas?

—Me temo que no siento la misma pasión que tú.

—Quizá paranoia sería una palabra más exacta que pasión, pero es que no puedo evitarlo. Sólo… —hizo una pausa—. Yo… no.

—Creo que deberías decirme lo que estás pensando.

—Claro que lo crees. Tienes la costumbre de querer saber siempre lo que estoy pensando.

—Me da la impresión de que eso vale para los dos.

—¿Juegas a las cartas? —preguntó ella.

—Creo que sí, pero me parece una forma aburrida de pasar el tiempo si es en eso en lo que estás pensando.

—Pues sí. Es que estoy empezando a sentirme como si estuviera siendo interrogada por la Inquisición.

Él dio un sorbo a su chocolate.

—Por otro lado, parece que estamos de acuerdo en que ambos ejercemos una especie de influencia sobre el otro. Y sé que no debemos precipitarnos. Aunque ni siquiera sabemos si hay algo en lo que podamos precipitamos. Pero tampoco podremos saberlo nunca si nos cerramos el uno al otro. ¿No es así?

—Pero una cosa es cerrarse el uno al otro y otra es que te abra enteramente mi alma, señor Benedict Arnold.

—Deja que lo adivine entonces. Lo que te ocurre es que te estás empezando a preguntar si todas tus preocupaciones por Wattle Creek y la historia centenaria de los Lockhart no estarán afectando a tu vida.

Olivia se mordió el labio y se apartó el flequillo de la frente con ambas manos.

Él sonrió.

—¿Te divierte esto? —preguntó ella en un tono cortante.

—No. Me reía de cómo te apartas el flequillo de la frente cada vez que te sientes molesta por algo.

—Lo único que significa es que tengo que recortármelo.

—No mientas —dijo él suavemente, pero con expresión incrédula y divertida.

—Oh, bueno. Puede que pensara en eso un momento.

—Creo que es bueno que lo hagas… No —se defendió al ver que ella se enfadaba y se disponía a decir algo—. No lo digo por interés, que ya veo que estás a punto de acusarme de ello, sino porque tú tienes mucho que ofrecer y mucha vida por delante. Creo que sería una pena que no lo aprovechases.

Olivia sintió que se estaba enojando de veras, pero él no le dio oportunidad de decir nada.

—Y creo que deberías invertir toda tu creatividad y energía en formar una familia. Estoy seguro de que sería muy beneficioso para ti.

Ella abrió los labios y permanecieron así abiertos hasta que cerró la boca para tragar saliva.

—Tú… ¿no conocerás a mi tío por alguna casualidad?

Él arqueó las cejas.

—¿Por qué lo preguntas?

—Esas palabras podría haberlas dicho él perfectamente.

—Lo siento. No tenía ni idea de lo que él pensaba sobre este asunto, pero sí que sé lo molesto que resulta que le estén diciendo a uno lo que tiene que hacer con su vida…

—Pero parece que eso no es motivo suficiente para que dejes de hacerlo —replicó ella.

—Bueno, en general procuro no hacerlo —dijo él arrastrando las palabras. Luego frunció el ceño—. Así que tu tío está preocupado por la descendencia de los Lockhart…

—Bueno, él es un hombre algo anticuado —dijo en un tono ácido —. Piensa que si una mujer a los veintiún años no se ha casado y quedado embarazada, es porque está destinada a convertirse en una vieja solterona.

—Pues esa es una forma algo extraña de pensar para un soltero — comentó Ben Bradshaw.

—No tan extraña. La mujer con la que se iba a casar le dejó plantado en el altar. Se escapó con otro hombre. Y eso explica no sólo su soltería sino también lo cínico que es con las mujeres.

—Pero él debe apreciar lo mucho que le ayudas en la hacienda.

Olivia se encogió de hombros y soltó un suspiro.

—Sí que lo aprecia, pero quiere que me case.

—A lo mejor no es tan mala idea.

Ella se levantó de golpe.

Él permaneció sentado sin perturbarse, mirándola con mucha

atención.

—Eso no es asunto tuyo —dijo ella, enfadada.

—¿Por qué no te vas a la cama, Olivia? —sugirió él.

—¿Quién… cómo… quién diablos te has creído que eres?

—Ya sé que sólo soy un extraño para ti, pero eso no impide que pueda darte algún consejo. Estás cansada y enojada y es tarde para ponemos a discutir. Además, yo sigo estándote enormemente agradecido por todo lo que has hecho por mí.

Olivia no pudo contener su enojo y se le escapó una especie de gemido que ella habría despreciado de habérselo oído a otra mujer. Así que hizo lo único que podía hacer. Es decir, se dio la vuelta y se marchó. Aunque al momento regresó.

—Puedes dormir en la otra habitación que tenemos de reserva.

Pero Ben Bradshaw siguió un buen rato sentado ante la mesa de la cocina con una débil sonrisa en sus labios y con la mirada perdida, pensando en lo mucho que su vida se había complicado últimamente.

«Debería irme de aquí ahora mismo. Aunque sea nadando…», reflexionó. «¿Cómo un golpe en la cabeza puede cambiar tanto las cosas? ¿Cómo puedo acordarme de todo salvo de lo más importante?».

«¿Y qué es lo que te atrae tanto de ella?», se preguntó a sí mismo. «Ella no es la mujer más bella del mundo. Es demasiado independiente y no sé que he encontrado en ella para… Bueno, quizá ahí esté la respuesta. En que eres una mujer misteriosa, Livvie Lockhart. Y no puedo negar que me intrigas. Y no sé si la amnesia tendrá algo que ver con todo esto».

Finalmente, se levantó, enjuagó las tazas y se fue a una cama limpia y seca.

A la mañana siguiente, lo despertaron Ryan y Sonia. Le resultó algo inquietante abrir los ojos y encontrarse con dos pares de ojos marrones idénticos fijos en los suyos.

—¡Aleluya! Sin son los gemelos angelicales…

Ellos se echaron a reír.

—Veníamos a ver qué tal estabas.

—Sois muy amables. ¿Habéis venido a nado?

—No, tonto —contestó Sonia—. Ya ha parado de llover. Pero todavía hay buenos charcos por todas partes.

—¿Por qué estás en otra habitación? —preguntó Ryan, inclinándose sobre la cabecera de la cama.

—Había goteras en el otro cuarto y el agua caía justo sobre mí. ¿Se ha levantado ya Olivia?

—No, está dormida. Entramos a su cuarto, pero fuimos tan silenciosos como dos ratoncillos, ¿verdad, Sonia?

—Sí. ¿Crees que le pasa algo? —preguntó la chica—. No es normal

que Livvie se quede en la cama hasta tarde.

Ben les explicó la aventura de la noche anterior en el tejado.

—Bueno, ¿te gustaría dar un paseo con nosotros? —Le ofreció Ryan—. Así la dejaremos dormir tranquila.

—¡Qué amable te has vuelto! —respondió Ben, y ellos volvieron a echarse a reír—. ¿Es que he dicho algo gracioso?

—Es que tu forma de hablar es muy divertida. Nos hablas como si fuéramos adultos, ¿verdad, Sonia?

Sonia asintió.

—Bueno, al fin y al cabo, me salvasteis la vida. ¿Me dais un minuto para que me vista?

Olivia comenzó a salir de las profundidades del sueño, abriendo y cerrando los ojos hasta que se incorporó sobresaltada al darse cuenta de que había salido el sol. Luego miró el reloj y vio que marcaba las nueve y media.

Parpadeó confusa y luego recordó todo. Se echó hacia atrás, lanzando un gemido al darse cuenta de que no sabía cómo iba a poder enfrentarse de nuevo a Ben Bradshaw.

Así que se tomó su tiempo para vestirse. Se puso una camisa de color crema, además de los pantalones color caqui que utilizaba siempre para trabajar. Luego hizo la cama y ordenó su habitación meticulosamente. Finalmente, se sentó delante del tocador y se recorté el flequillo. Probó a recogerse el pelo en una coleta, frunciendo el ceño. Y durante todo este tiempo no pudo oír ningún ruido en la casa.

«Debe de estar durmiendo todavía, O por lo menos, eso espero», meditó, decidiéndose a salir del santuario de su habitación.

Pero no había señal de él en toda la casa. Y no pudo evitar empezar a preocuparse un poco. ¿Habría perdido de nuevo la memoria y se habría ido a vagar por ahí? ¿Se le habrían infectado los puntos? Ella comenzó a arrepentirse de haberle permitido que la ayudara con lo del tejado la pasada noche.

Ella se disponía a descolgar el teléfono de la cocina para llamar a Jack justo cuando Ben entró por la puerta.

—¿Se puede saber dónde diablos has estado?

—Buenos días, Olivia —saludó él, sin hacer caso de lo que ella le había dicho—. Sí, hace una mañana estupenda. Claro que todavía el suelo está lleno de charcos, pero…

—¡Ya sabes a lo que me refiero!

—Pues te aseguro que no.

—Creía que podías haber vuelto a perder la memoria o que se te podían haber infectado los puntos o… o… ¡No te atrevas a reírte de mí!

—Lo siento. No se me ocurrió que podrías preocuparte. Vinieron a

verme Sonia y Ryan y pensaron que sería buena idea salir a dar un paseo para mostrarme los alrededores.

—¡Sonia y Ryan!

—Sí. Pensamos que así te dejaríamos dormir tranquila.

—Esos dos van a conseguir que me salgan canas antes de tiempo —dijo ella, sentándose ante la mesa de la cocina, ya más tranquila.

—No sólo a ti. Me he dado cuenta de que a su padre ya le están saliendo.

—¿Así que vinieron para invitarte a dar un paseo?

—Cuando me desperté esta mañana, estaban los dos frente a mí, observándome. Por un momento pensé que estaba en el cielo.

Olivia trató de aguantar la risa. Se levantó y se dirigió a la nevera.

—Bueno, ¿y te lo has pasado bien con ellos? —le preguntó, sacando de la nevera unos huevos, un poco de beicon y unos tomates.

—Nos acercamos al cobertizo y estuve charlando con Jack. Por cierto, que allí vi también a Davo, que me ha dicho que pronto tendrá arreglado el teléfono portátil. También me dijeron que pensaban que no volvería a llover hasta mañana por la mañana, así que podíamos salir a dar una vuelta con el coche para ver si encontramos el avión.

Olivia puso algunas tiras de beicon en la sartén y cortó el tomate por la mitad. También sacó un plátano de la cesta de la fruta y lo peló.

—¿Qué es lo que piensa, entonces, Jack del tiempo?

—Que hay otro frente de lluvias en camino, pero que no descargará aquí hasta dentro de un par de días.

—Gracias a Dios —dijo ella, empezando a poner la mesa.

—¿Buenas noticias, no?

—Pueden serlo si nos salvan de inundamos por completo.

—Todavía hay mucha agua en los campos —dijo él, sentándose a la mesa—. Deberías de buscar un terreno más alto para el ganado.

—Va a ser difícil, pero haremos lo que podamos.

—¿No puedes usar temporalmente las tierras de tus vecinos?

—Bueno, creo que Naroo, al este, debe de estar en la misma situación que nosotros. Campbell Downs tiene terrenos situados a mayor altura que los nuestros, pero desgraciadamente ha cambiado de dueños. Quizá… —se quedó pensativa—. Quizá podría acercarme a hablar con los nuevos dueños.

Él se echó hacia atrás en la silla con las manos en los bolsillos.

—¿Por qué desgraciadamente? —preguntó él, frunciendo el ceño.

Olivia cascó dos huevos y los echó a la sartén, añadiendo el tomate y el plátano. Luego se volvió hacia él, agitando el enorme tenedor con el que estaba cocinando.

—Ese rancho era propiedad de una familia, un caso parecido al nuestro, pero tuvieron una serie de problemas que les obligaron a vender el terreno a una multinacional. Creo que es una empresa

ganadera con propiedades en Argentina.

—Y es evidente que tú no apruebas esa compra —él seguía con el ceño fruncido.

Ella se quedó pensativa.

—Sé que no debería inmiscuirme en eso, pero esa gente trabajó duro toda su vida. Supongo que lo que no me gusta es la naturaleza impersonal de las grandes compañías y que la mayoría de la gente no se da cuenta de lo difícil que es para los pequeños propietarios competir con esas grandes compañías.

—Sí. Los tiempos están cambiando.

—Pero espero que tú no estés a favor de esos cambios —dijo Olivia, moviendo la sartén.

—¿Y si no es así, me quedaré sin desayuno? —preguntó él, sonriendo.

Ella pareció sentirse algo frustrada.

—¿No estás de acuerdo, entonces? Bueno, en cualquier caso, si quieres ayudarme, puedes ir tostando el pan.

Él se levantó obedientemente y puso dos rebanadas de pan en la tostadora. Luego colocó sobre la mesa los cubiertos, la mantequilla, la sal y la pimienta. Y le alcanzó dos platos.

Un minuto después, se encontraban delante de un plato con beicon, huevos, tomate y plátano fritos.

—Mmm… Esto tiene una pinta estupenda.

Olivia comenzó a untar mantequilla en una de las tostadas.

—No me has respondido a lo que te he preguntado.

—Bueno, sólo puedo hablar en general —se quedó pensativo un momento—. Creo que alimentar a tanta gente como hay en el planeta se ha convertido en una tarea difícil…

—Pero eso es demasiado general, Ben.

—Pero también más importante de lo que tú te crees, Olivia.

—Tienes que admitir que la calidad se resiente cuando las cosas se hacen a gran escala. Por ejemplo, mira estos huevos tan buenos que estamos comiendo. Los han puesto las gallinas que criamos en el rancho. Si fueran de los que compras en las tiendas, no serían tan buenos.

—Pero por otra parte, la leche que toman los australianos con el té o el café está libre de tuberculosis…

—Supongo que llevas razón —dijo ella, suspirando—. Pero a pesar de que reconozco las ventajas de todos esos controles sanitarios, también defiendo que la población rural debe cuidar de sus tierras y que ése es el mejor modo de producción.

—Bien dicho —murmuró él.

—Pero ¿tú no estás de acuerdo?

Él se terminó su desayuno y dejó el cuchillo y el tenedor a ambos

lados del plato.

—Creo que la cuestión se está volviendo más complicada en estos días, eso es todo.

Olivia chasqueó la lengua. Luego se levantó.

—¿Quieres un café? ¿O un té? Oh, claro que no. ¿Un vaso de leche o un zumo de naranja, entonces?

—Un zumo de naranja, gracias —contestó él, sonriendo—. Por cierto, me alegra mucho que me sigas dirigiendo la palabra después de lo de anoche.

Ella quitó los platos, le sirvió un zumo de naranja y colocó la cafetera en el fuego.

—Puede que no te hubiera hablado si no… tuviera miedo de lo que pudiera pasarte.

—¿Significa eso que te consideras responsable de mí?

—Sólo en cuanto a tu salud.

Él esperó hasta que sonó el café y ella volvió a la mesa con una taza bien caliente.

—Veo que te has cortado el flequillo.

—No mucho.

—No, como un centímetro.

—¿Y qué tiene eso que ver contigo?

Ambos se miraron con una intensidad extraña o con una mirada que se hizo intensa por su duración.

—Creo que ya debes saberlo, Olivia —dijo él.

Se puso nerviosa, pero no pudo apartar la vista de él.

—¿Has recordado algo nuevo hoy?

—No.

Ella hizo una mueca.

—Entonces, ¿qué te apetecería hacer ahora?

—¿Qué has pensado?

—Voy a limpiar un poco la cocina, arreglar tu habitación, conseguir que venga alguien a reparar el tejado y luego iré a dar una vuelta por el rancho, para ver con mis propios ojos el estado en que se encuentra tras las lluvias.

—¿A pie?

—No, a caballo.

—¿Puedo ir yo?

La muchacha se quedó unos segundos pensativa. Luego se dirigió al fregadero.

—Quizá sea demasiado ejercicio para ti. ¿Qué tal la cabeza?

—No me la he mirado esta mañana, pero estoy seguro de que puedo montar a caballo.

—Lo decidiré cuando acabe de hacer todo esto.

Él observó su espalda cuando ella comenzó a lavar, vigorosamente,

los platos. Luego se levantó despacio, tomó un paño y comenzó a secar la vajilla.

Trabajaron en completo silencio durante diez minutos. Olivia no podía creerse lo tranquila que estaba a pesar de la proximidad de Ben, con quien se rozó accidentalmente un par de veces.

¿Y si no fuera accidentalmente?, pensó la muchacha la segunda vez que ocurrió, al tiempo que lo miraba enfadada.

Él arqueó una ceja y se apartó enseguida de ella. Pero Olivia continuó enfadada.

—¿Te importaría traer el botiquín de primeros auxilios? —preguntó con tono cortante.

—Al momento —contestó él, saliendo de la cocina.

El humor de la muchacha no había mejorado cuando terminó de limpiar la cocina. Él no había regresado todavía. Estaba a punto de ir en su busca, cuando apareció con el maletín, silbando quedamente.

—Te has tomado tu tiempo.

—Puse el colchón húmedo fuera y colgué las sábanas y la colcha en la cuerda —replicó dulcemente.

—Eres el sueño de cualquier ama de casa —respondió con cierta acritud—. No me extraña que estés tan seguro de que serías un buen marido.

—¿Dije yo eso?

—¿No te acuerdas? —replicó ella, mirándolo confundida.

Él esbozó una sonrisa traviesa.

—Sí, pero no lo dije desde ese punto de vista.

—No —admitió ella—. Dijiste que era porque te gustan mucho las mujeres y sus pequeñas manías no te ponen nervioso.

—Veo que tendré que tener cuidado con lo que digo —murmuró Ben—. Tienes una memoria fotográfica, Olivia.

—Nadie podría decir eso de ti. Y ahora, veamos tu herida.

Él se sentó.

Ella le quitó la venda y observó con alivio que el color rojizo que había alrededor de los puntos había desaparecido casi por completo.

—Tiene buen aspecto —murmuró, al tiempo que colocaba una venda limpia—. ¿Cómo sigue el chichón?

Él se tocó detrás de la cabeza.

—Bajando poco a poco, gracias.

—Y los cortes en la cara también están cicatrizando —continuó ella, agarrando el rostro entre las manos para estudiarlo concienzudamente.

Sus miradas se encontraron y ella pudo ver la risa a punto de estallar en el azul profundo de sus ojos.

Olivia se ruborizó e intentó ponerse seria.

—Bien, te dejo a ti la decisión de montar o no a caballo.

—Me encantaría salir a dar una vuelta —aseguró—. Y creo que me apetece hacer un poco de ejercicio.

—Vamos entonces. Te prestaré un sombrero.

Una hora después estaban de camino. Olivia montaba un caballo inquieto; Ben, una yegua negra con manchas blancas en las patas, y ojos inteligentes y plácidos.

Marchaban despacio y en silencio. Olivia iba comprobando todo el tiempo el estado del campo. El sol brillaba, aunque se veían grandes nubes en el horizonte. Hacía calor y de la tierra, en aquellos sitios en los que no había agua, parecía salir fuego.

Olivia se colocó su sombrero de ala ancha y notó una gota de sudor que le bajaba por la frente. La tela de la camisa se le empezaba a pegar al cuerpo.

Miró de reojo a Ben un par de veces, pero él montaba sobre la yegua negra con la confianza de alguien que ha nacido entre caballos. Y no sólo eso, la yegua parecía también tranquila y respondía favorablemente al roce suave de las cinchas en su boca. De hecho, sus ojos estaban perdiendo su expresión inteligente, mientras alzaba las orejas y su paso se aligeraba alegremente.

Olivia de repente soltó una risita.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Ben, poniéndose a su lado.

—De ti —contestó ella, todavía con una sonrisa en los labios—. De ti. De que hayas salido de la casa y de que ni siquiera sudes. Has conseguido que se me pase el mal humor.

—Me alegro, pero ¿por qué lo dices?

—Tengo el presentimiento de que eres dinamita para el sexo femenino, sea humano o equino. Por la expresión de su cara, Bonnie —la muchacha señaló a la yegua—, no había disfrutado tanto en años.

—En ese caso, ¿crees que podríamos ir un poco más deprisa?

—Está bien, un galope suave será agradable —admitió la muchacha, golpeando a su caballo.

Atravesaron varias praderas. Tuvieron que detenerse una vez para ayudar a un ternero que estaba atascado. Olivia lo ató con una cuerda que llevaba en la silla y tiraron de él para sacarlo del lodo. Olivia permaneció sobre el caballo y Ben empujó al ternero por detrás, manchándose de barro en el proceso. Después fueron al establo donde Ben había sido hallado.

Desmontaron y Ben hizo una mueca amarga al mirar la roca donde se había golpeado.

—Creo que debí de quedarme trastornado cuando aterricé, porque no recuerdo nada de este lugar.

—Me imagino que sí, porque de otro modo no habrías salido sin

identificación y sin sombrero. ¿Recuerdas ya el momento del aterrizaje?

—Recuerdo llegar a tierra, pero eso es todo. ¡Cielos, hace un calor tremendo!

—Es verdad, y estás hecho un desastre —dijo ella, mirando los pantalones y la camisa caquis—. Pero creo que tengo la solución. Sígueme.

Montaron de nuevo y ella lo llevó hacia la orilla del río Wattle. Estaba bordeado con enormes zarzos y gomeros cargados de pájaros. La superficie arenosa del río, que pocos días antes estaba seca, a excepción de algunas zonas más profundas, llegaba en esos momentos casi hasta el nivel de las orillas cubiertas de yerba.

Olivia desmontó de un salto y dejó que el caballo se acercara a beber. Luego le quitó las riendas para que pudiera caminar libremente por la yerba.

Ben hizo lo mismo.

—¿No se escaparán? —preguntó, sin embargo.

—No, si son caballos a los que yo haya entrenado. Y ahora viene lo mejor —Olivia se quitó el sombrero y las botas y se metió en el río totalmente vestida—. Es maravilloso —gritó, sentándose en el río y mojándose el pelo y la cara—. ¡Ten cuidado con los puntos!

—Eres genial, Olivia Lockhart. ¡Y no me importan los puntos!

Ben se sentó a su lado y ambos rieron mientras el agua fría y limpia seguía su curso. No se metió la cabeza. Se quitó el sudor y el barro con la mano y el hecho de no tener cuidado de sus ropas ni de ninguna otra cosa lo hacía maravilloso.

Olivia se apoyó sobre los codos y levantó la cara hacia la copa de los árboles, donde los rayos de sol formaban miles de destellos.

—Este es mi lugar favorito de todo el rancho —dijo, cerrando los ojos.

—Entiendo por qué. Es mágico.

—No siempre es así, pero hay un par de pozas que nunca se secan. Y cuando los matorrales florecen es todavía mejor.

—¿Se podría decir que es el paraíso de un artista? —preguntó Ben observando los troncos llenos de nudos de los gomeros.

—¡Exacto! —exclamó, abriendo los ojos, sentándose y quitándose el flequillo de la frente.

—Me alegro —dijo él.

—¿De que sea un paraíso para un artista?

—De eso también, pero me refería a que me alegro de que no te hayas cortado el flequillo demasiado.

Ella abrió la boca y luego dudó. Luego, con un gesto reflexivo, se echó más agua sobre la cabeza.

Ben no dijo nada y tampoco se movió, pero sus ojos se deslizaron

sobre los mechones húmedos que enmarcaban su rostro. Luego sobre el cuerpo femenino que había debajo de la blusa mojada.

Ella se puso nerviosa. Él miró hacia otro lado.

Pero tampoco eso sirvió, descubrió Olivia. No hizo disminuir la tensión que sentía. Al contrario, la aumentó. Ya que, a diferencia de él, ella parecía incapaz de apartar la vista del hombre.

—Olivia —dijo él, con voz suave. Ella se sobresaltó—. Tienes razón, puede que no haya sido una buena idea.

Ella parpadeó y se miró las manos bajo el agua cristalina.

—¿Crees que puedes leer en mi mente, Ben?

—Creo que estar mojados y fríos en este lugar maravilloso se añade a la extrañeza con la que ambos hemos estado luchando toda la mañana de una manera u otra si tenemos que ser sinceros.

Ella alzó la vista y notó el brillo de ironía en sus ojos. Entonces ella también se sintió irónica.

—¿Sinceros? —repitió, esbozando una sonrisa enigmática—. Si eso es lo que quieres, te puedo decir que lo que más me gustaría ahora sería quitarme la ropa, aunque no tengo intención de hacerlo, y darme un baño. Contigo.

—Eso es muy sincero. Y yo te diría lo mismo, pero como tengo que aguantar tus órdenes…

—¡Canalla!

Olivia se levantó y dio una patada en el agua para salpicarle. Luego se dio la vuelta para irse hacia la orilla.

Él, insensible a las gotas de agua, la agarró antes de que se pudiera marchar.

—No lo hagas —aconsejó ella, apretando los dientes.

—Relájate, Olivia. Lo único que voy a hacer es besarte.

—¡Oh, no! No vas a besarme.

Ben la agarró fácilmente entre sus brazos y, por un momento, hubo algo satánico en él. Luego desapareció, aunque no la dejó marcharse.

—Después de la escena que has creado, es lo menos que puedo hacer, Olivia Lockhart.

Capítulo 4

—He cambiado de opinión —gritó Olivia.

—No, no has cambiado de opinión. Te sientes estúpida y desearías no haberlo dicho, pero míralo de otra manera: eso solucionaría las cosas de una vez por todas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que si no te gusta cómo te beso o viceversa, nos separaremos como amigos.

—Oh —gimió—. La verdad es que no entiendo cómo te soporto. Y después de todo lo que he hecho por ti…

Él detuvo el torrente de palabras de un modo muy sencillo. Empezó a besarla. Y lo hizo de una manera que ella debería de haber esperado, pero que no esperaba. La besó suavemente y le dijo que sabía al río Wattle, pero que eso era delicioso.

Ella luchó por soltarse, pero él inclinó la cabeza y besó su cuello y le dijo que era un cuello delicado, esbelto y elegante y que había invadido sus sueños.

Ella puso las manos en los hombros de él para obligarlo a separarse de ella, pero él no hizo caso y murmuró que tenía un cuerpo delgado y ágil. Luego, poniendo las manos en sus caderas, comentó que le encantaban sus nalgas redondas y prietas e imaginaba que eran así por montar tanto a caballo.

Ella soltó una exclamación, mezcla de irritación y del esfuerzo que hacía por mantener el equilibrio y le contestó que se metiera en sus propios asuntos.

Él rió suavemente y la abrazó con más ternura. Besó la punta de su nariz y le dijo que desearía que le dijera cómo.

—¡Tú… estás jugando conmigo! —le acusó, de repente.

—De eso nada —protestó, con una expresión que no la engañó en ningún momento.

—¡Sí que lo estás! ¡No te lo estás tomando en serio! No me digas que es así como besas a las chicas a las que tomas en serio —dijo, mordiéndose los labios inmediatamente después de que las palabras salieran de su boca.

—Ah —la soltó, pero la agarró por la muñeca y tocó su labios con la mano libre—. Eso… sería otro asunto.

—¡Estoy segura de ello! Yo soy…

—Olivia —interrumpió él—. Antes de que me atribuyas todos los pecados de Adán, te diré que tengo por norma no andar por ahí besando a las chicas que no quieren ser besadas.

—Hace un momento no te importaba si yo quería o no que me

besaras —protestó, pero vio la trampa demasiado tarde.

—Pero, señorita Lockhart, no soy yo el único que tiene que quererlo, ¿no te parece? Y no creo que eso sea así sólo desde mi punto de vista. Me imagino que tú, como muchacha independiente, también estarás de acuerdo.

—O sea, que a menos que yo te asegure que quiero ser besada…

—Más o menos —admitió él.

—Debes de pensar que soy idiota —dijo ella, con amargura.

—De acuerdo —replicó él, con una expresión diferente en los ojos —. Ya sé lo que vamos a hacer —él le soltó la muñeca—. Si no quieres ser tomada en serio, todo lo que tienes que hacer es cortar la situación de la manera que creas conveniente. Puedes hacerte la seria o la escandalizada de ti depende. Si decides quedarte, sin embargo, entonces yo pensaré que quieres que te bese.

Los labios de ella se abrieron en un gesto de incredulidad.

—¿Y esperas que deje de pensar entonces que estás jugando conmigo?

—Creo, Olivia, que la confusión que existe entre nosotros es ésta: ¿quieres o no que te tome en serio?

Olivia estaba sufriendo. No podía pensar debidamente, agobiada, sin duda, por el descaro de él y por la sugerencia implícita de que él podía tomarla en serio o no.

—Nunca he besado a un hombre sin tomarlo en serio —murmuró. Luego se encogió de hombros—. Debe de ser que soy así. Lo siento si eso significa que soy pura contradicción, Ben Bradshaw, pero creo que voy a dejarlo —la muchacha le dirigió una mirada ingenua—. No vaya a ser que no estés preparado para lo que te espera.

—Ahora me estás desafiando tú, Olivia.

Los ojos azules de él parecían divertidos, pero había algo más en su interior que ella no pudo identificar, o eso pensó, pero un segundo después lo descubrió. Era el brillo del desafío.

—Depende de ti —la mirada de ella también se volvió, de repente, fría y desafiante.

—Nunca dejaré que digan que no aprovecho el momento —replicó él con ironía.

De repente, entre ellos, el ambiente se llenó de una tensión diferente. El juego desapareció. Y no porque ella hubiera estado jugando o por lo menos no hasta que se sintió directamente atacada. Pero también desapareció toda idea de amistad. Fue como si una cierta hostilidad amenazara el aire, llenándolo de una fuerza y deseo primitivos.

A ella no se le escapaba la intensidad e intimidad de la mirada con que Ben la observaba. Era como si su cuerpo, moldeado bajo la ropa mojada, fuera tomando forma en la mente de él, sin el obstáculo de

ninguna prenda. Eso hizo que ella se estremeciera, pero no de frío. Era como si una corriente eléctrica la hubiera atravesado.

A Olivia le sorprendía poder sentir aquello sin ningún contacto físico entre ellos. Pero la sorpresa no le impidió, por orgullo y porque le apetecía, hacer lo mismo a ella.

Casi con inocencia, Olivia dejó que sus ojos se posaran en la ancha línea de sus hombros y luego bajaran por su cuerpo delgado. Mientras recordaba que, a pesar de no tener un gramo de grasa, había demostrado la noche anterior en el tejado ser fuerte y ágil. Sorprendentemente fuerte.

Pero, naturalmente, no era sólo su cuerpo lo que le atraía, pensó. Ben tenía una personalidad irresistible. Por la forma en que le hacía reír, cuando no la enfadaba. Era… La muchacha apartó sus pensamientos y cerró los ojos por un segundo.

Entonces, sin que se diera cuenta de qué estaban haciendo, se agarraron de la mano y, momentos después, tras mirarse a los ojos, estaba en sus brazos y Ben la besaba de una manera que no era un juego, sino algo mucho más serio y tremendamente excitante.

Era maravilloso, descubrió Olivia, sentir sus manos sobre sus pechos y sobre sus caderas. Era sensacional experimentar el temblor del deseo que recorría, como si fueran olas, todo su cuerpo. Mientras la besaba profundamente y sus cuerpos se apretaban… Era delicioso la manera en que él se detenía de vez en cuando, con infinita ternura.

Ella estiró los brazos por encima de la cabeza para que él tocara todo su cuerpo, para que él reclamara su boca, mientras ella ponía sus manos sobre sus hombros y sentía la dureza y fuerza de su pecho.

Y no dijo nada cuando él apartó el cuello de la camisa para poder besar la base de su cuello. Ella puso a su vez las manos alrededor del cuello de él y echó la cabeza hacia atrás, para darle mayor libertad. Luego ella agarró la cabeza de él y le demostró que necesitaba su boca de nuevo.

Él obedeció y Olivia pensó que iba a desmayarse de placer.

Fueron los caballos los que les devolvieron a la realidad.

Bonnie de repente se acercó a la orilla y se puso a beber ruidosamente al lado de ellos, haciendo que los pájaros salieran volando y volvieran de nuevo a posarse.

Se separaron, pero Ben inmediatamente puso las manos sobre la cintura de ella para que no se moviera de allí.

—¡Oh! —exclamó Olivia, casi sin aliento.

—¿Una interrupción a tiempo? —murmuró, arqueando una ceja.

Olivia parpadeó, luego se apartó y se mojó la cara y el pelo.

—Tenías razón —dijo él, sentándose a su vez.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella, un poco confundida.

—Que a lo mejor no estaba preparado para lo que me esperaba.

Ella se secó los ojos y se escurrió el cabello.
—¿No dices nada?
—No se me ocurre nada en este momento —dijo ella, levantándose y yendo hacia la orilla.
Él permaneció sentado sobre el agua, apoyado sobre las manos, observando cómo ella trataba de quitarse el agua de los pantalones.
—No creo que podamos dejarlo así —declaró él, mientras ella se ponía las botas.
—Pues yo sí —musitó ella, buscando su sombrero.
Ben se levantó por fin.
—¿Eres de la opinión de que no hace falta explicar nada? Si es así, yo te apoyo. Esto no podría describirse con palabras.
—No me propongo describirlo.
Olivia no quiso hablar más, silbó suavemente y su caballo se acercó obedientemente. Bonnie se metió en el río y puso la cabeza contra el pecho de Ben. Luego hizo un ruido con las fosas nasales.
Olivia hizo una mueca.
—Cualquiera diría que nos ha interrumpido deliberadamente. Pero si Bonnie cree que es hora de irnos, yo también —dijo, subiéndose a la silla.
Ben caminó hacia la orilla, seguido de Bonnie, que esperó pacientemente a que se pusiera las botas y el sombrero. Finalmente soportó el peso del hombre.
Fueron uno al lado del otro, alejándose de la zona fresca y mágica del río, bajo la luz del sol y en pocos minutos sus ropas se habían secado.
—Tengo que pensar en ello —declaró finalmente Olivia—. No sería justo que pensaras que soy… Quiero decir que no soy una chica inocente y virginal que pueda caer desmayada a tus pies.
—Yo tampoco soy virgen, pero he estado a punto de desmayarme.
—Me parece un poco difícil.
—Lo sé. Hay muchas cosas de mí que a ti te parecen difíciles de creer, pero tengo que decirte que a mí me pasa lo mismo contigo.
—¿De verdad? Yo pensé que era un libro abierto para ti, Ben Bradshaw —replicó ella, mirándolo con acritud.
Él se encogió de hombros.
—Eso fue antes de que me besaras de una manera que, si no llega a ser por la interrupción de Bonnie, habría terminado no sé cómo.
Olivia tomó aire inquieta, estirándose sobre su montura.
—Si me estás diciendo que he pasado una especie de examen…
—No he dicho nada de eso —protestó él—. Pero ya que lo dices. ¿Y yo? ¿He pasado el examen?
Ella apretó los dientes. Luego decidió ser sincera.
—Bastante bien, como tú ya sabrás. Pero de lo que no estoy segura

es de qué tipo de examen se trataba.

—Infórmame cuando lo sepas —contestó solemnemente.

Ella lo miró con ironía, pero consiguió contestarle serenamente.

—Pero lo que no tenemos modo de saber es si es tu especialidad, ¿verdad?

—¿Crees que quizá vaya dejando un rastro de mujeres desmayadas por todo el país? Pues, la verdad, no creo ser ese tipo de hombre —dijo pensativamente.

—Lo sé. Si algo crees de ti, es que eres un regalo para cualquier mujer. Pero a mí no me conoces bien todavía —señaló.

—Lo único que sé es que quería besarte.

—Muy bien —dijo Olivia sin sonreír—, pero ahora no vamos a hablar de ello. No hablemos de nada hasta que yo pueda pensármelo un poco. ¿Sabes? Esto ocurre en el peor de los momentos —la muchacha hizo un gesto de frustración y luego desvió la mirada hacia el cielo—. Hay tanto que hacer, que no tengo tiempo para preocuparme de si eres un donjuán.

Él estalló en carcajadas.

—Lo siento mucho, señorita Lockhart. Trataré de no… cruzarme en tu camino en las próximas horas.

Olivia le lanzó una mirada escéptica y se dirigió hacia los establos.

Y lo cierto fue que no volvió a verlo hasta la tarde siguiente.

Jack decidió que podrían acercarse hasta la avioneta con el Land Rover y tratar de hacerla despegar.

Ella estaba haciendo la cena cuando Ben entró a la cocina con un maletín. El atardecer era bastante oscuro debido a que el cielo estaba nublado, a pesar de que no estaba lloviendo.

—Es evidente que lo encontrasteis —dijo, fijándose en el maletín.

—Mmmm… —él colgó el sombrero prestado en el gancho de detrás de la puerta. Parecía algo rígido y cansado.

—¿Por qué no te refrescas un poco? —sugirió ella—. Luego puedes tomarte una cerveza conmigo.

Él la miró agradecido, luego bajó la vista para quedarse mirando su propia indumentaria, dubitativo.

—El problema es que no tengo más ropa que ésta. Y me siento como si la ropa estuviera pegada a mi piel.

—Ponte el pijama —le recomendó y, al fijarse en la mirada repentina que él le había dirigido, añadió—. No te preocupes, soy inofensiva. Así que prometo no tirarme sobre ti porque vayas en pijama.

—¡Qué pena! —murmuró él, y salió con su maletín.

Jack apareció en la puerta de la cocina poco después.

—Entra —lo invitó Olivia—. ¿Quieres una cerveza?

—Sí —contestó él. Después colocó una caja con el teléfono portátil sobre la mesa—. Davo lo ha arreglado. Por cierto, ya sabrás que hemos encontrado la avioneta —añadió, mirando a su alrededor.

—Se está lavando y cambiando de ropa —Olivia le dio una cerveza y se sirvió un vaso de vino para ella. Luego bebió un trago, mientras removía la salsa para los espaguetis a la boloñesa que se estaba preparando.

—Tiene suerte de estar vivo y además debe de ser un piloto muy bueno. Se acordó de que tomó tierra sin que le funcionase el motor y que pudo sortear todos los obstáculos, salvo la última roca que destrozó la hélice —Jack hizo una mueca—. Debió darse un buen golpe. Después caminó seis millas hasta el establo. Supongo que eso explica por qué nadie oyó ni vio nada.

Olivia se sentó en una silla, frunciendo el ceño.

—¿Y ha recordado algo más acerca de quién es? Quiero decir, ¿sabe ya a qué iba a Campbell Downs o qué puesto ocupa él dentro de esa compañía ganadera para la que trabaja? Ya sé que el doctor dijo que era normal que su memoria tuviera ciertas lagunas, pero…

—Yo diría que ocupa un puesto alto en esa empresa —dijo Jack—. Parece saber de qué está hablando cuando hace comentarios acerca del ganado y todas esas cosas. Además, me da la impresión de que se está callando algo. Creo que recuerda más cosas de las que nos ha confesado.

—Bueno, imagino que si esta noche no llueve, alguien de la compañía o algún familiar vendrá a buscarlo mañana.

Jack se acabó su cerveza y se levantó.

—Yo me voy. En cuanto a él, yo creo que ya podrían haber venido a buscarlo. Lo único que necesitan es un helicóptero. Hasta mañana, Livvie.

«¿Cómo no habría pensando en eso?», pensó Olivia, mientras se levantaba a remover la salsa y echaba los espaguetis a una cacerola de agua hirviendo. Examinó la ensalada que había preparado y puso la mesa, añadiendo un cuenco con queso parmesano. También había hecho una tarta de queso de postre y la había adornado con fruta escarchada.

Se volvió a sentar con su vaso de vino y estaba sumida en sus pensamientos cuando Ben regresó. Se le veía limpio y no llevaba el pijama de Graham, sino su traje de color caqui, que ella le había lavado y colgado para que se secara, sólo que se había olvidado de él.

—¡Oh!

—¿Puedo? —dijo, señalando la nevera.

—Por supuesto.

Agarró una cerveza y la abrió, pero al contrario que Jack, que la había tomado directamente de la botella, él sacó un vaso alto del

armario y se sirvió en él el líquido de color ámbar.

Después se sentó y levantó el vaso hacia ella.

—Salud.

—Salud. Me había olvidado de tu traje.

—También yo. La verdad es que ahora me siento mejor —dijo, dando un buen trago de cerveza.

—Jack me ha dicho que le parecía un milagro que consiguieras aterrizar allí.

Él se encogió de hombros.

—Sí, creo que tuve suerte.

—¿Qué harás con el avión?

—Pues es complicado. Incluso si se consiguiera arreglarlo, sería difícil despegar en ese terreno, así que creo que tendrá que ser remolcado por un camión. Pero ahora prefiero no pensar en eso.

Ella se quedó en silencio unos instantes. Luego se levantó para comprobar los espaguetis.

—Cuéntame algo más sobre esa compaiía ganadera para la que trabajas. ¿Por qué crees que no han mandado un helicóptero para rescatarte, Ben? —le preguntó, mientras escurría los espaguetis y añadía la salsa.

—Han debido de pensar que yo estoy a salvo aquí y habrán decidido reservar el helicóptero para alguna emergencia. Imagino que con todo el agua que ha caído, debe de haber gente que necesita ese helicóptero mucho más que yo.

Olivia asintió, dándose cuenta de que seguramente él estaba en lo cierto.

—Supongo que es así. Bueno, aquí está la cena —Olivia sirvió la fuente de espaguetis a la boloñesa—. Por cierto, ¿cómo se llama tu empresa?

—No creo que te suene, es nueva en el sector.

—Aún así, me gustaría saber… —se detuvo, al oír sonar el teléfono. Era su tío, que llamaba desde Tokio.

—¡Tío Garth! —exclamó, muy contenta. Durante los siguientes cinco minutos informó minuciosamente a su tío del estado de Wattle Creek, tomó unas pocas notas y le aseguró que no se le ocurriera regresar, ya que aunque volviera a llover, ella y Jack podrían arreglarlo todo sin él.

Sin embargo, cuando colgó el teléfono, parecía enfadada consigo misma.

—Me olvidé de hablarle de ti.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué piensas que te habría aconsejado hacer?

—Atarte…

—Estás de broma —le lanzó una mirada cómica.

—Hasta que él pudiera inspeccionarte adecuadamente, comprobar tus antecedentes, tu cuenta bancaria, el estado de tus dientes, etcétera.

—¿Estás insinuando que tiene la costumbre de investigar a cualquier posible pretendiente que se cruce en tu camino? —preguntó él, enrollando unos pocos espaguetis en su tenedor.

—Tampoco es eso, pero digamos que no es muy sutil a la hora de decirme que un hombre le parece adecuado para mí.

—Bueno, eso puede resultar algo incómodo.

—Oh, ya estoy acostumbrada.

—Entonces… ¿vas a hacerlo?

Ella se echó hacia atrás en la silla y lo observó detenidamente.

—¿Atarte? No, tengo la impresión que sería como tratar de atrapar el viento.

—¿Y esa impresión es el resultado de algo que hayas estado pensando en la últimas horas?

Ella arqueó un ceja, jugando con su vaso de vino.

—No, es sólo un presentimiento. No es una conclusión que haya podido sacar de los pocos datos que sé sobre ti. Digamos que es simple intuición, Ben.

—Pues no me gusta que digas eso, en cualquier caso —murmuró él, apartando el plato—. Muchas gracias, los espaguetis estaban muy ricos.

—¿Qué quieres decir con que no te gusta que diga eso? —preguntó Olivia, enfadada, mientras retiraba los platos sucios y servía la tarta de queso—. Aun en el caso de que tú recordaras todos los detalles de tu vida, yo podría… estar en lo cierto.

—Bueno, no creo que sea muy prudente por tu parte tratar de convencerme de algo tan vago como un presentimiento, Olivia. Lo que sí aceptaría es que me dijeras que estás convencida de que nosotros no íbamos a funcionar en la cama.

Ella no contestó nada. Se limitó a tenderle su plato de tarta cortésmente.

—Muchas gracias —dijo él, con cierta ironía.

Ella dejó bruscamente la fuente con la tarta sobre la mesa y se puso las manos sobre las caderas.

—Olivia —dijo él, con voz tranquila—, estuvimos a punto de hacerlo esta mañana. Y no me digas que tú no querías que sucediera. ¿Cómo podemos ignorar ese hecho?

Y como para dar más énfasis a sus palabras, la observó de arriba a abajo. Ella llevaba una falda de tela vaquera, que se arremolinaba alrededor de sus piernas, y un jersey gris de manga corta. Llevaba el pelo recogido en una coleta, como era habitual, y algunos mechones se escapaban sobre su nuca, brillando bajo la luz de la cocina. La piel de sus brazos era también dorada y suave.

—Eres un prodigio, ¿lo sabes? Conozco chicas que trabajan y viven en la ciudad que están más bronceadas que tú.

Ella tomó aliento, sentándose de nuevo, y trató de hablar en un tono tranquilo.

—Ya te lo dije, no quiero estar llena de arrugas cuando sea mayor. Siempre llevo manga larga y sombrero y a veces hasta me doy un protector solar. Quizá sea simple vanidad.

—No lo creo. Y aunque así fuera, a mí me seguiría gustando que fueras así.

Eso, extrañamente, la afectó, ya que él lo había dicho en un tono bastante cariñoso. Luego frunció el ceño y lo miró fijamente, con una sonrisa en sus labios.

—Ben, tengo la sensación de que las mujeres te deben de adorar. Parece que siempre sabes lo que tienes que decir o qué botones son los que tienes que pulsar…

—Yo podría decir lo mismo de ti.

Ella sintió cómo se empezaba a sonrojar.

—Quiero decir que esta mañana tú pulsaste los botones adecuados —siguió él, mirándola fijamente.

Ella se sentía completamente avergonzada y sus mejillas así lo mostraban. No podía quitarse de la mente el modo en el que lo había besado por la mañana.

—Creo que tú también debes de volver locos a los hombres, Olivia. La verdad es que fue un encuentro muy sensual.

A ella le salvó su sentido del humor, ya que se acordó de cómo Bonnie había aparecido cuando ellos se estaban besando. Pero lo que le hizo echarse a reír fue el darse cuenta de que Bonnie debía de haber ido a buscar a Ben para dar un paseo en las manos del experto jinete.

Él la miró extrañado.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Mira, Ben —dijo ella, poniéndose en pie—, te diré algo: tanto si te dedicas a ir por ahí conquistando chicas como si no, te diré que tienes mucho estilo besando y que me alegro mucho de haberte conocido, pero nada más —luego se dirigió hacia el fregadero.

—Espera un momento, Olivia —dijo él, en un tono que ella no pudo reconocer. Su voz era fría y algo brusca.

Ella se volvió y parpadeó, sorprendida.

—¿No piensas que tus reservas hacia mí pueden tener algo que ver con el hecho de que no me puedas manipular fácilmente? —preguntó él, levantándose y poniéndose las manos a la espalda.

Ella se quejó.

—No…

—¿Y entonces, por qué me tratas como si fuera una molestia para ti?

—No es así.
—No me engañes.
—Pero ¿y tú? ¿No has intentado tú manipularme a mí acaso?
—Pues no creo. Además, no tengo la costumbre de meterme en un duelo para ver quién domina a quién cuando trato de resultarle atractivo a alguien.
—Eso que me has dicho es una cosa horrible, Ben Bradshaw —dijo ella, muy enfadada.
—¿Por que es verdad?
—Porque nada podía estar más lejos de la verdad —le aseguró, saliendo de la cocina.
Se dirigió a su estudio y allí estuvo dando vueltas de un lado para otro durante cinco minutos, furiosa consigo misma y tratando de examinar el torbellino de emociones que se había despertado dentro de ella.
Lo que más le preocupaba era la facilidad con la que Ben Bradshaw la sacaba fuera de sí. Era una cosa extrañísima, ya que era un hombre al que apenas conocía.
Finalmente, se detuvo frente a uno de los caballetes y, con un gesto repentino, dio la vuelta a la página del libro de bocetos donde estaba el dibujo de un pájaro y se quedó mirando la hoja en blanco que apareció detrás.
Luego acercó un taburete con el pie y, agarrando un lapicero, comenzó a hacer un boceto sin ninguna idea clara de lo que quería dibujar. Sólo deseaba relajarse un poco y librarse de esa voz dentro de su cabeza que le estaba preguntando si sería de verdad una mujer tan dominante.
Poco a poco fue apareciendo una imagen de Wattle Creek. Primero aparecieron los gomeros con sus viejas y nudosas ramas, sobre las que había varios pájaros. También apareció el riachuelo con sus orillas llenas de arbustos y, finalmente, un caballo arrimándose a un hombre… Eran Bonnie y Ben.
¿Qué significaría esa escena?, se preguntó a sí misma, sintiendo un gran dolor dentro de ella. Pero al mismo tiempo, sabía que le había salido bien y que podría hacer una bonita tarjeta con ese dibujo. Había como un calor especial que emergía de las figuras del caballo y el hombre.
Y se daba cuenta de que era mucho mejor, desde el punto de vista artístico, dibujar una imagen que provenía de su mente a copiar sencillamente la realidad.
En cualquier caso, también era consciente de que ese momento de frenesí creativo no había resuelto sus problemas.
Mientras mordisqueaba la punta del pincel, oyo que alguien llamaba a la puerta.

—¡Adelante! —contestó, de un modo inconsciente, creyendo que sería Jack o alguien de la hacienda y colocándose el lapicero sobre la oreja. Pero era Ben.

Ben, que llevaba una bandeja con una cafetera y unas tazas.

Ella lo miró cautelosamente, sin decir nada.

—Vengo a disculparme —dijo él, en un tono tranquilo, dejando la bandeja sobre la mesa.

—Yo… —comenzó a decir ella, mirándolos a él y a la bandeja alternativamente—. Creía que tú no tomabas café…

—Me hice un chocolate. Pero a ti te he hecho café. Encontré un paquete en la nevera y seguí las instrucciones. Espero que haya salido bien, dada mi inexperiencia haciendo café. Supongo que ahora sale por aquí —dijo, señalando la boca de la cafetera.

—Eres imposible.

—¿Por que quiero disculparme? Pensé que sería al contrario —bromeó él, sonriendo.

—No. Porque… No sé, a veces me haces sentir insegura.

—Pensé que ibas a decir que era porque a veces puedo resultar encantador.

—Todavía no he olvidado lo que me has dicho —dijo ella.

Él le sirvió el café y le alcanzó la taza.

—Supongo que lo que sucedió fue que acertaste conmigo y me sentí dolido. Quiero decir, que lo que dijiste era verdad, pero nadie me había hablado así.

—Pues parece que no te ha afectado mucho —dijo ella, en un tono seco.

—¿Qué quieres, que me suicide? —dijo él, sonriendo.

—No, pero no esperes que yo lo haga tampoco.

—De acuerdo —dijo él, después de quedarse pensando un momento—. Muy bien, pero es que conseguiste enfadarme de veras. ¿Puedes entenderlo?

—Sí —contestó ella, recordando que tenía el lapicero sobre la oreja y quitándoselo de allí.

—¿Qué… quieres decir con eso? —preguntó él, observando el boceto.

Olivia dio un sorbo a su café.

—No sé, lo pinté compulsivamente.

—Ya veo.

—¿Lo quieres? —preguntó ella, sin saber muy bien lo que hacía.

—¿Como un recuerdo de Wattle Creek para cuando me vaya de aquí para siempre?

Ella se movió inquieta, sentándose finalmente en un taburete. Él se sentó en el otro a su lado.

—¿Olivia?

—Estaba pensando… —se encogió de hombros—. En que Bonnie se ha encariñado mucho contigo.

—Pues preferiría que no se hubiera encariñado tanto… si es que piensas utilizar eso también contra mí.

Olivia hizo una mueca, aunque no dijo nada.

—¿Qué estaba diciendo? —Ben frunció el ceño—. Ah, sí. Te decía que fui un poco cruel debido a que me había enfadado bastante.

—Creo que sí que fuiste cruel.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Bueno, la verdad es que yo me considero una persona independiente, pero no creo que sea dominante.

Sus miradas se encontraron.

—¿Me concedes una tregua? —preguntó él. Ella abrió los labios.

—Quiero decir que podemos irnos a dormir. Creo que nos lo merecemos, ¿no te parece?

—¿Y ya está?

—Sí, ¿qué más quieres hacer?

—Bueno, hay que recoger los platos sucios y todo eso.

—No sé que será «todo eso», pero los platos ya están recogidos.

—Te lo agradezco mucho —dijo ella, sonriendo. Él le pasó el brazo por encima de los hombros y, después de tensarse por un instante, ella se relajó.

—¿Amigos? —preguntó él.

—Sí. Bueno…

—No digas nada —advirtió él—. Te he entendido. Vete a la cama, Livvie Lockhart. Ha sido un día muy largo —apartó el brazo de ella.

—Ya estás dándome órdenes de nuevo.

—Puede ser que sepa mejor que tú lo que te conviene —dijo él, burlándose.

Olivia sintió el deseo de tomar el rostro de él entre sus manos y besarlo, pero lo contuvo.

—O quizá sea que te guste demasiado hablar, Benedict Arnold. Buenas noches. Esperemos que esta noche sea más tranquila que la de ayer.

Ella se despertó después de dormir profundamente. La mañana era espléndida. El cielo estaba despejado y el sol, anaranjado, estaba empezando a asomar por encima del horizonte. Sintió la tentación de salir a la terraza a disfrutar del amanecer y así lo hizo. Bajó al jardín con los pies descalzos y todavía en pijama para recoger un ramo de flores.

Luego, estando todavía en medio del césped, se volvió hacia la antigua casa de ladrillo y observó el porche circular y las enredaderas que crecían a su alrededor. Las cómodas sillas y las macetas de

plantas… pensando lo mucho que significaba para ella.

Al igual que todo Wattle Creek, pensó, y se dio la vuelta para mirar de nuevo hacia el horizonte. Se apoyó sobre la valla que rodeaba el jardín y sus ojos se perdieron en la distancia. Contempló toda aquella tierra tostada que por la mañana adquiría tonos rosas, sienas y el color rojizo que tanto sorprende a la gente que la ve por primera vez. Ya casi estaba seca después del diluvio que la había inundado. Y pronto volvería a estar verde.

Sintió que las venas se le hinchaban de alegría. Aunque sabía perfectamente que la belleza de Wattle Creek no era más que un simple estímulo, pensó mientras hundía el rostro en el ramillete de flores.

Porque la culpa del bienestar que sentía era de Ben Bradshaw. Se había despertado pensando en él de un modo que sólo podía significar una cosa.

«Me he enamorado de él», se dijo a sí misma. «Sé que no debería ser así. Sé que apenas lo conozco y todo eso, pero es que no puedo evitarlo. Y es por eso que me siento tan bien. Es por eso que me siento feliz de que esté aquí para hacerme reír y para hacerme morir de deseo. Y también me hace sentir ganas de ser más ingeniosa, aunque a veces nos peleemos… Por eso me siento tan viva. Seguro que es por eso».

«Y pensar que anoche mismo estaba segura de que esto no podía ocurrirme a mí. O quizás, de que esto no debería ocurrirme a mí. Pero él lo ha cambiado todo…».

«Pero, por supuesto, lo que haga al respecto es otra cosa» —le habló en voz casi inaudible al sol naciente.

Capítulo 5

Al mismo tiempo, Ben Bradshaw, que no estaba dormido observaba escondido tras las cortinas a Olivia, ésta cruzaba la pradera con el ramo de flores en las manos y parecía concentrada en sus pensamientos.

«¿Qué pasa ahora en tu cabeza, mi hermosa Olivia Lockhart?», se preguntó el hombre. E inmediatamente tuvo una extraña sensación. «¿Por que sólo dos días antes te decías a ti mismo que no era la más guapa del mundo?», se dijo. «¡Cómo cambian las cosas! Entonces tú no esperabas que Olivia pudiera ser tan apasionada, ¿verdad? No esperabas disfrutar besándola tanto como disfrutaste».

«Mejor dicho», se corrigió, «lo que nunca pensaste es que ella te permitiera besarla de aquel modo, ¿verdad? Porque tú no tenías intención de llegar a tanto, ¿a que no?». «¿Entonces por qué demonios no dominaste la situación? Porque esa chica te gusta», se contestó a sí mismo, mirando a la distancia con el ceño fruncido.

Una expresión que tenía varios motivos. Uno de ellos, y no el menos importante, era lo difícil que iba a ser confesarlo todo. «Cuanto antes mejor», se dijo a sí mismo.

—Buenos días.

Olivia alzó los ojos. Estaba en el lavadero haciendo la colada. Era una habitación separada de la casa, al lado del depósito de agua y se llegaba cruzando el jardín que había al lado de la cocina. A través de la puerta abierta se veían unas aves de corral de lustrosas plumas y cabezas azules y rojas, picoteando la yerba.

—Buenos días —respondió Olivia.

Ben pensó que mostraba cierta timidez y entornó los ojos. Pero ella inmediatamente pareció recuperar su habitual seguridad.

—¡Creí que estabas todavía durmiendo! Hace un día maravilloso —contestó alegremente.

—Ya veo —replicó él, de pie en la entrada, mirando hacia el exterior—. Así que la lluvia no apareció. ¿Las has comido alguna vez? —añadió, señalando a las aves.

Olivia parpadeó y trató de olvidar las pequeñas cosas que hacían agradable su presencia. El modo en que su pelo negro caía, el intenso color azul de sus ojos, o lo alto que parecía con su conjunto caqui.

—¿Las aves? No, claro que no.

—Pero son comestibles. Conozco una granja en Victoria que está haciendo un gran negocio con ellas. Su carne es no sólo exquisita, sino también baja en colesterol y apenas tiene grasa. Al parecer los

franceses son tan aficionados a ellas que consumen unos ocho millones de ellas al año. Las aves de corral son consideradas como manjares y sé que a ti también te gustan.

Olivia se había inclinado a recoger ropa y se estiró con una expresión burlona.

—Puede que sí, pero nadie va a comerse mis aves. Me gusta verlas por aquí. Tú pareces saber mucho de ellas. ¿Por qué? —añadió, mirándolo con curiosidad.

Él se encogió de hombros.

—Quizá tengo la cabeza llena de cosas triviales —el hombre hizo una pausa y vio la expresión de impotencia que adquirfa el rostro de Olivia—. La verdad es que mi trabajo es saber de estas cosas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Vienes a dar un paseo?

—Yo… —la muchacha miró el montón de ropa por lavar—. Bueno…

—Dijiste que hacía un día maravilloso.

—De acuerdo, creo que la ropa puede esperar.

Así que caminaron hacia la valla y, por sugerencia de Ben, se sentaron en la hierba, cerca de un gomero en flor. Olivia llevaba la misma falda de tela vaquera de la noche anterior, pero esa mañana la había combinado con una blusa de alegres colores y un par de sandalias de cuero marrón. Su pelo recién lavado le brillaba y, como lleno de vida, luchaba por soltarse de la coleta donde lo llevaba recogido.

—El campo está precioso después de la lluvia, ¿verdad? —comentó la muchacha, mirando a su alrededor—. Te sueles olvidar de que dentro de unas cuantas semanas volverá a quedarse todo seco y polvoriento. ¿Por qué querías que viniera a pasear contigo? Me lo dijiste casi como si fuera una amenaza —añadió, abrazándose las rodillas.

Él se recostó sobre los codos y estiró las piernas.

—No creo que te guste, pero soy el director ejecutivo de la empresa que compró Campbell Downs.

—¿Qué?

—Has oído bien. Y a eso me refería cuando te dije que era mi trabajo saber de esas cosas. No compramos únicamente las tierras.

Olivia no encontraba qué decir, simplemente se quedó mirándolo atónita.

—Sabía que no te gustaría.

—Estoy sorprendida —confesó—. ¿Trabajas para ellos o eres uno de los socios?

—Es mi empresa. Soy el principal accionista.

—No me extraña que no estuvieras de acuerdo conmigo sobre… —

dijo ella sin aliento—. ¿Cuánto hace que lo sabes? —añadió.

Él sostuvo la mirada de ella.

—He ido recordando cosas poco a poco, pero esto me vino inmediatamente después de que se mencionara la avioneta.

—¿Y no me lo dijiste? ¿Cómo pudiste? —quiso saber, con una expresión de dolor en los ojos.

—Había… —el hombre hizo una pausa—… una razón para ello.

—Me imagino —replicó ella enfadada—. Era mejor que yo pensara que eras simplemente el hijo de un herrero, ¿verdad? —Lo miró con amargura—. ¿Por si acaso yo pudiera sentirme demasiado atraída por tus millones?

—No es eso, Olivia. Yo soy hijo de un herrero que se casó con una profesora. Mi padre murió, mi madre sigue viva. Aunque mi padre no tuvo estudios se convirtió, con la ayuda de mi madre, en una persona inteligente y astuta y entre los dos hicieron algún dinero con bienes raíces. Luego mi madre heredó una pequeña propiedad y consiguieron hacer una pequeña fortuna. Desde entonces fueron bastante bien.

—¿Por qué no he oído nunca hablar de ti?

—Porque hemos llegado hace poco, pero debes haber oído hablar de Pascoe Lyall. Es el nombre de la compañía que compró Campbell.

Olivia cruzó las piernas y se colocó la falda. Al otro lado de la valla la hierba no había sido cortada. La brisa mecía suavemente el trigo y el olor dulzón de las copas de los gomeros en flor llenaba el aire. Pero Olivia lo observaba todo automáticamente, sin encontrar en ello consuelo.

—Sí, he oído hablar de Pascoe Lyall —admitió.

—De hecho pensaba ofrecerte que utilizaras Campell Downs, si hubiera seguido lloviendo.

—¡Qué amable! ¿Tengo que pedirte de rodillas que me cuentes por qué no me dijiste eso tan pronto como lo recordaste, Ben?

Él arqueó una ceja.

—Tú parecías tener suficientes razones para… dudar de mí. Así que cuando oí tus opiniones sobre las compañías grandes e impersonales, pensé que me lo callaría por el momento. Esa fue una de las razones.

—¡Cobarde! —exclamó dolida—. ¿Y por qué me lo dices ahora?

Él miró hacia otra parte y ella creyó ver un momento de indecisión en sus ojos.

—Olivia, creo que no debería de imponerte mi presencia por más tiempo y, además, he de volver a mi trabajo. Hay un par de cosas que tengo que solucionar… —el hombre agarró algunas ramitas y las masticó—. Pero me gustaría que esto no fuera una despedida.

—¡Estáis aquí!

Era la voz de Jack que llegaba con aire cansado.

—Os he estado buscando por todo el rancho. Ben, Davo ha tenido una idea fantástica. En vez de intentar cargar tu avioneta en un camión, va a arrastrarla sujetándola atrás con cadenas. Iremos con cuidado. ¿Qué te parece?

—Puede que funcione —contestó Ben pensativo.

—Han dicho que va a volver a llover, aunque no parece que vaya a ser en las próximas horas. De manera que ésta podría ser la única oportunidad que tengamos en varios días —añadió Jack, con impaciencia—. Se podría reparar aquí y podrías despegar desde nuestra pista.

—Buena idea —dijo Ben, poniéndose de pie—. ¿Te apetece venir, Olivia? —preguntó, tomándola de la mano.

Ella tardó unos segundos en levantarse, después miró hacia el suelo.

—No gracias, tengo muchas cosas que hacer —contestó, en voz baja.

Él la miró, buscando sus ojos, pero ella miró hacia otra parte.

—Un helicóptero vendrá a recogerme esta tarde, llamé esta mañana. Si nos retrasamos…

—Le diré al piloto lo que pasa. Ahora marchaos —aconsejó Olivia.

Volvió al lavadero como en una nube.

«No sé qué pensar», se dijo. «Esta mañana estaba segura de que amaba a un hombre del que no sabía nada. No parecía importarme si era un herrero, incluso si era un simple donjuán».

La muchacha se sentó en un taburete con las manos en la cabeza.

«Ahora sé que es ni más ni menos… Bueno, ahora por lo menos sé que es un hombre importante y yo…

La muchacha se frotó la frente. «¿Yo qué? ¡No sé qué pensar! Y el motivo de ello son dos cosas. Que me ha mentido, y que no me gustan las grandes empresas como la de él. Porque sé lo que sufriría si tuviera que marcharme de Wattle Creek. ¿Y eso por qué hace que cambie mi opinión sobre él? ¿De un hombre que me ha hecho despertarme esta mañana con el corazón alegre y lleno de esperanza? ¿Del hombre que contemplaba con placer sólo hace una hora?».

Se obligó a sí misma a seguir trabajando. Era el día de la semana en que no sólo hacía la colada, sino también limpiaba la hacienda. Tendió la ropa en la cuerda, cuando terminó la lavadora, y cuando las sábanas, toallas y manteles de lino se secaron, con el aroma del aire fresco y los rayos del sol, pasó el aspirador, limpió el polvo y ordenó la casa. Pero todo el tiempo tenía una sensación de incertidumbre e inquietud.

No hubo señales de la avioneta a la hora de comer, así que se hizo algunos sandwiches que tomó en el porche. Cuanto estaba terminando

la segunda taza de té, oyó un murmullo que se hizo cada vez más fuerte hasta que pudo reconocer el motor de un helicóptero.

Tenía, escrito en rojo: *Pascoe Lyall* y aterrizó justo detrás de la verja del jardín.

Pudo ver a dos personas en la cabina. Una de ellas no esperó a parara la hélice, sino que saltó y corrió, inclinada, a través de la nube de polvo levantada. Era una mujer de cabello largo y rubio con pantalones vaqueros de diseño, botas altas y una blusa blanca de gasa.

Olivia se levantó y comenzó a caminar hacia ella. Al mismo tiempo observó más atentamente otros detalles de la mujer. Su cabello oscuro, brillante y lustroso, le llegaba más abajo de los hombros. Sus gafas de sol, de montura de concha de tortuga, escondían sus ojos, aunque no la piel dorada y suave de su rostro. Por último, sus labios rojos y sensuales.

Su cuerpo era bastante espectacular y caminaba con una evidente seguridad. Llevaba las uñas pintadas, haciendo juego con sus labios. Un reloj de oro y una cadena, también de oro, adornaba su manos izquierda y derecha, respectivamente. Los pendientes tenían dos pequeños diamantes engarzados y en su mano izquierda lucía un diamante de mayor tamaño. A Olivia le resultaba vagamente conocida.

Se encontraron en la verja de entrada.

—Hola. Esto es Wattle Creek, ¿verdad?

Olivia, sin saber por qué, sintió un tremendo terror a admitirlo.

La mujer extendió la mano.

—Entonces tú debes de ser Olivia Lockhart. ¿Cómo estás? Yo soy Caitlin Foster, la prometida de Ben. He venido a llevarlo a casa.

Olivia tardó unos segundos más en poder hablar.

—Pasad.

El piloto ya estaba también en la verja. Era un hombre de edad media con una camisa azul clara unos pantalones azul oscuro con el logotipo de Pascoe Lyall, una P y una L enlazadas bajo un par de alas, sobre el bolsillo.

Se presentó como Steve Williams y en seguida miró a su alrededor. En opinión de Olivia, con un gesto de cautela.

—Ben no está aquí ahora mismo —dijo, explicando que había ido a buscar la avioneta—. Pero, por favor, pasad. Haré un té o lo que os apetezca. Hace mucho que se fueron, así que no creo que tarden demasiado.

—¡Qué casa más antigua y bonita! —exclamó entusiasmada Caitlin Foster.

—Gracias. ¿Té, café, o quizá algún refresco? —preguntó Olivia, mientras los conducía hacia el salón.

Normalmente habría ido a la cocina y no pudo evitar preguntarse

el motivo del cambio. «¿Quizá por orgullo?», se dijo en silencio.

—Algo frío sería estupendo —dijo Caitlin—, pero no te molestes. Estamos muy agradecidos por todo lo que has hecho por Ben. ¿Cómo está? Creo que perdió la memoria durante unos días, ¿no es así?

—Selectivamente.

—¿Selectivamente? —repitió Caitlin confundida.

—Bueno, recordaba sólo ciertas cosas, y ha ido recordando poco a poco. Según el doctor es normal. Vuelvo enseguida, sentaros.

Volvió en cinco minutos con una jarra de zumo de limón y dos vasos.

—¿Entonces, cuánto tiempo hace que eres la prometidade Ben?

—Seis meses —contestó, al tiempo que se ponía las gafas oscuras sobre la cabeza y revelaba un par de ojos oscuros y brillantes—. Yo le digo que es hora de casarnos, pero como estamos tan ocupados siempre. Yo soy actriz y modelo… y nunca encontramos el momento.

—¡Ah! —exclamó Olivia, con la cara iluminada—. Por eso me resulta conocida tu cara.

—He oído que tiene algunas cicatrices —dijo Steve.

—Sí. Se hizo un corte en la cabeza, pero está casi cicatrizado… aquí llega —dijo, haciendo una pausa al oír el motor de un vehículo —. Así que él mismo os lo puede contar todo.

Olivia se levantó, notando antes de hacerlo la misma mirada extraña de Steve Williams.

La muchacha frunció el ceño y se fue hacia la puerta, al tiempo que se oían pasos en la entrada.

—Estamos en el salón, Ben —gritó.

«¡Eres un canalla!», añadió en silencio.

—Misión cum… —el hombre se detuvo bruscamente cuando Caitlin se levantó y se arrojó a sus brazos.

Ben Bradshaw se quedó mirando el rostro de Caitlin, mientras Olivia contenía el aliento y rezaba por que el hombre hiciera un gesto de sorpresa o alguna señal que demostrara que la mujer era una completa y repentina revelación para él. Inmediatamente se preguntó a sí misma la razón. «¿Sería más fácil perdonar que está comprometido si no lo recordara?».

Pero el hombre no hizo ningún gesto de sorpresa.

—¿Por qué le has convencido a Steve para que te trajera, Caitlin? —preguntó, dirigiendo los ojos azul oscuro al piloto.

Steve pareció más temeroso que nunca y Olivia entendió, incluso antes de que él se disculpara.

—No me quiso hacer caso, jefe.

—¿Por qué debería? —protestó Caitlin, tocando la venda que Ben tenía en la sien—. Y ahora no te enfades, cariño. ¡Y no me digas que no te acuerdas de mí!

—Sería inútil —murmuró Ben, besándola brevemente en la frente —. Bien —el hombre alzó los ojos y buscó los de Olivia—. ¿Puedo unirme a la reunión? Me muero de sed.

—Traeré otro vaso —dijo Olivia, con expresión indiferente.

Pero cuando le llevó el vaso y descubrió que Steve se había vuelto al helicóptero, su rostro se iluminó.

—Os dejo solos, tendréis muchas cosas que deciros. Avisarme cuando os vayáis.

Se fue directamente a su habitación y, con dedos temblorosos, agarró el boceto de Ben, Bonnie y el río. Pero él debió de haberla seguido desde el salón, porque, aunque ya lo había arrancado del cuaderno, no tuvo tiempo de romperlo. En ese momento él abrió la puerta, entró y la cerró. Luego se acercó a ella y le quitó suavemente el dibujo.

—Vete —ordenó Olivia, con voz ronca—. Y a propósito, ¿desde cuándo la recordaste, Ben Bradshaw? ¿Desde el primer día? ¿De verdad perdiste la memoria, aunque sólo fuera una o dos horas?

—Olivia… sí que la perdí —contestó él en voz baja.

—Pero no pareciste sorprendido —replicó enfadada.

—No lo estaba. La verdad es que recordé a Caitlin, aunque te parezca curioso, la noche que estábamos hablando de tus manos, después de subir al tejado.

—¿Cómo puedes decir…?

—Fue muy extraño —insistió—. Fue la diferencia entre tus manos, capaces de trabajar y las suyas, siempre con las uñas pintadas, lo que me hizo recordarla.

—Eso no es ninguna defensa —dijo, con un gesto de incredulidad —. Una vez que recordaste que tenías novia tú… tú —la muchacha no encontraba las palabras y se sintió aún peor cuando notó que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Nosotros —dijo él.

—¡No me vuelvas a hacer eso, Benedict Arnold! —gritó furiosa.

—Pero es cierto. Incluso aunque comenzara por una amnesia temporal, lo que ha pasado nos afectó a ambos. Recuerdo que aquella noche, cuando te fuiste a la cama, pensé que mi vida se estaba haciendo muy complicada. Porque, ¿sabes, Olivia? no puedo engañarme a mí mismo diciéndome que debo casarme con alguien cuando me siento atraído hacia otra mujer, incluso aunque todo comenzara por efecto de la amnesia.

Ella rió.

—Eso es algo que incluso podría perdonarte —dijo, con ironía—, pero no esto.

—¿Por qué?

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—¿De verdad necesitas que te diga por qué? Me has engañado. Dos veces. No sólo lo de estar comprometido, también sobre quién eres. Y estoy segura de que no me habías hablado sobre Caitlm porque nunca habrías pensado que iba a aparecer aquí. Tu piloto parecía avergonzado.

—Iba a decírtelo cuando llegó Jack esta mañana.

—Eso también habría sido demasiado tarde. ¿Y ahora qué te propones hacer con ella, de todos modos? ¿Romper el compromiso hasta que decidas qué significo realmente para ti?

—No he tenido tiempo de decidir ni una cosa ni la otra, Olivia. No he planeado esto, como tampoco planeé tener un accidente en tu rancho.

Ella suspiró y se dio la vuelta bruscamente.

—Tampoco me daba cuenta de que significaba tanto para ti —añadió suavemente—. Tú fuiste quien me dijo que no eras una chica inocente y virginal…

—Sé lo que dije —dijo, dándose la vuelta de nuevo—. ¿Dónde está ahora?

—¿Caitlin? Está esperando con Steve… Olivia… —Ben se calló y frunció el ceño, al ver la humedad sospechosa que había en las pestañas de Olivia.

Pero ella se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la nariz y los ojos. Luego tomó el dibujo que Ben había dejado sobre la mesa y se lo ofreció.

—Llévate esto contigo, Ben. No volverás a Wattle Creek. Te acompañaré al helicóptero. ¿Hay algo…? Tu maleta —la muchacha se fue hacia la puerta.

—Olivia.

La muchacha se volvió hacia él. Tenía los ojos secos, pero una expresión furiosa.

—No hay más que decir, Ben Bradshaw. Vamos.

Él la observó unos segundos y ella tuvo la sensación de que podía estar tomando una decisión. Pero se equivocaba.

—Despídete de Bonnie por mí. También de Sonia y Ryan.

Ella no contestó y la sonrisa en los labios de él debería de haberla avisado, pero no fue así.

Porque Ben se acercó a ella y la tomó de la barbilla.

—Y en cuanto a que está todo dicho, ya veremos. Mientras tanto, cuídate, Livvie Lockhart. Has sido una enfermera maravillosa.

Luego la besó suavemente.

—Así que eso es todo —decía Olivia a su tío Garth cuatro días después.

Cuatro días en los que ella había recordado y examinado cada

palabra que Ben y ella se habían dicho, cada matiz. Largos monólogos en los que siempre terminaba defendiendo a Ben, ya que él, efectivamente, no lo había planeado. Aunque el pensamiento siguiente siempre era: ¿y qué importaba que no lo hubiera planeado? ¿En qué habrían cambiado las cosas? Había admitido que ya se había acordado de Caitlin cuando la besó en el río…

—¿Qué pasó con la avioneta?

Olivia volvió al presente.

—Bueno, trajeron a un mecánico que cambió algunas piezas. Lo más importante, me refiero a las lluvias, es que no hubo pérdidas, aunque hubo momentos de riesgo. Si hubiera llovido más habríamos tenido serios problemas.

Estaban cenando en la cocina. Garth Lockhart había llegado a casa aquella tarde muy cansado, pero Olivia lo relacionó con la diferencia horaria y el haber tenido que conducir desde Mackay a Wattle Creek.

Sabía que tampoco ella tenía buen aspecto porque en los últimos cuatro días le había costado mucho dormir y comer. Además de haber estado hablando sola inútilmente, había intentado enterrar su rabia y su dolor montando a caballo durante horas y horas por el rancho.

Se había consolado a sí misma pensando que, por lo menos, Wattle Creek se había beneficiado de ello. Ningún agujero en la valla había escapado a sus ojos y había dejado todo en orden, incluyendo los preparativos para la última reunión de ganado que tendría lugar antes de que llegara el calor.

Garth Lockhart puso a un lado el plato de cordero asado. Había comido únicamente la mitad.

—Lo siento. Tenía que haber hecho una comida más ligera. Debes de estar muy cansado. Pero sé que es tu plato favorito.

—No es eso —contestó él, mirando pensativo a su sobrina.

Era un hombre grueso, de escaso pelo gris y piel rojiza. Tenía los mismos ojos que su sobrina, pero la semejanza acababa allí.

—¿Qué piensas de él?

—¿De quién?

—De Ben Bradshaw.

Olivia vaciló y comió un trozo de calabaza cocida. Luego se encogió de hombros.

—La verdad es que no me parecío un hombre de fiar. Luego supe quién era y eso confirmó mis sospechas.

—Tiene muy buen aspecto, sin embargo. Y ha estado en las mejores universidades. Es también un buen jugador de polo, pasó unos años en Argentina, creo. Allí tuvo un rancho o dos.

—Entonces no me extraña que ningún caballo pueda tirarlo —murmuró Olivia—. Miró a su tío y frunció el ceño—. Está comprometido a una mujer espectacular. ¿Te acuerdas de Caitlin

Foster? Trabajaba en series de televisión. Una de ellas era de un hospital.

Garth se cruzó las manos por detrás de la cabeza y se quedó pensativo.

—¿No estarías pensando, por casualidad, en él como posible esposo para mí? —preguntó Olivia—. Aunque ni siquiera lo conoces, ¿no?

—Livvie —dijo su tío con voz cansada, poniendo de nuevo las manos sobre la mesa—. Lo conozco. He coincidido con él una vez por lo menos.

Olivia se levantó y comenzó a limpiar la mesa. De repente se detuvo y miró a su tío.

—¿Qué?

—No, no te preocupes. No pensaba en que te casaras con él —continuó Garth—. Aunque no puedo entender por qué no has encontrado todavía un hombre, Livvie…

—No empieces con eso… por favor —le avisó, recogiendo los platos.

Su tío la miró con un gesto de dolor y a la vez de sorpresa. Luego dio un suspiro.

—Siéntate, niña. Tengo que hablar contigo.

Olivia dudó unos segundos, luego obedeció.

—Pero sólo si no me hablas de ningún hombre, y menos de Ben Bradshaw —avisó con frialdad.

—Yo… bueno, empezaré por el principio —pero se detuvo, sonrojándose, como si no supiera cómo seguir.

Olivia se quedó mirándolo fijamente.

—Algo va mal, ¿verdad, tío Garth? —puso su mano sobre la de él —. Por favor, dime qué sucede.

—No sólo estuve en Tokio, Livvie, también estuve en el hospital, donde me hicieron algunas pruebas… Y me temo que las cosas no marchan muy bien. Tengo que operarme, pero incluso si el resultado de la operación es satisfactorio… Es un problema del corazón y de la circulación, algo que tiene que ver con la arteria carótida… Así que tendré que tomarme las cosas de manera tranquila para el resto de mi vida.

Ella cerró los ojos. Luego se levantó y fue a abrazarse a él.

—¿Por qué… oh, por qué… no me lo dijiste antes? —preguntó, abrazándolo más fuerte y besándolo en la cabeza—. ¿Por qué intentaste ocultármelo? —preguntó de nuevo. Los ojos de ella se llenaron de pronto de culpabilidad mientras agarraba una silla y se sentaba al lado de su tío.

Él parecía avergonzado y a ella se le encogió el corazón de ver así a ese hombre orgulloso y luchador.

—Yo… bueno, las pocas veces que me he sentido muy mal, te lo he dicho… Me inventaba historias de que me dolía la espalda o algo así. Después, hace un mes, fui a ver al doctor Hayden y él me consiguió un cita con un especialista de la costa. Entonces me di cuenta de que había algún problema serio, pero insistí en hacerme más pruebas aquí y así tendría tiempo para pensarme las cosas.

—Eres un viejo mentiroso —dijo ella en un tono suave—. ¡Y podrías haberte matado! ¡En cualquier caso ya está todo decidido! ¡Te operarás en cuanto todo esté listo y no hay más que hablar!

—Me temo que sí que lo hay, Livvie. Tengo que contarte cómo conocí a Ben Bradshaw.

—¿Cómo? —se quedó mirándolo fijamente con los labios separados.

—Livvie… —Garth parecía inquieto—. No podemos seguir adelante. Ya sabes lo que hemos tenido que luchar los últimos años y no hay modo de que tú sola puedas hacer frente a todo.

—Yo… ¿Qué quieres decir? —susurró Olivia, empalideciendo.

—Fui a verlo. Sabía que le interesaría Wattle, ya que está al lado de Campbell Downs. Yo… Era lo único que podía hacer.

Olivia se puso de pie y se apoyó en la mesa.

—Es evidente que no sabes qué clase de hombre es, tío Garth. Pero deja que yo te lo diga. Él ha estado aquí tres días y no me ha contado ni una sola palabra de eso. Así ha podido inspeccionar todo el terreno tranquilamente, engañándome todo el tiempo.

—Si perdió la memoria no te estuvo engañando —razonó su tío Garth—. Y además, yo le hice jurar que no diría nada hasta que yo tuviera la oportunidad de hablar contigo personalmente.

—No te creo. Y te diré que él perdió la memoria de un modo muy selectivo.

—¿Qué quieres decir?

—Él… —hizo una pausa—. Él sabía desde el primer día lo que Wattle Creek significaba para mí. ¡Y por eso me dijo lo de que las cosas podían cambiar y todo eso! ¡Oh!

Garth se encogió de hombros.

—¡Incluso aunque dijera eso, mantuvo su palabra! —insistió el hombre.

—Bueno, pero no voy a dejar que él se quede con esto. Sé lo que éste lugar significa para ti, tío Garth. ¡Y para mí también! Tiene que haber otra solución.

—¿Te piensas que no lo he calculado ya todo perfectamente, Livvie? —preguntó él, con gran dolor—. Y en cualquier caso, tú aquí, en Wattle Creek, estás demasiado aislada. ¡Quizá este cambio sea bueno para ti!

Olivia se quedó mirándolo en silencio y, a pesar del delicado

estado de salud de su tío, a pesar de que tenía que admitir que le estaba diciendo lo mismo que siempre le había dicho y lo que él creía que era su obligación decirle, no pudo evitar enfadarse por un momento.

Luego trató de calmarse.

—Yo… no puedo pensar en ello ahora —dijo Olivia.

—Sabía que iba a suponer un duro choque para ti, pero lo que no podía saber era que ibas a conocer antes a ese hombre y que no te iba a gustar demasiado.

Olivia respiró hondo.

—Pero todavía tienes tu pintura. Y si todavía quieres cargar con este viejo carcamal, podremos irnos a vivir a una casa más pequeña. Pero, Livvie, debes hacerte a la idea de que tendremos que vender Wattle Creek.

—Pero, por otro lado —murmuró ella, sentándose de nuevo, pensativa—, nosotros seguiríamos contando con tu experiencia.

—No podemos estar seguros.

—Sí que podemos —aseguró ella—. ¡Ni siquiera pienses en eso! ¿Por que no puedo seguir llevando la hacienda, siendo tú mi consejero?

Garth Lockhart se reclinó en su silla con gesto cansado. De pronto fijó en ella la mirada—. ¡Mira qué cansada estás, Livvie, y sólo han sido dos semanas!

—Eso no es… —ella se detuvo y se mordió el labio, tratando de borrar de su mente la desagradable idea de perder Wattle Creek—. ¿Estás tomando alguna medicación, tío Garth? ¿Ya tienes fecha para operarte? Eso es lo más importante en este momento.

—Me operaré dentro de tres días, Livvie. Ellos insisten en que no puedo retrasarlo más. Y mientras tanto, tengo que tomarme unas pastillas. Se supone que no debo excitarme ni tomar alcohol mientras las esté tomando, ni… Bueno, ni hacer casi nada.

—Lo siento mucho —dijo ella, poniéndose en pie y sacudiendo la cabeza.

—No es culpa tuya, Livvie. Debería habértelo dicho antes, pero no sabía cómo.

—Bueno, creo que ahora deberías irte a la cama. Te lo manda una a la que han dicho que es una enfermera maravillosa. Y no te preocupes por mí —le advirtió cariñosamente—, soy tan dura como unas botas viejas. Vamos.

—Quiero comentarte algo más, Livvie.

Ella levantó la vista hacia el cielo, en gesto de burla, tratando de divertir a su tío.

—Él va a venir mañana.

—¿Ben?

Garth asintió.

Ella tragó saliva.

—¿No te pelearás con él?

—¡Santo cielo, no! Y ahora, vamos a la cama.

Ella, una vez que se aseguró de que su tío se había acostado, se fue a su estudio y se puso a recorrerlo de un lado para otro. Pero le era difícil pensar claramente y le sorprendía que lo que más le preocupaba era el hecho de que ellos la hubieran tratado de ese modo.

«Hombres», pensó con amargura. «¿Cómo se atreven a tratarme como a una niña? Yo he luchado tanto por este lugar como cualquiera… Bueno, relativamente… ya que sólo tengo veinticinco años, pero llevo ayudando aquí desde los doce».

Ella se sentó finalmente en un taburete y trató de pensar de un modo coherente en Ben Bradshaw. Pero inmediatamente le llegó el rostro de Caitlin Foster.

«¿Y por qué no me puede elegir a mí?», pensó. «Al fin y al cabo, somos de la misma edad. Pero imagino que ella sería una esposa mucho más adecuada que yo para lucir dentro del mundo de la alta sociedad, además de ser millonaria. Estoy segura de que él lo decidirá todo a su debido tiempo. Además, a mí no me gusta nada ese ambiente social».

Y mientras examinaba sus pensamientos, extrañamente, apareció un sonrisa triste en sus labios.

«Pero en realidad sé que todo esto no cambia nada acerca de lo que siento por él», meditó. «Bueno, y luego está también la inmensa rabia que siento. No sólo en lo que respecta a Caitlin Foster, sino también al hecho de que él va a ser el hombre que me eche de Wattle Creek».

Se quedó con la mirada perdida durante largo tiempo. Luego estiró la espalda y respiró hondo.

«Ya veremos quién gana, señor Bradshaw».

Capítulo 6

Olivia se vistió cuidadosamente a la mañana siguiente después de desayunar y de hacer las tareas domésticas.

Eligió un vestido beis de lino sin mangas y con botones en la parte delantera. Era muy sencillo, pero resaltaba perfectamente su silueta. Encima de él se puso una chaqueta roja y negra. Y decidió ponerse unos zapatos de cuero de marca que tenían unos pequeños tacones rojos.

Su tío pareció tranquilizarse cuando la vio aparecer no sólo vestida más formalmente de lo habitual, sino también con el pelo más limpio y cuidado e, incluso, discretamente maquillada.

Su tío le había dicho que Ben llegaría a las once en punto. Así que Olivia sacó una bandeja de plata donde puso unos platillos de porcelana china y una tarta de frutas helada.

A las once en punto, Ben aterrizó con su helicóptero en frente de la puerta principal.

—No exageres —tranquilizó Olivia a su tío, viendo la cara de preocupación de éste.

—No te preocupes —respondió él, apretando la mano a su sobrina.

Luego Ben entró en la casa y ella lo miró, preguntándose cómo podía haberse olvidado de lo azul que eran aquellos ojos.

—Nos encontramos de nuevo, Ben Bradshaw —dijo ella, tendiéndole la mano con educación—. Veo que tus heridas se han curado.

Él le dio la mano.

—Así es. Me alegro de verte, Olivia —dijo él. Luego se volvió hacia el tío Garth—. No sé si su sobrina le habrá contado algo, señor, pero lo cierto es que cuidó de mí con mucho esmero bajo difíciles circunstancias.

—No hice más de lo que habría hecho por cualquier otra persona —aclaró Olivia, con una sonrisa débil, volviéndose hacia él—. Pero siéntate, por favor. Hay té y leche preparados —añadió.

Garth Lockhart miró a su sobrina confuso.

—¿Qué haces, Livvie? ¿Desde cuándo ofrecemos a nuestros invitados leche?

—Me temo que no bebo té ni café y parece que Olivia se ha acordado —explicó Ben divertido.

—¡Entonces te tomarás una cerveza, claro! ¿Por qué no bebemos todos para celebrarlo?

—Porque tú no puedes beber, tío Garth —contestó Olivia serenamente—, de manera que no queremos darte tentaciones. Ben

puede tomar un zumo.

—Me parece bien —replicó Ben, ligeramente arrepentido—. A propósito, éste es Mark Bennett, nuestro contable, y me estaba diciendo hace un segundo que se moriría por una taza de té.

Se sentaron en el sofá, mientras Olivia servía el té y le llevaba a Ben un vaso grande de sidra. Hablaron de temas generales y de la salud de Garth. Finalmente, Ben sugirió a Garth que Mark echara un vistazo a los libros de contabilidad, así que todos se fueron al despacho de Garth y dejaron a Olivia ordenando la cocina.

Diez minutos después apareció Ben en la cocina. Olivia lo observó, alto y silencioso en la entrada.

—Así que, Olivia, ya sabes lo peor de mí —murmuró en voz baja, al tiempo que se dirigía a la mesa.

—Eso creo. Y me parece que tres sorpresas son suficientes para mí.

Ben la miró. Olivia había puesto una tarta en un recipiente y lo estaba cerrando cuidadosamente.

—¿Cuándo supiste lo de la venta de Wattle?

—Ayer noche. También entonces me enteré de que mi tío tiene problemas de salud. Pero no sé por qué me lo tomé tan mal. Yo, evidentemente, soy alguien sin importancia en todo este asunto. Una mujer, lo cual empeora las cosas.

—Me pidió, cuando vino a verme por primera vez, que hiciera todo lo posible para que no se supiera nada hasta que él te lo pudiera decir por sí mismo.

Ella alzó los ojos finalmente. Tenían una expresión preocupada.

—Así que dijo eso… Y creerás que te salva de todo, ¿no?

Ben levantó una ceja.

—¿Qué habrías hecho tú en mi posición, Olivia?

—Algunas cosas —dijo, tras un momento—. Tan pronto como recuperaste la memoria, y no me digas que no fue pronto, porque recuerdo perfectamente cuando me dijiste que las cosas podían cambiar. Yo, si hubiera estado en tu lugar, me habría marchado de aquí inmediatamente, y no me digas que no podías haberlo hecho. Así no habrías tenido la oportunidad de merodear por el rancho y verlo todo bajo una personalidad falsa.

—Sigue —animó él—. Estoy seguro de que hay más.

—Sí lo hay, ya que lo mencionas —contestó ella, cruzándose de brazos y mirándolo fríamente—. No habría intentado ganarme a alguien que, sabías perfectamente, se quedaría destrozado, como lo hiciste.

—Ganarte —repitió él, pensativamente—. ¿Eso es lo que crees que estaba haciendo?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa debería de pensar? ¿O es que vas a

decirme que Caitlin Foster es una fantasía mía?

—Pero seguramente habría imaginado que eso no iba a hacer sino empeorar las cosas, una vez que lo descubrieras —intentó aclarar Ben.

—Bueno, eso no cambia nada. No me voy a ir sin luchar.

—No veo cómo vas a hacerlo, Olivia…

—Soy copropietaria, Ben. Quizá puedas comprar la parte de mi tío, pero mi parte es diferente.

—Tú eres diferente. Y esta mañana estás muy guapa, por cierto.

—No me halagues —advirtió ella—. Tu credibilidad para mí es nula.

—Yo sólo puedo repetir una vez más que yo no planeé nada de lo que ha sucedido.

—Del resto no hay nada más que hablar, pero de tu compra de Wattle sólo te diré que vas a tener que luchar para conseguirlo.

Ben la miró con los ojos entornados.

—¿Crees que sería inteligente, Olivia? Tu tío…

—Sé lo que vas a decir. Vosotros dos, tanto mi tío como tú, creéis que me voy a dejar atrapar por miedo a su estado de salud. Pero hablé con su especialista esta mañana y me ha dicho que es muy posible que mi tío salga bien de esta operación. Y estoy segura de que cuando él se vea fuerte de nuevo, todo será diferente.

Ben no dijo nada. Se metió las manos en los bolsillos traseros de su pantalón marrón y se quedó mirando a Olivia. Esta puso las tazas en el fregadero sin hacerle caso.

—He enmarcado el boceto.

Ella se encogió de hombros.

—Olivia, sé lo mucho que todo esto te habrá sorprendido. Y sobre todo, me imagino que te sentirás como una estúpida por todo lo que me dijiste, especialmente a mí. Pero eso no significa que no podamos tener una conversación civilizada.

—¿Estoy siendo incivilizada? —murmuró—. Creí que me estaba comportando serena y controladamente.

—Pero sólo en la apariencia, lo sé —contestó él secamente—. ¿Quieres por favor sentarte y dejarme que te explique lo costoso e inviable que Wattle Creek ha llegado a resultar?

—¡No, no lo haré! —protestó, apretando los dientes—. Porque no sólo desapruebo lo que todos vosotros representáis comercialmente, sino también porque soy alérgica a los jugadores de polo modelos. Pero sobre todo, soy alérgica a los mentirosos.

—Estás hablando de dos cosas diferentes y no soy un jugador de polo modelo. ¿Quién te ha dicho eso?

—No importa.

—Sí que importa —aseguró—. Sólo he jugado como pasatiempo y lo dejé hace varios años. Nunca me gustó ese mundo, si es a lo que te

refieres, sino la técnica y el manejo del caballo.

—No me importa lo que te gustara.

—Pero tú has sido quien ha sacado el tema y lo has hecho con evidente disgusto. En cuanto a lo de besarnos hace unos días hasta un punto en que habría sido fácil continuar hasta el final, ¿por qué lo hiciste, Olivia?

—No sabía que tenías prometida, ¿recuerdas? —afirmó, con ironía.

—¿Y estabas un poco enamorada de mí, Livvie Lockhart?

—Hablando de estar enamorado, creí que tú estabas enamorado de ti y necesitabas algún aliciente, Ben.

—De acuerdo —dijo enfadado—. Hazme una propuesta, Olivia.

—¿Qué quieres decir?

—Tu tío está ofreciendo venderme Wattle Creek, que es una entidad bajo un único título. Tu parte, el treinta por ciento creo, no es de la propiedad actual, sino de la compañía familiar constituida para operar el rancho. Y eso no es suficiente para bloquear la venta.

«¿Por qué demonios no he pensado en ello?», pensó Olivia con amargura. «Porque hasta ayer noche nunca se me ocurrió que podría pasar algo así».

—Entonces mi propuesta es ésta: que esperes a que mi tío se opere para aceptar la oferta.

—No hay problema —dijo educadamente—. Ya había decidido hacerlo así. Por lo menos, no firmaremos el contrato hasta entonces. Pero di a tu tío mi palabra de no cambiar de opinión si él tampoco cambiaba.

Olivia dio un suspiro de alivio y sintió renacer la esperanza por primera vez después de enterarse de todo la noche anterior.

Pero él pareció leer en sus ojos porque una sonrisa apareció en sus labios.

—Las cosas no cambiarán, sin embargo.

—Lo veremos.

Olivia miró a su alrededor y luchó por reprimir las lágrimas que amenazaban estallar en sus ojos.

—Hay un modo menos doloroso de hacer todo esto, Olivia.

—¿Sí?

—Me alegraría que tú y tu tío os quedarais en la casa. Naturalmente, pondré un encargado, pero él tendrá su propia casa. Vosotros os marcharéis cuando hayáis reajustado lo necesario.

—Creo que eso me molestaría mucho más —contestó ella, mirándolo con disgusto evidente.

Él le devolvió la mirada fría.

—¿Te sentirías vigilada por mí o algo parecido?

—Lo has adivinado, Ben. Pero es algo que nunca permitiré.

—Por otro lado, creo que me gustaría bastante —musitó.

La muchacha alzó la tarta como si fuera a tirársela, pero en el último momento la sensatez venció y se quedó mirando sencillamente sus ojos azules llenos de ironía.

Pero el esfuerzo por mantener la compostura la obligó a darse la vuelta para esconder las lágrimas de rabia que se negaban a ser reprimidas por más tiempo.

Él se puso a su lado y, sin una palabra, le ofreció un pañuelo.

Ella iba a decir algo, pero no pudo y, con un gemido, se limpié los ojos y la nariz.

—No suelo llorar normalmente —dijo con amargura—, pero ha sido una impresión muy fuerte.

—Te creo. Y creo que habría sido peor si lo hubieras sabido por mí.

—No lo sé. De todas maneras, prefiero que te vayas con tu prometida.

—¿Sabes? Creo que deberías reflexionar acerca de por qué la idea de que tenga prometida te molesta tanto, Olivia.

Ella empezó a decir algo, pero enseguida vio la trampa y se detuvo bruscamente.

—Sí, así que te dejaré que lo pienses. Mientras tanto, podemos hablar de otra cosa. Creo que la operación será en el hospital John Flynn, en Gold Coast, ¿verdad?

Olivia cerró la boca y tragó varias veces antes de contestar.

—Sí —contestó finalmente—. Fue por una cuestión de rapidez. El especialista que lo atiende trabaja allí y él lo arregló todo —la muchacha hizo una pausa y frunció el ceño—. Habría preferido el Hospital Rockhampton Base; tengo amigos allí y está más cerca, pero… lo importante es que vaya donde mejor lo atiendan.

—No te preocupes. He ofrecido llevarle en mi avioneta, así no tendrás que conducir hasta Rockhampton o Longreach y tomar un vuelo comercial. Por otro lado, tengo una casa en Mermaid Beach. No sé si conoces esa parte bien, pero Mermaid Beach está cerca de Tugun y John Flynn.

—Oh, no podría aceptar —contestó Olivia, con verdadera tristeza y agitación—. Quiero decir, muchas gracias, pero…

—Sí, claro que puedes —contestó él, con un tono de voz suave—. Tu tío cree que es una gran idea y es lo menos que puedo hacer a cambio de todo lo que habéis hecho por mí. Puedes disponer de la casa, si lo deseas.

Garth Lockhart entró a la cocina en ese momento. Olivia vio en su rostro que el hombre estaba ya mucho más tranquilo.

—¡Estáis aquí! Livvie, Ben ha sido muy amable…

—Me lo acaba de contar, tío Garth —contestó, intentando hablar con entusiasmo—. Yo… le estoy muy agradecida.

Un día después, Williams los llevó en la avioneta a Coolangatta, en el sur más lejano de Golden Coast, donde tenían un coche alquilado a su disposición. Garth Lockhart ingresó en el hospital John Flynn. Olivia estuvo varias horas haciéndole compañía, hasta que él le aconsejó que se fuera a casa y descansara. La operación estaba programada para la mañana siguiente.

—Estaré aquí antes de que entres en el quirófano —prometió, después de darle un beso de despedida.

Casualmente, ella conocía aquella zona debido a que había pasado unas vacaciones allí cuando estudiaba en la universidad. Así que no fue un problema conducir hasta Mermaid Beach desde Tugun. Steve le había dado las llaves, a pesar de que ella había considerado la posibilidad de quedarse en un hostal. Pero para hacer eso tendría que haber facilitado al hospital un número de teléfono de contacto diferente y con ello, su tío podía haber sospechado algo sobre su verdadero estado de ánimo.

Y su estado de ánimo no había mejorado al descubrir que la dirección de Ben en Mermaid Beach, correspondía a una zona de lujo. Una zona pequeña y exclusiva a pie de playa.

Olivia contuvo la respiración cuando dio la vuelta a la llave. Era una casa de dos plantas de color gris y paredes de estuco. Y, como ya se esperaba al conocer su ubicación, la vista del mar desde allí era magnífica.

Los suelos de mármol de color champán se extendían hasta unos enormes ventanales y una terraza, que daba al océano. La casa tenía sofás suntuosos de color melocotón, espejos elegantes, paredes lacadas de color verde oscuro y mesas y alfombras exquisitas procedentes de Persia. El sol se estaba poniendo detrás de la casa y el mar estaba tranquilo. El color del mar era azul, con algunos matices rosas y las olas blancas rompían en la playa perezosamente.

Olivia dejó su bolsa de viaje y se dirigió a uno de los ventanales. Lamentó no haber llevado un traje de baño porque sabía que un baño en el mar era justo lo que necesitaba en ese momento.

Entonces se dio la vuelta y trató de imaginarse allí a Ben Bradshaw. Pero lo que imaginó inmediatamente fue a Caitlin Foster. Parecía el lugar ideal para su belleza vibrante y su cuerpo elegante.

Se mordió el labio y decidió pensar en otra cosa. Pero no se le ocurría nada y se concentró en el presente. Steve le había dicho que había una habitación para invitados en la planta baja, así que se fue a buscarla. También le había dicho que la señora de la limpieza iba diariamente y dejaba comida en la nevera si se esperaban invitados. Y, por supuesto, que la usara sin ningún problema. Por último, le dijo

que encontraría un plano del sistema de seguridad en la cocina.

La habitación de invitados de la planta baja estaba decorada en tonos azules y Olivia se alegró de que no sólo tuviera su propio cuarto de baño, sino también un pequeño salón, con su aparato de televisión y su propia terraza a la playa. «Acamparé aquí», pensó con una sonrisa, ya que «acampar» no sería el término adecuado para ello. Se refería a que no tendría que usar el resto de la casa, excepto la cocina.

Se hizo unos huevos revueltos para cenar y durmió profundamente y sin sueños en la enorme cama azul.

El día siguiente fue largo y agotador, pero a las cuatro en punto pudieron notificarle que su tío había salido bien de la operación, a pesar de que todavía estaba en la sala de cuidados intensivos, y que esperaban que pasara una noche tranquila.

Olivia habló con el especialista y éste le informó de que hasta pasadas cuarenta y ocho horas no podían estar seguros del resultado de la operación, aunque él era bastante optimista al respecto. Le recomendó que se fuera a casa y que descansara aquella noche. Olivia pudo ver a su tío, pero estaba todavía bajo el efecto de los calmantes y no estaba segura de si se habría enterado de su presencia.

Así que se dirigió a Mermaid Beach por la autopista. Era un atardecer maravilloso. Por el camino, en un impulso repentino, se detuvo a comprar un traje de baño.

Al llegar a la casa, silenciosa y vacía, se puso el bañador, una prenda amarilla de una sola pieza, y se fue a la playa.

El agua estaba fría y refrescante y pasó una hora dentro jugando con las olas o simplemente flotando boca arriba donde las olas no rompían.

Era casi de noche cuando salió y fue hacia donde había dejado la toalla. Fue hacia allí sacudiéndose el agua del cabello y no se dio cuenta de que había un hombre sentado. No vio a Ben Bradshaw hasta que éste le alcanzó la toalla.

—¡Tú! Quiero decir… ¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde hace veinte minutos —dijo, levantándose—. ¿Qué tal el baño?

—Ha sido estupendo —contestó, colocándose la toalla—. ¿Pero qué haces aquí?

Ben hizo una mueca.

—He venido para invitarte a cenar, Olivia. Eso es todo.

—Pero no tienes por qué. Además, quizá yo no quiera —protestó ella—. De hecho, no debería de ir a ningún sitio por si me llaman del hospital.

Él no contestó de inmediato, sino que la miró pensativo. Estaban a pocos centímetros de distancia. Él llevaba unos vaqueros y una

camiseta azul marino con cuello blanco. Ella, por su parte, era consciente de sus piernas largas bajo la toalla, de sus hombros húmedos y delicados, de su cuello y de su cabello aplastado del que caían gotas que mojaban su rostro.

Pero sobre todo, era consciente de su presencia y sus mejillas enrojecieron violentamente.

—Otra vez mojada —dijo él, siguiendo el rastro de una gota que le caía por el cuello—. Pero ya tengo todo planeado —añadió.

—¿Qué has planeado? —contestó ella, esquivando el dedo perezoso.

—He hablado con el hospital y les he dado el número de mi teléfono móvil por si hay alguna emergencia. De todas maneras, creo que su estado es bueno, ¿no?

—Sí, pero no lo sabrán con seguridad hasta que pasen dos días.

—Razón de más para que te relajes y disfrutes. ¿Dónde te gustaría ir, Olivia?

—Ben, no es necesario —dijo.

La muchacha se mordió el labio, ya que su tono no había sido muy convincente.

—¿Por que tengo prometida o por que soy el comprador de Wattle? ¿O simplemente porque soy un jugador de polo snob?

—Ya que lo mencionas, sí —replicó.

Él rió quedamente.

—Por otro lado, eso no quiere decir que no podamos ir a cenar como amigos. Era la misma persona cuando te ayudaba a arreglar el tejado o a sacar a un animal del barro, y entonces éramos capaces de comer juntos.

—Muy inteligente, pero la diferencia es que yo no sabía que tú eras todas esas cosas al mismo tiempo.

—Eres muy seria, Olivia… ¿Recuerdas cuando me cantaste una noche para que pudiera dormirme?

—Yo… sí, pero…

—Entonces creo que deberías permitirme que te pagara de alguna forma… como enfermera y como anfitriona, quiero decir. Sé que en estos momentos no puedes estar muy alegre. Estoy seguro de que sigues todavía un poco aturdida. Incluso bastante cansada y dolida, y creo que te sentaría bien salir a cenar.

—Y yo estoy completamente segura de que tú eres la última persona que podría tranquilizarme en estos momentos, Benedict Arnold.

Ben se quedó callado unos segundos. Luego habló, tranquilamente.

—Vayamos entonces.

—¿Puedo por lo menos cambiarme de ropa?

—Por supuesto —contestó, tomándola de la mano y dirigiéndose

hacia el chalet—. ¿Qué opinas de la casa?

—Que es impresionante. Por lo menos, lo que he visto —contestó ella, después de unos segundos—. ¿Es esta una nueva estrategia?

—¿A qué te refieres?

—Este… modo de hablar.

Ben esbozó una sonrisa mientras subían las escaleras de la entrada.

—Quizá —dijo.

Olivia miró la mano que atrapaba la suya.

—Ve y cámbiate, Livvie Lockhart. Créeme, te sentirás mejor después de la cena —añadió, soltándole la mano.

Ella se metió en la habitación azul y se dio una ducha. Había un secador de peluquería pegado a una de las paredes y lo usó, hasta dejarse el pelo a su gusto. Luego fue a ver la poca ropa que había llevado. Sólo podía ponerse unos pantalones blancos y un top de seda de color rosa.

Se miró al espejo. Se peinó con el cabello recogido, como era habitual en ella, y se había pintado ligeramente los labios. Se echó el flequillo a un lado con la mano y salió de la habitación.

El salón principal estaba iluminado y las contraventanas habían sido abiertas por completo, de manera que se veía el azul oscuro de la noche, aunque, de la playa, sólo se apreciaba una vista distorsionada.

Había una botella de champán en una cubitera de plata sobre una de las mesas lacadas de café. Ben estaba echado sobre un sofá.

Se incorporó cuando ella apareció e hizo un gesto, señalando el champán.

—Yo… ¿Por qué no? —dijo ella, casi indefensa.

Tenía la sensación de que no tenía ningún control sobre todo lo que le estaba sucediendo. Ni siquiera sobre el rumbo de aquella noche.

Él sirvió dos copas y le dio una a ella, que se había sentado sobre uno de los sillones de color melocotón.

—Gracias —murmuró, cuando su mano se rozó con la de él.

Ben se apartó inmediatamente y se sentó de nuevo.

—Bébelo —le animó Ben—. Te ayudará.

Ella se tomó la mitad de la copa y esbozó una sonrisa.

—¿Cómo sabes que necesito ayuda?

Ben alzó una ceja.

—Veo que ya no estás tan enfadada y tampoco estás intentando ordenarme lo que debo hacer.

—Debe de ser que estoy más relajada.

—Y que no estás en tu casa. Eso también cuenta.

Ella abrió la boca para decir que no sólo no estaba en su casa, sino que estaba en la casa de Caitlin Foster, pero recordó que se había

prometido no volver a mencionar ese nombre jamás.

—¿Qué? —preguntó Ben.

Él tenía la cabeza apoyada sobre una mano, que apoyaba a su vez sobre el brazo del sofá. Sus manos largas jugaban con su cabello y en la sien, las marcas de los puntos eran todavía visibles.

—Este no es el tipo de casa que yo había imaginado para ti —mintió.

Y se orgulleció de su ingenio porque ese comentario era como si hubiera mencionado a Caitlin. Pero él la sorprendió.

Ben la miró de manera extraña.

—Tienes razón. Yo no habría elegido sillones de color melocotón ni suelos de mármol. Mi madre es la culpable.

Los ojos de Olivia se agrandaron por la sorpresa.

—Está convencida de que hay un estilo Gold Coast y piensa además que es éste.

—¿Es entonces tu casa?

—Más o menos —admitió él—. Yo la uso cuando la necesito, pero ella vive aquí.

—Pero parece que ya no vive aquí.

—¿Qué pasa, que preferirías que hubiera alguien haciendo de carabina? —bromeó él—. Lo que sucede es que está fuera en estos momentos. Pero a pesar de la opulencia con la que ha decorado esto, te caería bien.

—¿Por qué? Quiero decir, no me importa, pero…

—¿Te interesa, a pesar de todo? Lo entiendo, de verdad —dijo, con un brillo en los ojos—. Es una mujer muy fuerte. Tiene muy buena salud, a pesar de tener sesenta y cinco años. Cuando le compré esta casa, me dijo que había vivido ya en demasiadas granjas y ranchos y que estaba harta de ellos. Y que en esta casa iba a hacer todo lo que no había podido en los demás sitios en los que había vivido.

Olivia sonrió y miró alrededor con curiosidad.

—¿Has ido arriba?

—No. Decidí acampar en la habitación azul… Bueno, ahora me alegro de no haberlo hecho, me hubiera sentido como si hubiera traspasado algo.

—Oh, a ella no le habría importado. Está acostumbrada a tener invitados. Yo suelo invitar a amigos aquí por diferentes razones. Casi siempre por negocios, y a ella le gusta hacer de anfitriona. Le hace sentirse joven, según dice.

Olivia bebió un poco más de champán.

—Tienes mucha suerte.

—Lo sé. ¿Te sientes mejor?

—Sí. Gracias, pero si hablabas en serio acerca de llevarme a cenar, creo que es mejor que lo hagas cuanto antes o me quedaré dormida.

Estoy tan relajada que no aguantaré mucho.

Ben se echó a reír y se levantó.

—Caminaremos un poco.

Así que fueron caminando por un sendero paralelo a la playa hacia Broadbeach y eligieron un restaurante íntimo que era conocido, según Ben, por el modo en que preparaban la comida italiana.

—Por supuesto que con los espaguetis que tú haces, eres la persona que mejor podrá juzgar —añadió Ben, mientras se sentaban en una mesa de mantel rojo y blanco—. Me refiero al plato que estuviste a punto de tirar sobre mí.

—Fue la salsa la que estuve a punto de tirarte —replicó ella, involuntariamente.

—Ah… tienes razón. De todas maneras, ya son dos veces las que has estado a punto de tirarme algo a la cara.

Ella abrió la boca para decir algo, pero el camarero llegó en ese momento. Eligieron el menú y él pidió una botella de vino tinto.

—¿Sabías que comer con una o dos copas de vino es bueno para la salud? —preguntó Ben, mirándola desde el borde de la copa.

—Eso he leído.

—¿Y sabías que reprimir las cosas no es bueno para la salud, Olivia?

Ella se echó hacia atrás y dejó que los brazos le colgaran a ambos lados.

—Hay un problema, tú eres la última persona que me podrías ayudar. Eres, por decirlo suavemente, el arquitecto que ha construido mis problemas.

—Tengo que estar en desacuerdo, pero ¿me dejarías decirte por qué de un modo objetivo?

—Bueno, creo que yo también estoy siendo objetiva.

—Puede que aparentemente sea así, sin embargo… —el hombre se detuvo y pareció quedarse pensativo—. Como productores primarios, estamos a punto de entrar en otra época de dificultades, Olivia. La economía asiática está azotando en estos momentos a la nuestra, de manera que nuestras exportaciones de ganado van a entrar en una etapa dura, en teoría.

—Sí.

—Cualquier descenso en el mercado en estos momentos, cualquier causa de pérdidas en la producción, ya sea sequía, inundaciones o lo que sea, harán que Wattle entre en una situación peligrosa. Y un descenso prolongado provocaría que se arruinara por completo. Eso es algo que tu tío sabe y ha calculado. A Wattle le hace falta un capital del que no disponéis en estos momentos para hacer más pozos y embalses. Y también hay que conseguir un nuevo tipo de alimentos para el ganado, etc. Es algo que ha tratado de mantener en secreto

para que no te preocuparas.

—Ya me imagino.

—Hay también otros factores, Olivia. Su salud es uno de ellos, pero también que la única familia que tiene eres tú. Creo que eso es definitivo.

Ella se tomó el vino y miró hacia el océano, a pesar de que, por la oscuridad, no podía verlo.

—No tiene herederos —murmuró ella con ironía. Entonces miró a Ben con una expresión enigmática.

—No tiene herederos —repitió él.

Ella se echó el flequillo hacia atrás.

—No sé qué debería de ser yo. ¿Una fábrica de herederos?

Él la miró con repentina compasión.

—No, jamás. Y no es la falta de hijos tuyos lo que lamenta. Serían demasiado jóvenes. Es la falta de hijos propios. De hijos fuertes. ¿Quién sabe? Aunque creo que lamentarse de lo que uno no ha hecho es algo bastante común.

Ella no dijo nada.

—Por otro lado estás tú —continuó—. Se siente responsable de ti, así como de la gente que trabaja en el rancho. Algunos de los cuales se quedarían en el paro en un futuro próximo si yo no soy capaz de garantizar sus trabajos.

Olivia se encogió.

—Lo siento —se disculpó—. Puede que pienses que he elegido un mal momento para decir esto, pero creo que es mejor que lo sepas antes de que tú…

—Siga soñando —dijo ella, ayudándole a terminar la frase—. ¿Vas a conseguir un buen precio, Ben?

La boca de él se convirtió en una línea dura.

—No tan bueno como el que obtendría si tú decidieras esperar, Olivia.

—Te he hecho enfadarte, pero es que me interesaba saberlo. Debes tener mucho dinero si puedes hacer que Wattle salga adelante.

La comida llegó en ese momento. *Fetuccine marinera* para ella y *ravioli* para él. También una ensalada griega con queso *feta* y aceitunas negras y pan de hierbas. El camarero se fue deseándoles que disfrutaran de la comida.

Olivia tomó su tenedor y enrolló en él un fetuccine, con mirada ausente.

—Llevo muchos años trabajando —contestó.

—¿De dónde viene el nombre de Pascoe Lyall?

—Pascoe era el apellido de soltera de mi madre y Lyall el de mi padre. Come, Olivia.

—Me parece que se me ha quitado el apetito.

—No, no se te ha quitado. Es sólo cuestión de empezar, y te sentará bien.

Ella lo miró de manera poco amistosa.

—Pareces haberte convertido en árbitro de lo que debo y no debo hacer últimamente, Ben.

Él arqueó una ceja.

—Es curioso que digas eso, porque sé una cosa que te sentaría estupendamente.

—¿De verdad? ¿Qué sería?

—Escucha —dijo, dirigiendo la mirada a la ensalada unos segundos—. Después de que terminemos de cenar, un paseo por la playa será beneficioso. Luego, si quieres café, tomaremos una taza en la terraza mientras miramos la luna. ¿Sabías que hoy hay luna llena?

—No.

—Pues es cierto —afirmó él, con una sonrisa—. Y luego, como has elegido la habitación azul, podemos ir allí y te acariciaré suavemente como hice aquella vez y te quitaré despacio la ropa. Y después podemos hacer lo que ambos deseamos de un modo tan terrible… podemos hacer el amor apasionadamente como sé que tú eres capaz. Y podemos también hacer las cosas que nos hacen reír. Incluso podrás cantarme, Olivia.

Un temblor recorrió todo su cuerpo. Un temblor que apenas fue capaz de reprimir.

Él no dijo nada, pero sus ojos delataron a Olivia que se había dado cuenta del estado de turbación de ella.

—Tú no… —Olivia se humedeció los labios e intentó hablar de nuevo—. ¿No sientes que lo haces por obligación, Ben? ¿Cómo algo que te hubieras impuesto, quiero decir?

—Puedo asegurarte que el deber no tiene nada que ver con ello.

—Creo que sí, si no, ¿de qué modo te describirías a ti mismo, Ben? En estos momentos no se me ocurre la palabra, pero tiene que haber un nombre para el que es infiel a su mujer incluso antes de la boda.

—Alguien diría que es mejor antes que después, pero… —se detuvo y jugó con su copa—. Pero yo no soy uno de ellos. Además, no va a haber ninguna boda. Caitlin y yo hemos roto nuestro compromiso.

Capítulo 7

—¿A la señorita no le gusta su plato? Si no es de su gusto, le traeré cualquier otra cosa que desee —dijo el camarero efusivamente, mientras Olivia miraba a Ben con la boca abierta—. Sólo tiene que decirlo. Una invitada del señor Bradshaw es muy importante para nosotros.

Olivia cerró la boca finalmente.

—No, gracias, está bien.

Dicho lo cual comenzó a comer.

—Por lo menos, hemos conseguido algo —comentó Ben al camarero, que se marchó más tranquilo.

—No sé qué decir —respondió Olivia.

Luego continuó comiendo.

—Diría que me he ganado tu aprobación.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes decirlo así? ¿Está ella…?

—¿Está ella?

Olivia dejó el tenedor y bebió un poco de vino.

—¿Destrozada, por ejemplo?

La mirada de Olivia era sardónica.

—No mucho —replicó él, terminando su plato de ravioli.

—Ah, ya entiendo. ¿Sólo un poco?

Ben agarró su copa y la miró pensativamente.

—Esa podría ser la razón de comprometerse. Descubrir si dos personas pueden vivir juntas antes de firmar un contrato.

—Me temo que yo pienso de diferente manera… y no mucho tiempo atrás, habrías sido denunciado por romper tu promesa, Ben.

Éste esbozó una sonrisa.

—¿Cómo puedes estar ahí sentado tan tranquilo?

—Yo no dije que estuviera tranquilo.

—Pero debías de amarla, si no, ¿por qué ibas a pedirle que se casara contigo? ¡Y luego lo echas todo a perder porque te has dado un golpe en la cabeza! Es una locura.

—No es una locura —contestó él con calma—. Pero si ya has comido suficiente, creo que hay sitios mejores para discutir esto. Sobre todo si te vas a enfadar más.

Ella respiró profundamente y miró alrededor, encontrándose que había varias personas que la miraban de manera extraña.

—Vámonos —dijo, con los dientes apretados—. Pero no voy a acostarme contigo, Benedict Bradshaw, porque me pareces un mujeriego horrible.

—Mujeriego. Esa era la palabra que estabas buscando antes —comentó él burlonamente.

Ella se levantó y salió.

Ben la alcanzó cinco minutos después, sin fijarse en la maravillosa luna y su estela plateada sobre el mar.

—Has roto el corazón de Angelo, Olivia.

—No me importa ese maldito Angelo. ¿Y qué me dices del corazón de Caitlin?

—Eso es, esencialmente, algo entre Caitlin y yo, pero no creo que tenga el corazón roto.

Olivia no quiso mirarlo y continuó caminando a buen paso.

Ben siguió a su lado y llegado un punto, se detuvo.

—Ya hemos llegado.

Olivia miró hacia la casa.

—No quiero entrar.

—Eso son chiquilladas, Olivia.

—No… Es sólo que no sé qué pensar —dijo, cerrando los ojos y haciendo un gesto con la cabeza.

Él levantó un paquete grande en el que Olivia no se había fijado hasta entonces.

—Angelo insistió en que me trajera el vino, ya que no nos bebimos ni siquiera una copa cada uno. Sentémonos en la terraza y hablemos. Siempre puedes salir corriendo hacia la playa si te parece que las cosas se ponen mal para ti.

—No creas que no lo haría, Ben —avisó ella.

Ben llevó dos copas y sirvió el vino.

Era una noche tranquila. La temperatura era agradable y la superficie del mar parecía suave y se movía rítmicamente. Al sentarse, vieron las luces de un avión que volaba bajo y paralelo a la costa, acercándose al aeropuerto de Coolangatta.

Eso hizo que Olivia recordara a su tío, ya que Coolangatta estaba cerca de Tugun.

Ben debió de leer sus pensamientos porque puso el teléfono móvil sobre la mesa.

—¿Te gustaría llamar al hospital? El número de teléfono está grabado en la memoria.

Ella asintió agradecida y él marcó el número.

Olivia le devolvió el teléfono unos minutos después.

—Está descansando tranquilamente.

—Bien —contestó Ben, guardando el aparato—. Y en cuanto a Caitlin…

—Creí que era algo entre vosotros dos.

—No tengo pensado agobiarte con los detalles íntimos, pero sí, creí

que… iba a casarme con ella. Aunque nunca he sido más sincero que cuando te dije que no estaba seguro de si el amor era capaz de sobrevivir al matrimonio. ¿Recuerdas?

—Yo… sí. Era algo en que los dos estábamos de acuerdo.

—Es verdad. Ciertas cosas, el golpe en la cabeza y que yo no la recordara, me hicieron pensar que esa distancia no la superaríamos Caitlin y yo.

—¿Por qué? —preguntó Olivia con curiosidad—. Tú no recordabas nada, ni siquiera tu nombre, o eso dijiste al menos. ¡Eso no significa nada!

Ben dirigió a Olivia una mirada sorprendida. Luego puso las manos detrás de la cabeza y estiró las piernas.

—Puede que no. Pero por una razón u otra, yo de repente me puse a pensar por qué posponíamos una y otra vez nuestro matrimonio.

Olivia se movió en su asiento y lo miró con los ojos entornados.

—Ella dijo… Quiero decir…

—¿Te dijo ella algo parecido?

—Sí, bueno… —la muchacha se encogió de hombros—. No le di ninguna importancia.

—Lo que quiero decir eso es… que los dos teníamos miedo de dar el paso final. Caitlin por lo que tendría que dejar a un lado y yo porque, aunque ella es divertida y encantadora y el tipo de mujer elegante con la que yo creía que debía casarme… También éramos buenos amantes, pero notaba que faltaba algo.

Olivia tomó su copa.

—Pobre Caitlin —murmuró.

—Pero no encontraba el qué —dijo Ben, con la mirada sombría—. Y no era sólo algo que le faltase a ella, sino también a mí. Porque yo trataba de enterrar un cierto cinismo en nombre del amor y el matrimonio. Me engañaba a mí mismo diciéndome que era un matrimonio conveniente para ambos.

—Eso es cinismo.

Él se encogió de hombros.

—También había otras razones.

—¿Cuáles?

—Mi madre está deseosa de tener nietos y mi situación es difícil, ya que soy su único hijo. Ella estaba convencida de que Caitlin y yo podíamos tener una descendencia maravillosa.

—Entonces es evidente que tu madre no representaba ningún obstáculo para que te casaras con ella.

—No, pero es porque ella tiene bastantes reservas conmigo en general —dijo, tomando su copa.

—No entiendo.

—Mi padre y ella se casaron muy jóvenes. Ella tenía veintidós años

y él veintiuno —hizo una pausa, fijando la mirada en el mar—. Y así es como ella cree que debe ser. Y no me refiero a que la mujer tenga que ser más mayor que el hombre, sino a que ella pensaba que cuando llegas a los treinta y tres años eres mayor y caprichoso, algo cínico y estás un poco cansado de todo. Me dijo que estaba muy contenta de que Caitlin apareciera en mi vida porque creía que si no encontraba pronto a la mujer adecuada, nunca la encontraría, ya que, según ella, estaba buscando de un modo erróneo.

—¿Y tú la creías?

—Sí.

—Entonces, lo único que te puedo decir es que… tuviste mala suerte al darte ese golpe en la cabeza, Ben —musitó, terminando su vino.

—Eso hizo que cambiaran mis sentimientos.

—No creo. Me inclino a pensar que eres un mujeriego y que Caitlin ha tenido suerte de haber escapado de ti.

—En eso estamos de acuerdo.

—Sí, ¿pero ella…?

—En realidad, estaba nerviosa porque me tenía que decir que no podíamos casamos hasta dentro de cuatro meses por lo menos, debido a que tenía que hacer una película lejos de aquí y sólo podría venir a casa los fines de semana —él terminó su copa.

Olivia parpadeó.

—¿Otra vez no sabes qué decir?

—Yo… eso no tiene nada que ver conmigo…

—Querida Livvie Lockhart —dijo, con una sonrisa en los labios—, ¡tienes una memoria increíble!

—¿Por qué me llamas Livvie sólo cuando empleas mi apellido?

—No lo sé muy bien, debe de ser la inspiración.

—Pero ¿por qué? —insistió, con las mejillas encendidas.

—Me gusta Olivia. Creo que te sienta bien y que te llamaré siempre así, a menos que esté bromeando o recuerde que eres Livvie para los demás. Será un buen modo de mantener en secreto ciertas cosas que hay entre nosotros…

—Ben, no creo que pienses de verdad que el hecho de que hayas roto con tu prometida y sepas ahora que no estabas verdaderamente enamorado de ella, sea una carta de recomendación para mí.

Ben la miró sin decir nada.

—Además —añadió, con sentimiento—, creo que te olvidas de las otras cosas que no me gustan de ti.

Hubo un largo silencio.

—¿Puedo hacerte una proposición?

—¿Cuál?

—Te ofrezco comprar una parte de Wattle Creek con una

condición: que seas mi amante.

Ella tomó aire y se levantó bruscamente.

—¡Nunca, nunca, aceptaría algo así!

—Eso resolvería todos tus problemas de una vez, sin embargo. Tu tío viviría para siempre en la casa que ama. Tú podrías hacer lo mismo. Vivirías en el rancho donde está la historia de tu familia, la historia que tanto significa para ti —hizo una pausa y la miró con ironía—. Y también resolverías lo que una vez te obligó a besarme apasionadamente en el río… Siéntate —añadió, con una voz firme, mientras ella se quedaba mirando la botella de vino vacía.

—No puedes darme órdenes…

—Por mi propia seguridad, sí que puedo. No olvides que ya has estado a punto de golpearme con una cacerola. De todas maneras, estoy seguro de que soy más fuerte que tú, Olivia.

Ella volvió a tomar aire y se sentó, a pesar de que él no hizo ademán de levantarse y obligarla.

—Si eres sincera contigo misma, tendrás que admitir que me deseas —se encogió de hombros—. Igual que yo te deseo a ti.

—¿No crees que ya tuviste demasiados problemas la última vez que intentaste convencerte a ti mismo de que el deseo era suficiente?

Él soltó una risita, pero en ese momento sonó el teléfono, así que Olivia no quedó sin saber lo que él iba a decir.

Era del hospital, para decir que su tío había sufrido una repentina recaída.

—Te llevaré —dijo él.

—No, yo…

—Olivia, no discutas.

No lo hizo.

Era media mañana del día siguiente cuando volvieron a la casa de Mermaid Beach. Garth Lockhart se había recuperado finalmente, pero tendrían que operarlo de nuevo.

Ben había insistido en quedarse con ella toda la noche y al llegar a la casa, pálido y agotado, se había despedido de ella cariñosamente.

—Vete a la cama, cielo. Pero tómate esto primero.

—¿Qué es?

—Una píldora para dormir. Las pedí en el hospital.

—Gracias. Y gracias por todo lo que has hecho, pero creo que debería quedarme despierta por si acaso…

Él sonrió y le acarició la cara.

—Yo me quedaré despierto y te llamaré si es necesario. Vete ahora.

El sol se estaba poniendo cuando ella se despertó de un profundo sueño.

Se quedó tumbada un rato, mientras recordaba lo sucedido en las últimas veinticuatro horas. Finalmente comenzó a pensar en Ben Bradshaw.

¿Cómo separar el lado divertido de él de la manera en que la había acompañado aquella noche tan larga, llevándola un café de vez en cuando, o hablando de diversos temas cuando ella necesitaba hablar? ¿Y qué podía pensar de cómo había puesto las sillas juntas para que ella se pudiera tumbar un rato…?

¿Cómo podía separarlo del hombre que había sugerido que se convirtiera en su amante para que se pudiera quedar en Wattle Creek? Del hombre que la había mentido al ocultarle cosas.

Se levantó finalmente y se puso su traje de baño amarillo, esperando que darse un baño le aclarara la mente.

Él estaba leyendo en la terraza con los pies sobre una mesa. Llevaba unos pantalones cortos azul marino y gafas de sol. No llevaba camisa.

Ella dudó si saludarle, pero imaginó que él debía de haberla oído porque dejó el libro y se quitó las gafas, al tiempo que se daba la vuelta.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias. ¿Alguna noticia?

—Está descansando de nuevo. ¿Puedo acompañarte?

Olivia respiró aliviada, luego parpadeó.

—¿Acompañarme?

—Sí, a darme un baño.

—Por supuesto. Va a hacer una noche estupenda hoy.

—Sí.

Salieron juntos a la arena y momentos después estaban en el agua.

—¡Es casi tan fantástico como en el río Wattle! —gritó él, sobre la superficie del agua.

Luego se alejó nadando hacia donde rompían las olas. Ella lo siguió.

—Nadas muy bien para ser una mujer crecida en el interior.

—El internado donde estuve cuidó de ello —la muchacha se sumergió bajo el agua y salió, poniéndose boca arriba—. También me enseñaron a jugar al tenis.

—Eso sería interesante.

—¿El qué? —preguntó ella, mientras movía suavemente los brazos para mantenerse a flote.

—Yo juego un poco al tenis.

—Ya me imagino. Así que juegas al tenis, al polo… ¿Qué otras cosas sabes hacer?

—También sé jugar al golf, pero no se me da muy bien. No se adecua a mi personalidad.

—¿Por qué no?

Ben se puso a su lado y sus ojos eran tan azules como el mar que había debajo de ellos. Sus pestañas estaban igual de húmedas.

—Tratar de meter una bola pequeña en un agujero durante horas me pone nervioso.

—¿Y qué me dices de la pelota del polo?

—Eso no es una pelota, es un *puck*.

—Lo siento. ¿Y las de tenis?

—Son más grandes y haces ejercicio corriendo para darles. Eso te ayuda a calmarte.

—¿Me estás diciendo que eres demasiado impaciente para el golf? —insistió ella, con una sonrisa.

—La paciencia no es una de mis virtudes.

Ella se echó a reír, se sumergió y apareció en la superficie de nuevo.

—¿Crees que es gracioso?

—Sí —confesó ella—. Bueno, a mí me resulta gracioso. Te imagino en un curso de golf comportándote mal y luego haciendo reír a todos con tu torpeza.

—Eso no es muy agradable, Olivia.

—No me digas que no sabes cómo hacer reír a la gente. No me contestes —dijo, con una mueca—. Apuesto a que te gano hasta la playa —dijo, comenzando a nadar velozmente hacia la orilla.

Ben se dio la vuelta y vio que detrás suyo se estaba formando una gran ola. Dio una brazada larga y al salir de nuevo, nadó hacia la playa.

Se quedaron tumbados uno al lado del otro en la orilla. Él de espaldas, ella apoyada sobre los codos, mientras recuperaban fuerzas y el agua les mojaba suavemente las piernas.

—¿No estás cansado?

—Pude dormir un par de horas… con el teléfono a mi lado.

—Supongo que eres de esa clase de personas que no necesita dormir mucho tiempo.

Él se volvió hacia ella e hizo una mueca.

—¿Ya empiezas otra vez?

—No. Sólo trato de saber cómo eres, Ben Bradshaw.

—Pues no creo que sea muy difícil saber cómo soy. Lo que hace más difícil nuestra relación son las circunstancias en las que nos conocimos.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Por supuesto.

Ella se quedó pensativa.

—Déjame adivinar —dijo él—. ¿Quizá no quieras que te vuelva a pedir que seas mi amante por el momento? —se volvió hacia ella y la

miró fijamente. Los separaban sólo unas pocas pulgadas.

Y el estar cerca de él, mientras las olas iban y venían sobre la arena, la llenó de un profundo deseo.

La piel de sus hombros y brazos estaba lustrosa y dorada. Él estaba más moreno de lo que ella recordaba. Y los músculos que había bajo esa piel parecían firmes y poderosos. Tenía la espalda lisa, pero su pecho estaba cubierto de pelo negro. Sus piernas eran largas y fuertes.

Y ella pensó que nada podría gustarle más que estar allí en ese preciso instante al lado de Ben Bradshaw. Porque su cuerpo estaba comenzando a sentir el doloroso deseo de ser abrazada y poseída. Esa sensación recorrió todo su cuerpo y se hacía mayor a medida que pensaba en ello.

—¿Olivia?

Ella tragó saliva y se puso en pie.

—Vámonos, por favor. Si no te importa… Parece que no puedo controlar la situación por el momento —ella se interrumpió, mordiéndose el labio, rogando al cielo que él no se diera cuenta de la causa de su turbación.

—Con una condición —murmuró él, levantándose también.

—¿Cuál? —preguntó ella con un hilo de voz.

Él recorrió todo el cuerpo de ella con sus ojos. Desde la cabeza a los pies, incluyendo las formas que ocultaba el bañador amarillo de licra. Olivia estaba a punto de apartarse enfadada cuando él comenzó a hablar con voz grave, aunque con una sonrisa en los labios.

—Que me dejes hacerte la cena.

—No… no sabía que te gustara cocinar.

—Hay muchas cosas de mí que todavía no sabes, aunque ahora no vamos a entrar en eso… Pero, para ser sincero, cocinar no es de mis especialidades.

—Pero tú te has ofrecido… a hacerme la cena.

—Sí, pero tú tendrás que ayudarme. Déjame decirte lo que tenía pensado que hiciéramos —dijo, tomándola de la mano y dirigiéndose hacia la casa—. Gambas con arroz y una ensalada.

—Venga, vamos… ¿tienes gambas o eso es como lo de hacerme la cena?

—Salí un momento mientras tú dormías y compré tres docenas de gambas exquisitas —contó él—. Y estoy seguro de que en la casa hay arroz e ingredientes para hacer una ensalada. También compré una barra de pan integral.

—¿Las gambas son frescas o cocidas?

—Frescas. Me dijeron que estaban recién sacadas del mar.

—Yo… bueno, creo que sé cómo las podemos hacer.

—Sabía que podía confiar en ti, Livvie Lockhart —comentó él, con infinita satisfacción.

—¿Ah, sí? Pues tengo que decirte que vas a ser tú quien las pele —dijo ella con tono serio—. Luego las dejaremos macerarse en adobo durante un rato.

—A sus órdenes.

Fueron a la cocina directamente. Olivia había sugerido que podrían ducharse y cambiarse más tarde, mientras las gambas se maceraban.

—No les quites las colas y déjalas con forma de mariposa.

—¿Cómo?

Ella peló una gamba, rajando el centro y dándole la vuelta hacia atrás. Efectivamente, la gamba quedaba con forma de mariposa.

—Así.

—Hmmm… Muy bien, pero va a llevarme un tiempo hacerlo como tú.

—Sí, porque yo, al revés que tú, tengo mucha paciencia. Y yo no soy la que se ha ofrecido a hacer la cena… Así que tómate tu tiempo y pélalas.

—Estoy seguro de que podrías llegar a ser un perfecto tirano, Olivia.

Ella aseguró el nudo de la toalla en la que se había enrollado y se puso a preparar los ingredientes para el adobo en la cocina de ensueño de la madre de él.

—Pues ya que lo mencionas, te diré que se me da bien enseñar a la gente, así que te diré como se hace esto también. Se necesita un recipiente —dijo, enseñándole una cacerola de acero inoxidable que había encontrado—. Se echan semillas de sésamo, salsa de soja y se machaca medio ajo. También se puede añadir un poco de vino blanco si se quiere, pero nosotros no lo echaremos.

—¿Por qué no? Podemos bebernos el resto en la cena.

—Me da la impresión de que siempre que nos juntamos acabamos bebiendo. Pero si insistes…

Él sacó de un estante una botella de vino blanco y la abrió.

—La pondré a enfriar una vez eches lo que haga falta a la salsa —luego volvió con las gambas—. ¿Y qué más?

—Bueno, con esto el adobo ya está listo. Ahora prepararé el arroz y la ensalada.

—¿No se quedará frío el arroz?

—Yo lo cocino antes y luego lo caliento en el microondas, justo antes de servirlo. Así está incluso mejor.

—Si sigues enseñándome trucos, llegaré a convertirme en un experto.

Olivia no contestó y él se quedó mirándola mientras ella estaba de espaldas. Se preguntó si sabría lo transparentes que eran sus ojos grises. Recordó cómo los había abierto poco antes, mientras estaban

tumbados sobre la arena, como si hubiera estado pensando en lo mismo que él.

«Pero tarde o temprano, conseguiré que te entregues a mí, Livvie Lockhart», pensó él.

Ella se volvió de pronto y sus miradas se encontraron. Él no dijo ni hizo nada hasta que ella gesticuló de un modo curioso, como si alcanzara un cuchillo para cortar la tensión que había entre ellos.

—Tú pélalas, yo les daré forma de mariposa —murmuró ella—. Si no, nos tiraremos aquí toda la noche.

Media hora después, las gambas estaban macerándose en el adobo y la ensalada y el arroz estaban preparados. Olivia se retiró pensativa a su habitación de color azul.

Aunque tampoco había pasado nada muy importante, pensó ella. Luego se corrigió a sí misma. Sí que había pasado algo importante.

«Nos miramos el uno al otro sin disimulos. Y él sabía perfectamente lo que yo estaba sintiendo. Ambos éramos conscientes de ese campo eléctrico que nos estaba envolviendo con su sensualidad. ¿Cuánto tiempo podré seguir resistiendo?».

«Pero todavía no he tenido tiempo de pensar en la ruptura del compromiso de él con Caitlin ni en su diabólica oferta de convertirme en su amante… Y todavía no he podido hacerme a la idea de que voy a perder Wattle Creek. ¿Qué más podría haber ocurrido en una sola semana?».

Ella dejó caer la toalla en la que estaba enrollada, entró al cuarto de aseo y se quitó el traje de baño sin pensar en lo que estaba haciendo. Luego se duchó, terminando con agua tan fría, que se le escapó un gemido. Eso sí, la impresión le sirvió para recuperar cierta lucidez mental.

Lo primero que hizo al salir de la ducha fue llamar al hospital. Esa era su obligación por mucho que la estuvieran esperando esas gambas para cenar. Pero parecía que el excelente personal del hospital pensaba de otro modo.

—El doctor acaba de verlo ahora mismo y parece que está muy satisfecho con el estado de su tío, señorita Lockhart —la informó la enfermera—. Y para que pase una buena noche, lo hemos sedado. Así que no tiene ningún sentido que duerma hoy aquí. También tiene usted que descansar.

—Pero si he descansado durante el día…

—Es igual, reserve sus fuerzas para cuando le hagan falta. La convalecencia de su tío será larga.

—¿Está usted segura?

—Así es.

Colgó el auricular y se quedó mirándolo fijamente, con expresión indefensa.

«Adiós al plan A. Así que supongo que tendré que pasar al plan B. Voy a tener que cenar esas gambas».

—¡Qué bonito! —dijo Ben, cuando ella entró en la sala.

Olivia se miró a sí misma. Llevaba un vestido largo de algodón de color crema con volantes rosas.

—Me lo hice yo.

—Ah. Otra de tus habilidades —comentó él, tendiéndole un vaso alto.

Ella se quedó mirándolo, arqueando una ceja.

—Es un cóctel que hago yo.

—Espero que nadie piense en saltar sobre mí para morderme.

—No creo. Lleva zumo de piña con crema, un chorrito de Cointreau y otro de menta.

—Seguro que está muy bueno.

—Siéntate, Olivia. Parece que estás preparada para salir corriendo.

Ella lo miró fríarnente mientras se sentaba en el sofá.

—Telefoneé al hospital.

Le contó lo que la enfermera le había dicho.

—Me alegro mucho, salvo por lo de la larga convalecencia, aunque si vas a ser tú quien lo cuide, seguro que estará estupendamente.

Olivia dio un sorbo al cóctel y le pareció que estaba delicioso. Luego lo dejó sobre la mesa, apartándose el flequillo de la frente.

—La verdad es que me siento algo culpable por no haberme dado cuenta de que él no estaba bien. Y más aún con mis conocimientos como enfermera.

—Él me contó que se había esforzado por ocultártelo.

—Lo sé. Y yo dándole friegas en la espalda y diciéndole que tenía que hacer ejercicios musculares —se encogió de hombros—. No te puedes imaginar lo tonta que me siento.

—Creo que estás siendo demasiado dura contigo misma, Olivia.

Ella se quedó mirándolo. Él estaba sentado en el sofá que estaba frente al suyo. Iba vestido con unos pantalones cortos azules y negros y una camiseta negra.

—Sí y ésa no es la única razón.

Él la miró extrañado.

—¿Y más razones hay?

Ella dio otro trago a su cóctel.

—Bueno, me he dado cuenta de que estaba tan absorta en cuidar de Wattle Creek que no me fijaba en nada más de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor.

Él no dijo nada, pero ella se fijó en el gesto de compasión que delataban sus ojos. Y lo último que Olivia quería era que él se compadeciese de ella.

—De modo que de pronto me he encontrado envuelta en un verdadero dilema. Pero la cosa es… —ella volvió a mirarlo—… que todavía tengo que pellizcarme para creer que todo esto es real.

—¿Has pensado en lo que te dije? —preguntó él.

—¿En lo de que si me convertía en tu amante, comprarías sólo una parte de Wattle Creek? Créeme, para pensar que eso es real, tendría que hacer mucho más que pellizcarme. Estoy segura de que eso fue algo que dijiste sin pensar…

Él se echó a reír.

—Es cierto que yo estaba algo enfadado cuando lo dije. Aunque… eso resolvería las cosas.

Oír eso le causó una gran impresión a Olivia, casi tanta como cuando lo escuchó por primera vez a la orilla del río. Sólo que aquello fue distinto, pensó con amargura. Actualmente ya no estaba dispuesta a volverse a despertar sintiéndose profundamente enamorada de ese hombre, que sabía inalcanzable para ella…

«Porque aunque haya roto con su prometida, yo no estaría nunca dispuesta a convertirme en su amante… Me parece una idea despreciable».

—Gracias —dijo ella con tono calmado—, pero la respuesta es no. Estoy segura de que eso no funcionaría.

—¿Aunque apenas podamos estar juntos sin echamos el uno encima del otro? Eso es un poco extraño.

Ella comenzó a enfadarse.

—¿Es eso lo que crees? Quiero recordarte algo que me dijiste una vez… Esto no es un duelo para ver quién domina a quién. Y lo que me propones me parece que es incluso peor que un chantaje.

Él se quedó mirándola pensativamente durante un largo instante.

—¿Y qué es lo que propones?

Ella respiró hondo.

—Lo único que puedo hacer es ceder —dijo, cerrando los ojos. Luego se forzó a abrirlos de nuevo para enfrentarse a él—. No me opondré a la venta de Wattle Creek.

Él arqueó las cejas.

—Eso nos dejaría en terreno neutral, Olivia —dijo él—, pero eso no fue lo que me dijiste una vez.

—No estoy interesada en ponernos en ningún terreno neutral. Y lo que te dije acerca de que tendría que ser arrastrada, mientras gritaba y pataleaba… Bueno, no pienses que no voy a gritar por dentro, pero… sé que no es bueno anteponer un lugar a la gente.

—¿Así que convertirte en amante de un hombre al que quieres es un precio demasiado alto incluso para conservar Wattle Creek?

—Así es… sencillamente.

—Bueno, la verdad es que me parece admirable. Bebe un poco más

de cóctel —sugirió él—. Seguro que te sienta bien.

—Quizá me atragante… ¿Qué quieres decir con que te parece admirable? ¡Si fuiste tú quien lo sugirió!

Él se encogió de hombros y sonrió con ironía.

—Tengo el presentimiento de que serías una amante que me daría muchos problemas. Pero, en cualquier caso, yo no quiero ninguna amante. No soy de esa clase de hombres —murmuró él.

Olivia se puso en pie.

—Ben Bradshaw, si sólo estabas probándome, sí crees que tienes derecho a probarme de ese modo… ¡Oh! Te mataría.

—Eso no es ninguna novedad —dijo él, sonriendo ligeramente—. A propósito, que una vez aclarado todo, deberíamos cocinar esa obra maestra de la que habíamos hablado.

Pero Olivia parecía paralizada. Se había puesto blanca y tenía los ojos muy abiertos y oscuros.

Él se levantó rápidamente y se acercó a ella.

—No… —susurró ella.

—No seas tonta. ¿Qué piensas que voy a hacerte?

—No lo sé, pero…

—Mira, siéntate antes de que te desmayes —ordenó él, obligándola a sentarse a su lado—. Toma —le puso el vaso en la mano y se lo llevó hasta los labios.

Ella se quedó pensativa. Luego bebió y sintió que el color volvía a su rostro.

—¿Te importaría decirme algo, Olivia? Aunque quizá… —hizo una mueca—… sólo sea otra muestra de mi naturaleza maquiavélica.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿El qué?

—Tengo que confesarte que me cuesta mucho estar sentado cerca de ti, envuelto en el perfume que desprende tu cuerpo y tu cabello, sintiendo todavía tu cuerpo en la puntas de mis dedos y sintiendo tus labios sobre los míos. Bien, yo no tengo ningún problema en admitirlo y me pregunto por qué no puedes hacer tú lo mismo.

Ella tragó saliva y se movió inquieta, pero no dijo nada.

—Te lo diré de otra forma. ¿Por qué te cuesta tanto admitirlo?

Ella se sintió como si las palabras de él hubieran despejado todos sus canales de percepción. Se dio cuenta de que sus hombros se estaban tocando y pudo sentir el calor de su cuerpo. También pudo sentir de nuevo el sabor masculino de la piel de él y recordó el sabor de sus labios y la dureza de su cuerpo apretado contra el de ella y el tacto del cabello negro de él entre sus dedos…

—Yo… —ella se detuvo y se volvió para mirarle a los ojos, que por una vez estaban serios mientras esperaban la respuesta de ella—. Yo… sé perfectamente a qué nos conduciría el que yo lo admitiese —dijo

con voz ronca.

—¿Y qué tendría eso de malo, Olivia? —preguntó él, con voz tranquila.

Ben sujetó con un dedo la barbilla de ella al ver que se disponía a apartar la mirada.

—No me digas que no lo sabes, Ben —le espetó ella, cerrando los ojos—. Hace sólo unos pocos días, tú estabas comprometido con otra chica. Sólo que… bueno, pronto tú serás el propietario de Wattle Creek y yo me tendré que ir de allí… Y sé que no debería de ser así, pero nunca podré separar ese hecho de ti. Y tampoco me gusta el modo en que has roto tu compromiso.

—En otras palabras… que nunca podrás perdonarme. ¿No es así? —él liberó su barbilla.

—No —ella dio otro trago al cóctel—. Creo que me conozco lo suficiente y sé que… no podré.

—Ya veo —él se echó hacia atrás en el sofá—. ¿Así que estás sugiriendo que lo nuestro no tiene ningún futuro?

Ella asintió.

—Bueno, de ese modo, ganas algo y pierdes algo —murmuró él, con tono de ironía—. ¿Vamos a hacer la cena?

Las gambas estaban deliciosas.

Comieron fuera, en la terraza. Él estuvo hablando de sus negocios en Argentina y de su vida en general.

—¿Vives en Charleville? —preguntó ella.

—Allí está situada la división de la compañía de Queensland. Tenemos una propiedad allí y también un edificio de oficinas, pero yo paso mucho tiempo en Brisbane, Sydney y Melbourne.

—Pero ¿dónde está tu casa?

—Pues la verdad es que en ningún sitio —admitió él—. Tengo un par de apartamentos y esta casa.

—¿Y el hogar donde te criaste?

—Me crié en diferentes sitios —comentó con humor—. Creo que de ahí viene mi carácter algo ecléctico.

—O sea, que tus posesiones son interiores…

—En su mayor parte, sí —concedió él—. Tu tío me dijo que tú fuiste muy buena estudiante.

Él arqueó una ceja y luego sonrió burlonamente.

—Y eso también vale para mí. Siendo tan educado, tan bien hablado, con tan buena presencia… Incluso tengo buena dentadura.

Ella se echó a reír a pesar de que en su interior estaba creciendo cierta inquietud.

Pero él no parecía darse cuenta de ello y seguía tratando de divertirle de ese modo tan encantador que tenía de hacerlo.

Recogieron juntos la cocina y, cuando terminaron, ella se quedó parada sin saber cómo iba a darle las buenas noches.

Pero él lo hizo por ella.

—Bueno, creo que tendremos que irnos a la cama. Buenas noches, Livvie Lockhart. Sólo una cosa antes de que te vayas.

Ella lo miró. Estaban a medio metro de distancia y él estaba apoyado sobre la mesa de la cocina con los brazos cruzados sobre su camiseta negra.

Ella se humedeció los labios.

—¿El qué?

—Sé que ahora lo único que te preocupa es que tu tío se recupere.

—Bueno —comenzó a decir, apartándose el flequillo de la frente—, creo que podré superarlo.

Él se detuvo y recorrió el vestido de ella con sus ojos azules.

—De todos modos, si necesitas ayuda, sólo tienes que pedirla, Olivia.

—Gracias, pero estoy bien. Buenas noches —dijo con voz tranquila. Y luego salió de la cocina.

Pero ella lamentó tener que dormir sola en la habitación de color azul, porque sabía que no podría olvidarse de Ben Bradshaw, tanto si era un mujeriego como si no. Había demasiados recuerdos que la obsesionaban: Ben y Bonnie, el río, la casa en la que estaban, el baño que se habían dado…

Y por encima de todo, esas palabras que él había dicho: «de ese modo, ganas algo y pierdes algo».

Él se había marchado cuando Olivia se levantó a la mañana siguiente.

Había una nota en la nevera fijada con un imán, pero en ella no se disculpaba por su partida. Sólo decía que podía disponer de la casa todo el tiempo que necesitara y le daba un número de teléfono para que avisara a Steve cuando quisiera volar de vuelta a Wattle Creek.

Ella arrancó la nota de la puerta de la nevera y la leyó a través de las lágrimas. Sólo había un guiño personal hacia ella. Él había firmado como Benedict Arnold.

Ella se disponía a arrugarla y tirarla a la basura cuando algo hizo que se arrepintiera. Luego se encontró a sí mismo haciendo algo muy extraño. Se acercó la nota a los labios y la besó gentilmente. Después se encogió de hombros y la rompió.

Finalmente, Olivia se acordó de que tenía que llamar al hospital.

Capítulo 8

Diez días después, Steve Williams les llevó de vuelta a Wattle Creek en una avioneta de Pascoe Lyall.

Olivia se quedó contemplando el paisaje que se extendía bajo ellos. Estaban sobrevolando Emerald, tierra de huertos, viñedos y cultivos de algodón. Luego atravesaron una zona reseca de colores débiles, atravesados por vallas y cables telefónicos que debían de medir cientos de kilómetros. Y, finalmente, la maleza dio paso a Mitchel, un claro de hierba que constituía la pista del rancho de Wattle Creek.

Olivia se dio cuenta de que Garth Lockhart también observaba minuciosamente el paisaje y su corazón se llenó de tristeza. Enseguida rechazó tal sentimiento. Los doctores se mostraban optimistas con el resultado de la segunda operación y aseguraban que, si su tío se tomaba las cosas con tranquilidad, era probable que viviera durante muchos años.

Cuando llegaron, había un pequeño grupo de personas esperándolos. Olivia, al verlos, tuvo que tomar aire para mantener la compostura y recordarse a sí misma que, por lo menos, ellos tenían un cariño verdadero por su tío y por ella.

Tres semanas después, el doctor de la zona hizo una visita a Garth. Después de examinarlo brevemente, se llevó aparte a Olivia para hablar con ella a solas.

—¿Hay algún problema? —preguntó Olivia, preocupada.

—No, Livvie. Sólo quería decirte que has hecho un buen trabajo. Después del reconocimiento y de las pruebas que se le han hecho, está todo lo bien que puede estar tras una operación. Ahora podrá llevar una vida normal siempre que tú tengas cuidado de que no haga esfuerzos. En resumen, puedes estar tranquila, que creo que es algo que también tú necesitas.

Olivia dio un suspiro de alivio.

—Quiero que siga con la dieta. Le irá bien no sólo por el corazón, sino también por su salud en general.

—De acuerdo —contestó alegremente, al tiempo que no podía evitar sentir cierto miedo.

Porque, por mutuo acuerdo, ella y su tío no habían hablado casi nada sobre el hecho de dejar Wattle Creek. Habían hablado, sí, sobre la posibilidad de vivir en la costa. No en Gold Coast, sino en algún lugar cerca de Mackay y de Whitsunday Passage, por la belleza de paisaje. Pero después de la conversación con el médico, sabía que no podía posponer por más tiempo el asunto.

Sin embargo, algo impidió que comenzara inmediatamente a vaciar cajones y armarios. «Dos días más de paz y tranquilidad sólo pueden beneficiarle», se dijo.

Pero entonces el correo semanal llegó y su tío fue a buscarla con una carta en la mano y una expresión sorprendida en el rostro.

Ella estaba ordenando algunas cajas de dulces en la cocina. Las Navidades habían sido sólo unas pocas semanas antes.

—Livvie… Livvie, siéntate.

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—¿Para qué?

—Ha pasado algo sorprendente —dijo él, sentándose a su vez—. No, no, deja que lo lea otra vez para asegurarme de que no estoy soñando… Si puedes ponerme una taza de té, eso ayudaría.

Ella se encogió de hombros y se puso a hacer el té.

—Muy bien, pero antes de que me muera de curiosidad dime qué es lo que pasa —le pidió ella, que no tenía ni idea de qué se podía tratar.

Garth Lockhart se quedó mirando fijamente la carta.

—Livvie, es de Ben Bradshaw y nos hace una propuesta.

Ella se puso rígida.

—Nos ofrece que su compañía, en lugar de comprar todo Wattle, pase a ser copropietaria del rancho, de modo que ellos asegurarían el capital que nos hace falta y nosotros nos convertiríamos en accionistas. Y además, no nos tendríamos que ir de aquí.

Las manos de Olivia, que estaban sujetando su taza de té, se tensaron, derramando un poco de líquido.

—Pero… ¿bajo qué condiciones, tío Garth?

—Bajo ninguna condición —contestó él—. Yo podré opinar acerca de las decisiones a tomar, pero ya no tendré que hacer el trabajo físico. Propone que Jack sea quien se ocupe de lo que yo hacía hasta ahora y que contratemos un ayudante para él, de manera que tú y yo quedemos eximidos de toda presión.

Ella apenas si podía respirar.

—Pero… ¿soportarías tú no tener la última palabra sobre el negocio como ha sucedido hasta ahora?

—Podré colaborar con Ben —aseguró él—. Siempre me gustó ese hombre. La primera vez que fui a hablar con él, antes de que tú le conocieras, esperaba encontrarme al típico hombre de negocios que sólo se preocupa por ganar dinero, pero luego descubrí que él no era así. Descubrí que él conocía lo que es el negocio ganadero en nuestro país y no sólo eso, además se mostró como un hombre cortés y educado. Yo esperaba sentirme como si fuera allí a pedir limosna, pero él consiguió que no fuera así.

Olivia se humedeció los labios.

—¿Y cómo te hizo sentir?

—Bueno, como si mi experiencia en este negocio le pareciera algo importante y que podía ayudarlo. Y de ese modo evitó que me sintiera como un pobre viejo fracasado, que estaba al borde de la ruina.

Olivia no sabía qué pensar.

«¿Cómo voy a manejar esta situación? Tendré que volver a verlo, a menos que… No…».

—Y también dice en la carta que la hacienda será de nuestra propiedad. Así que seremos nosotros los que decidamos qué se hace con ella.

—No… no puedo creerlo —dijo ella con voz apenas audible. Luego dirigió la mirada hacia su tío y descubrió que parecía otro hombre.

—Oh, Livvie, sabía que el hecho de tener que irnos te había roto el corazón. Me daba cuenta de lo mucho que Wattle significaba para ti… ¡Pero ahora ya no tendremos que irnos, hija!

«Si tú supieras…», pensó Olivia. «Perder Wattle no era nada comparado con el dolor de perder a Ben Bradshaw. Y ahora esto».

—¿Hasta cuándo tenemos para pensarlo?

—Pero si no hay nada que pensar —dijo su tío con tono alegre—. Él vendrá a vernos mañana. Piensa que podrá llegar a la hora de comer.

El día siguiente fue muy caluroso. El cielo se mostraba de un azul lustroso.

Garth le dijo a Olivia que ya estaba listo para ir a la pista de aterrizaje a recoger con el coche a Ben. Ella le comentó que todavía no había terminado de preparar la comida. Y su tío la creyó, sin sospechar que la comida ya estaba hecha y que su sobrina no tenía nada que hacer, salvo esperar con los nervios a flor de piel.

Ella escuchó el avión y salió de la cocina, sintiendo que le faltaba espacio. Y estaba de pie, a la sombra de un gomero, cuando vio llegar un coche. Descubrió, extrañada, que no era el Land Rover de su tío, sino uno de los coches que utilizaban los trabajadores del rancho. Y sólo iba una persona en él… Ben.

Ella observó con el corazón palpitándole como un tambor cómo él salía del coche y se quedaba mirándola. Le dieron ganas de salir corriendo, pero sintió que sus piernas estaban pegadas al suelo mientras él se dirigía hacia ella.

Al poco, estaba delante de ella, tan esbelto y vital como Olivia le recordaba. Iba con sus pantalones de color caqui, unas botas y una camiseta de color amarillo. Pero sus ojos azules tenían una expresión sombría.

Él se fijó en el vestido rosa que llevaba ella, así como en las sandalias blancas. Unos mechones de pelo se le habían salido de la

coleta y tenía las manos apretadas y la barbilla tensa.

—¿Vas a escucharme ahora, Olivia Lockhart? —preguntó él, agarrando las manos de ella.

—Yo… no sé qué decirte, Ben.

—Entonces no digas nada. Por lo menos, hasta que yo me haya explicado.

—Pero…

Él levantó la mano y tocó los labios de ella.

—No, deja que sea yo quien hable.

—Yo…

—Vamos a sentamos —sugirió él.

Ella se quedó pensativa, luego se sentó sobre la hierba. Él se sentó a su lado, apoyando la espalda sobre el tronco del gomero.

—Ben, yo…

—Primero escucha lo que tengo que decirte. Después hablarás tú. Me he enamorado de ti, Olivia. Al principio, sólo te admiraba. Luego comencé a sentirme fascinado por ti de un modo que nunca creí que fuera posible. Y eso hizo que se despertara en mí un enorme deseo de que nosotros pudiéramos unimos íntimamente en todos los sentidos. Y aunque soy consciente de que eso va en contra de lo que pensaba acerca de que el matrimonio podría acabar con la pasión… de lo que sí estoy seguro ahora es de que no podría pasar el resto de mi vida sin ti.

Ella lo miró con una expresión de asombro en los ojos.

Ben esbozó una sonrisa.

—¿Qué pensabas que había venido a decirte? No, no contestes, como sueles decirme tú a mí. Déjame que continúe, Olivia. Date cuenta de que todo eso me sucedió estando comprometido a otra mujer y para mí fue un duro golpe. Igual que el hecho de descubrir que muchas cosas mías no te gustaban, por decirlo de una manera suave.

Ben arqueó una ceja.

—También me hizo sacar lo peor que hay en mí —continuó—. Pero cuando tú te comportaste firme y de acuerdo a tus principios yo dejé a un lado mi ego y decidí que tenía que haber una manera de demostrarte que te amaba, a pesar de todas las sospechas que tenías acerca de mí.

Se miraron a los ojos un segundo.

—No lo planeé, lo confieso —añadió, suavemente—. Pensaba que mi vida estaba completamente organizada. Pensaba que podía funcionar el matrimonio con Caitlin, sobre todo porque su carrera de actriz nos daría bastante independencia a ambos. Y porque, como te dije, creía que era un matrimonio que podía convenimos a los dos. La sola idea de que nosotros dos tengamos nuestra independencia me da

miedo, sin embargo. Estas últimas semanas han sido para mí un infierno, por ejemplo.

Olivia tragó saliva y se echó hacia un lado el flequillo.

—¿Me creerías si te digo que yo no soy ningún mujeriego y que soy un hombre normal que no sabía nada del amor hasta que entré en tu rancho y te conocí? Y tampoco soy el hombre de negocios sin escrúpulo que tú supones. Yo no podría soportar la idea de que te tuvieras que ir de Wattle Creek, Olivia. Así que si tú lo deseas de verdad, podríamos dar a nuestros hijos un apellido compuesto.

La muchacha parpadeó y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Eso es muy generoso. ¿Me estás pidiendo que me case contigo, Ben?

—Sí. Pero creo que tú también querías decirme algo.

—Sí —la muchacha tomó aire y se estremeció—. Quería decirte que a pesar de tu oferta no podría quedarme aquí. No soportaría tener contigo una relación meramente profesional. ¿Entiendes? Me di cuenta de que perder Wattle Creek no significaba tanto para mí comparado con… el hecho de pensar que yo era para ti una especie de intercambio. Del tipo: ganas algo y pierdes algo.

—A esas cosas me refería, Olivia, cuando te decía que estoy aprendiendo a dejar a un lado algunos aspectos de mi ego. Además, quiero recuperar la credibilidad para ti. Amor mío, ¿estás segura? Tengo que admitir que a veces puedo ser muy cruel…

—¿Crees que no lo sé, Ben Bradshaw? Pero la verdad es que nunca había cantado antes a un hombre para que se durmiera… quizá sea sólo eso —murmuró débilmente.

Entonces ambos se abrazaron riendo y se besaron con pasión.

—¿Puedo llevarte a un sitio? —quiso saber Ben.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo.

El hombre se levantó y la tomó de la mano para llevarla al coche.

—Aunque mi tío Garth va a preguntarse qué estamos haciendo…

Se detuvieron debajo de los enormes gomeros que bordeaban el río Wattle. Ben la miró con los ojos brillantes y una expresión traviesa.

—No creo que tu tío se extrañe.

Salieron del coche y Ben la tomó en sus brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Sabía que iba a pasar algo… no esto precisamente, pero…

—¡Se lo dijiste!

—Le dije que me gustaría mucho conseguir de nuevo tu confianza, Olivia. También he traído a mi madre, se muere de ganas de conocerte. Tu tío está dándole un paseo en el Land Rover por todo el rancho.

—Eres un canalla. ¿Cómo estabas tan seguro de que yo…?

—No lo estaba, amor mío —la expresión de Ben se volvió seria—. Pero no iba a dejarte escapar sin intentarlo todo antes.

—Ben, ¿de verdad significo… soy…?

Pero él la abrazó con tanta fuerza que ella apenas podía respirar.

—Me preguntaste una vez que dónde estaba mi casa —dijo Ben minutos más tarde, mientras permanecían tumbados sobre una manta que habían sacado del coche—. Está aquí, contigo. Y como Wattle y tú sois inseparables, también ésta será mi casa.

—Eso es maravilloso —murmuró—, pero no quiero atarte a este rancho.

—¿Qué quieres decir con eso? —quiso saber, incorporándose sobre un codo y mirándola con curiosidad.

—Que nunca más permitiré que un lugar o una casa signifiquen para mí más que cualquier otra cosa. Sencillamente, eso. O, como tú lo dirías, mi casa estará donde esté tu corazón.

Por unos segundos Ben no supo qué decir.

—¿Crees que estaba intentando impresionarte?

—Claro que no —replicó ella, con inocencia.

—Bueno, pues sí que lo estaba intentando, pero de nuevo me has bajado a la tierra.

Ella se sentó con una sonrisa en los labios.

—¿Puedo decirte algo?

—Por supuesto.

—Una mañana, hace unas semanas, un día antes de nuestro primer… encuentro aquí… —la muchacha hizo una pausa y miró a las copas de los árboles.

El río no estaba tan crecido como aquel día, pero todavía llevaba agua y los pájaros llenaban el lugar con sus sonidos. Fuera de la sombra, el calor era agobiante.

—Lo recuerdo bien —replicó él, sentándose para que sus hombros se tocaran.

Olivia alzó los ojos y continuó hablando, con las mejillas levemente enrojecidas.

—Aquella mañana me desperté enamorada de ti —la muchacha hizo una pausa, al notar que él contenía la respiración—. Me dije a mí misma que eso era imposible, que no te conocía casi. Pero sí que sabía que podías ser maravillosamente encantador y sospechaba que muchas mujeres te encontrarían irresistible. Pero eso no me hizo cambiar.

—Olivia…

Ella puso la mano sobre la de él.

—Me toca a mí, Ben. Nada de lo que me dije aquella mañana pudo alterar el hecho de que el mundo se había hecho diferente para mí, un lugar mejor. Me notaba el corazón ligero, como una niña que se enamora por primera vez. Salí al jardín cuando amanecía y recogí un

ramo de flores. Y entonces me di cuenta de que nada podía cambiar lo que sentía por ti.

Ben suspiró y le pasó un brazo por los hombros.

—Entonces debiste de sufrir una impresión tras otra.

—La verdad es que sí —dijo, apoyando la cabeza sobre el hombro de él—. Me sentía dolida y abrumada por todo. También enfadada, muy enfadada, pero nada cambió. Incluso cuando te dije que no creía que nosotros pudiéramos tener un futuro juntos, seguía estando enamorada de ti. Tanto que no era capaz de soportar que tú pudieras no corresponderme.

—Amor mío, Olivia. Yo…

—Te estoy diciendo esto, Ben, no para hacerte sentir culpable —dijo, con una débil sonrisa—, pero sí para que sepas que eres mi Príncipe Azul. Haces que el aire que respiro sea especial y que sienta vértigo cuando estas a mi lado… Así que no hace falta que me impresiones.

Ben se quedó callado unos segundos. Luego ambos comenzaron a reír.

—Sólo hay un problema con eso… Debería de llevarte de vuelta a comer sana y salva.

—Me molestaría mucho si no me besaras antes.

—El problema es que a mí se me ocurre algo más.

—¿Crees que esta vez deberíamos quitamos la ropa antes? —sugirió ella, completamente seria, aunque con un brillo malicioso en los ojos.

—Buena idea —replicó—. A propósito, he comprobado que Bonnie está en el establo… podría de repente recordar sus deberes como carabina.

Olivia miró a su alrededor asustada.

—Desearía que no hubieras dicho eso. Hay un par de personas que tienen la mala costumbre de aparecer… en cualquier parte.

—¡No te referirás a Ryan y Sonia! —exclamó Ben.

—Aunque te parezca extraño, a ellos me refiero.

—Entonces no te preocupes. Steve está dándoles una vuelta en la avioneta a todos los chicos.

Olivia se volvió hacia él, con los ojos llenos de amor.

—¡Eres un canalla, Ben Bradshaw! Dudo que tengas la intención de llevarme a comer sana y salva.

—Puede que no, pero sabes lo impaciente que soy.

—¿Entonces siempre hay que complacerte? —la muchacha se levantó y lo miró desafiante—. ¡Apuesto a que te gano!

—Sabía que serías así —dijo él, con la respiración alterada.

Habían estado jugueteando en el agua, salpicándose, para terminar

uno en brazos del otro hambrientos de deseo.

—¿Cómo?

—De piel muy clara y suave —contestó, apartándola un poco para poder contemplar aquel cuerpo brillante. Sus senos pequeños y firmes, la suave curvatura de su vientre y el triángulo de rizos oscuros en su base, donde comenzaban sus piernas largas—. Exquisitamente femenina bajo el exterior sencillo y natural…

—Tengo que decirte, Ben, que me siento muy femenina cuando me miras de ese modo. También tengo que confesarte que siempre supe que bajo tus ropas se escondía una especie de Adonis.

—Me llevas ventaja, Olivia. Como siempre.

—No lo sabía —murmuró ella, acariciando los hombros y el pecho masculinos. Él acarició sus nalgas—. Pero también recuerdo esto —agregó, subiendo los brazos por encima de la cabeza—. Porque era maravilloso sentir que tus manos bajaban por mi cuerpo. Y entonces estaba vestida.

Ben la acarició.

—No hace falta que te diga lo que provoca en mí.

—¡Oh, Ben! —gimió ella, mientras Ben la sacaba del río en volandas para tumbarla sobre la manta.

Y aquel gemido fue repetido por Olivia varias veces más con diferentes tonos y diferente significado. Deseo, infinito gozo o súplica, placer casi insoportable y, finalmente, puro éxtasis.

Se quedaron en silencio durante unos minutos cuando todo acabó. Olivia seguía temblando, por la intensidad del acto amoroso.

—¿Estás bien? —preguntó él, finalmente.

—No.

Ben la miró preocupado.

Ella tocó la cicatriz que él tenía en la sien.

—La verdad es que estoy mejor que nunca, pero un poco aturdida.

Ben enterró la cabeza entre los senos de ella. Luego besó sus labios.

—El sentimiento es mutuo.

—¿Cómo vamos a… poder hablar con alguien ahora?

—Con mucha dificultad si te refieres a lo que creo. ¿Quieres decir que cómo vamos a ser capaces de apartar nuestros pensamientos de lo que acaba de pasar?

Ella se aclaró la garganta y se apretó contra él.

—Sí.

—Podemos dejarles una nota —sugirió Ben.

Ambos se miraron y sonrieron, pero sus sonrisas murieron inmediatamente y a la vez.

—¿Qué te parece si se lo contamos todo, hacemos algunos preparativos y nos marchamos?

—Creo que eso sería… demasiado para mí. No tenía ni idea de lo

que iba a suceder, ¿me entiendes? —dijo suavemente Olivia.

—Bueno, aquí es donde yo tengo ventaja sobre ti, Livvie Lockhart. Yo sí sabía que iba a pasar esto… Lo nuestro no podía acabar de otro modo. Y es más, estoy seguro de que esto no cambiará nunca.

Los ojos de Olivia parecieron bailar por unos segundos.

—Me parece que has pasado de ser una persona bastante escéptica a todo lo contrario, Benedict Arnold.

—Me preguntaba si alguna vez volverías a llamarme así.

—Yo… estoy recordando la nota tan impersonal que me dejaste en tu casa de Mermaid Beach y cómo, al ver tu firma, deseé fervientemente que fuese una señal de complicidad.

—Yo también deseé fervientemente que te fijaras en la firma.

—No sólo me fijé, sino que además la besé, antes de romper la nota.

—Te creo, Olivia.

Y de nuevo se echaron ambos a reír. Poco a poco. Olivia comenzó a recuperarse y a sentir que estaba preparada para enfrentarse al mundo real.

De pronto, Ben la tomó de la mano y la llevó de nuevo al río.

—¡Oh, no! —gimió ella—. ¡Aquí es donde todo comenzó!

—Confía en la sabiduría del río Wattle —aconsejó, mientras comenzaba a echar agua sobre ambos.

Poco después encontraron una vieja toalla en el maletero del coche con la que se secaron. Finalmente se vistieron.

Luego, justo antes de entrar en el coche. Ben la tomó de la mano.

—Has dicho hace un momento que yo era antes un escéptico, Olivia.

—Sí…

Ben observó unos segundos a Olivia, también se fijó en los rayos de sol que se filtraban a través de las copas de los árboles. Escuchó el sonido de los pájaros y el murmullo del río.

—Pues tengo que decirte que nunca he creído en nada tanto como en ti.

—Ben, te amo —replicó ella—. Y ésta es nuestra casa.

Ben levantó la mano de ella y se la besó. Luego ambos se miraron sonrientes.

—No —dijo él.

—No —repitió ella—. Debemos ser fuertes. Piensa en mi pobre tío y en tu pobre madre esperándonos en casa.

—Lo… lo estoy intentando. ¿Sabes? Me va a dar mucha alegría demostrar a mi pobre madre, que no es tan pobre y sí demasiado entrometida y dominante, que está equivocada. Ella está convencida de que soy un cínico y un caprichoso. Y piensa también que nada es capaz de ilusionarme.

—Pues hablando de ello, para mí será estupendo demostrar a mi tío que no soy tan egoísta ni tan rara que sólo pueda dedicarme a pintar flores y cuidar de un rancho.

—¿Vamos entonces?

—Vamos —contestó Olivia alegremente.

Fin